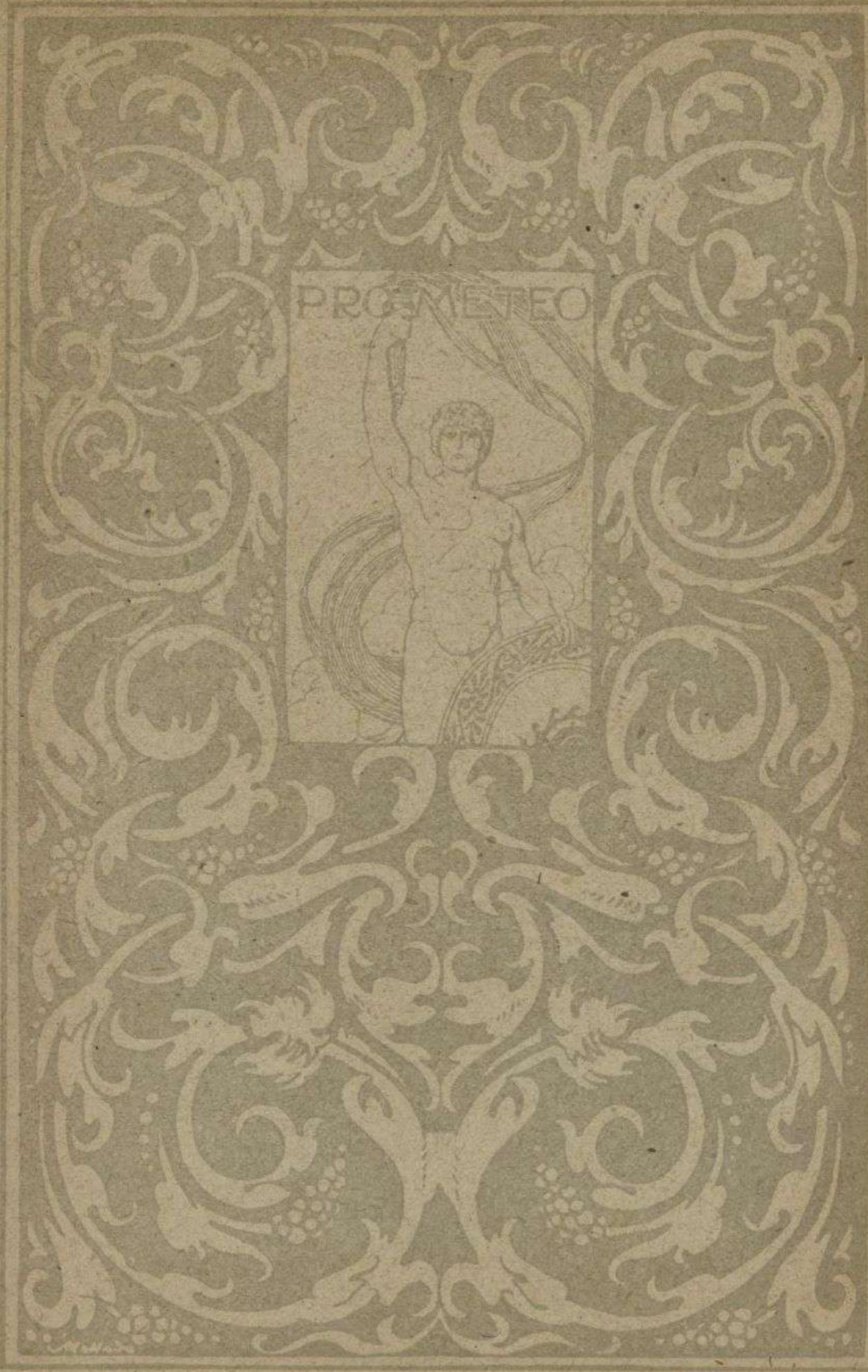


EMILIO ZOLA
SU VIDA
Y SUS OBRAS

PROMETEO



PROMETEO



MB-L
76

NUEVA BIBLIOTECA
: DE LITERATURA :



EMILIO ZOLA

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

ALEXIS, BONAFUOX, BLASCO IBAÑEZ.—EMILIO ZOLA
(SU VIDA Y SUS OBRAS).

ALEXIS.—LAS CHICAS DEL AMIGO LEFÈVRE (novelas).

ANATOLE FRANCE.—LA CORTESANA DE ALEJANDRÍA (nov.)

ARGUEDAS (ALCIDES).—RAZA DE BRONCE (novela).

BERTHEROY.—XIMÉNEZ DE CISNEROS (novela histórica).

BILSE (TENIENTE O.)—PEQUEÑA GUARNICIÓN (novela).

BLANCO FOMBONA.—EL HOMBRE DE HIERRO (novela).

BRUYERE (LA).—CARACTERES.

DAUDET.—CUENTOS AMOROSOS Y PATRIÓTICOS.

ERASMO.—ELOGIO DE LA LOCURA.

FLORES GARCÍA.—MEMORIAS ÍNTIMAS DEL TEATRO.

GÓMEZ CARRILLO.—DESFILÉ DE VISIONES.

Id. —POR TIERRAS LEJANAS.

GÓMEZ DE LA MATA.—MUÑECAS PERVERSAS (cuentos).

GÓMEZ DE LA SERNA.—EL RASTRO.

Id. —GREGUERÍAS.

GUTIÉRREZ GAMERO.—LA DERROTA DE MAÑARA (nov.)

HUGO (VÍCTOR).—EL SUEÑO DEL PAPA.

IRVING.—CUENTOS DE LA ALHAMBRA.

MARINETTI.—EL FUTURISMO.

MEREJKOWSKY.—LA MUERTE DE LOS DIOSES (nov.) 2 t.

Id. —PEDRO EL GRANDE (novela).

MORAYTA.—EL PADRE FEIJÓO Y SUS OBRAS.

NORDAU (MAX).—LA GUERRA DE LOS MILLONES (drama).

PALOMERO.—SU MAJESTAD EL HOMBRE (cuentos).

PICÓN (OCTAVIO).—DRAMA DE FAMILIA (novelas).

RAMÍREZ ÁNGEL.—DESPUÉS DE LA SIEGA (novela).

Id. —PENUMBRA (novelas).

ROCHEFOUCAULD.—MÁXIMAS.

ROUSSEAU.—REFLEXIONES DE UN PASEANTE SOLITARIO.

TORRE (JOSÉ M.^a DE LA).—CUENTOS DEL JÚCAR.

UGARTE.—VISIONES DE ESPAÑA.

ZOZAYA.—LA MALDITA CULPA (novelas).

Id. —POR LOS CAUCES SERENOS.

R. 10666

PAUL ALEXIS.—LUIS BONAFLOUX
V. BLASCO IBAÑEZ

EMILIO ZOLA

SU VIDA Y SUS OBRAS



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)



EMILIO ZOLA

(NOTAS DE UN AMIGO)

I

Los orígenes

EN pleno corazón de París, á dos pasos del bulevar de la Bolsa y de los Mercados, en ese barrio comercial donde la vida bulle desde la mañana hasta la noche, la calle de San José es una especie de pasaje al aire libre, estrecho y corto, que va desde la calle de Sentier á la de Montmartre. Fué allí, en el número 10, donde el 2 de Abril de 1840 nació Emilio Zola, de un padre italiano, Francisco Zola, y de una madre francesa, Emilia Aubert.

He aquí los detalles biográficos que he podido recoger sobre el padre:

En Venecia, en el siglo último, había algunos Zola. (Todavía existen hoy primos lejanos del que voy á biografiar.) Uno de estos Zola casóse con una

joven de la isla de Corfú. De aquel matrimonio, cruzamiento de un italiano y una griega, nació en 1796 un hijo, que recibió el nombre de Francisco.

Francisco Zola tenía ocho años cuando Napoleón I fué proclamado emperador. En aquel tiempo ser italiano era casi ser francés, y por consecuencia, estar destinado á la carrera militar. Sirvió tres años en la artillería italiana. A los diez y siete años, es decir, en 1813, combatía en calidad de oficial en el cuerpo de ejército mandado por el príncipe Eugenio. Después de la caída de Napoleón, al pasar Venecia al dominio austriaco, abandonó la carrera militar y se hizo ingeniero civil. Muy inteligente y muy activo, publicó en italiano varias obras de ciencia, entre otras cierto *Trattato di nivellazione*, que le valió primero el título de miembro de la Academia Real de Padua y más tarde una medalla de oro del rey de Holanda. Poco faltó, pues, en aquella época para que, habiéndose hecho una posición, se fijase definitivamente en su país. Pero la dominación austriaca, vejatoria y tiránica, reinaba allí desde 1815, entristeciendo aquella hermosa vida italiana que tanto gustaba á Sthendal y empobreciendo y haciendo inhabitables la Lombardía y el Véneto. A consecuencia de no sé qué altercados con aquella dominación, el ex oficial del príncipe Eugenio tomó un gran partido: expatriarse. Entonces comienza un período de años aventureros, durante los cuales, sin fijarse en ninguna parte, el joven ingeniero realizó una especie de

«vuelta á Europa». Primero va á Alemania y coopera como ingeniero en la construcción de uno de los primeros caminos de hierro alemanes. De Alemania pasa á Holanda; luego á Inglaterra. Después de 1830 aparece en Argelia, donde se hace otra vez militar, y sirve como capitán en la Legión extranjera. En fin, licenciada esta Legión, abandona la Argelia y desembarca en Marsella.

Encontróse satisfecho en aquella ciudad el veneciano, que no había podido aclimatarse en medio de las brumas de Holanda y bajo la niebla perpetua de Londres. La Cannebière con sus cafés y su abigarrada multitud de todas las naciones, las alamedas de Mehilan sombreadas de plátanos, y la calle de San Ferreol con la elegancia parisién de sus grandes tiendas, le sedujeron. Todo aquello era brillante, ruidoso y



Zola á la edad de ocho años

alegre, con esa alegría meridional de las ciudades en que se pasa la vida al aire libre; y hasta el provenzal con sus sílabas armoniosas le recordaba la lengua materna. Creyóse sin duda de vuelta en la patria, pero en una patria más viva, no embotada como la otra bajo el yugo extranjero, en una atmós-

fera de comercio, de industria, de grandes negocios, en que su actividad, hasta entonces errante é inquieta, iba al fin á encontrar empleo. Abrió, pues, en Marsella un despacho de ingeniero civil.

Francisco Zola tenía entonces cerca de cuarenta años, la edad de la madurez, en que uno sabe lo que quiere y comienza á ver claro en la vida. Decidido á no abandonar aquella segunda patria de la Provenza, sueña—trabajando al principio para simples particulares—en dedicarse por completo á algún vasto proyecto de interés público que haga su nombre popular y lo deje para siempre unido á la región. Ciertos espíritus viven así atormentados por la necesidad de hacer algo grande. ¿Qué proyecto de trascendencia iba él á emprender en Marsella? Sólo vive ésta del mar, de su comercio marítimo. El viejo puerto, muy seguro pero estrecho, siempre cubierto de navíos, resultaba insuficiente. Todo el comercio marsellés reclamaba ya á voz en grito uno nuevo. Después de una minuciosa inspección de los lugares y de maduras reflexiones, preparó el proyecto de un nuevo puerto, que colocaba en los Catalanes, en el fondo de una bahía naturalmente muy abrigada y con pasos de salida para el tiempo del mistral.

El mistral, ese terrible viento del Noroeste, tan glacial y de ráfagas tan violentas, es el azote de la Provenza. Los marinos del golfo del León le temen, huyen delante de él, y van á refugiarse más allá de Córcega y Cerdeña. Su idea no era mala;

al contrario, era tan conveniente, que hoy vuelve á pensarse en ella. Pero el proyecto de la Joliette la sustituyó entonces. Los marseleses tuvieron un



LOS PADRES DE ZOLA

(Copia de un retrato de familia)

puerto muy cercano á la ciudad, pero poco seguro. Y en cuanto á él, después de mucho trabajo, de muchos pasos y de un viaje inútil á París, quedóse solamente con un legajo enorme y algunos atlas

soberbios, que están todavía hoy en posesión de su hijo. No se desanimó. Buscó en otro sitio que no fuese Marsella. A unos treinta kilómetros, que se recorrían en aquel tiempo en diligencia, está Aix, la antigua capital de la Provenza, convertida en simple subprefectura: veinticinco mil almas de población; poco comercio, aparte de los aceites y las almendras; poca industria, fuera de las fábricas de sombreros; pero en cambio, un arzobispo, un presidente de Audiencia y un rector de Universidad; facultades de derecho, de teología y de letras, pero no facultad de ciencias, como si la ciencia fuese cosa demasiado moderna y demasiado viva para una ciudad del pasado, sumida en sus recuerdos, tranquila y silenciosa, de viejos caserones melancólicos. Tal como era, aquella especie de Versalles provenzal atraía entonces mucho á nuestro ingeniero. Con frecuencia, en aquella época (1836 y 1837), iba á pasar allí un día. La víspera, para estar seguro de poder partir, iba á buscar su billete de la diligencia. Y por la mañana subía en el carruaje en el paseo de Belzunce. Muy accidentado y pintoresco, lleno de cuestas y pendientes rápidas, el camino resultaba verdaderamente delicioso. En Septèmes, una parada de diez minutos para cambiar de caballos. Dos horas y media después de haber abandonado el paseo de Belzunce, la diligencia desembocaba en lo alto de la cuesta del puente del Arco, recorría al trote la avenida de la Rotonda y hacía su entrada en la Alameda. «Aix tiene una

hermosa entrada», dicen generalmente los que van allí por primera vez. En 1836, la Alameda, que se llama ahora Paseo Mirabeau, y que no está mas que sombreado por plátanos, árbol aldeano, de tosco follaje y sombra opaca y triste, era entonces de un aspecto más noble, con sus dos alamedas de olmos seculares, de follaje ligero, en armonía con las viejas casas, sobre las cuales se posaba una sombra suave. Pero en aquel tiempo, de las tres fuentes del paseo, sólo la Fuente Caliente vertía su agua humeante. Las otras dos, la del Rey René y la de los Nueve Caños, no estaban allí mas que por pura fórmula. Habiendo notado el ingeniero que las otras fuentes de Aix, una vez llegado el estío, tampoco corrían, concibió en uno de sus viajes el proyecto de proporcionar agua á aquella ciudad sedienta.

Toda aquella parte de la Provenza es muy seca. ¿Dónde encontrar el agua? ¿De dónde hacerla venir con los recursos exiguos de una ciudad de 25.000 almas, que no puede tener, como Marsella, la pretensión de desviar un río lejano para obtener agua potable? Estas dificultades no desalientan á Francisco Zola. Se le ocurre la idea de construir en Aix un canal con barrera, como había visto en Alemania, país poco rico, donde no se tiran los millones por la ventana. El ingeniero multiplica sus viajes, visita los alrededores, y con certero golpe de vista descubre á las puertas de la ciudad, á tres kilómetros, un desfiladero cuyas pendientes arrastran todas las aguas de la lluvia. Se

puede cerrar la garganta con un dique capaz para retener las aguas. Se formará de este modo un «pequeño mar», especie de inmensa cisterna, que se llenará en la estación de las lluvias, y desde donde será fácil llevar las aguas hasta Aix por un canal muy corto y poco costoso.

La idea era sencilla y científicamente practicable. Solamente que, en materia de trabajos públicos, hay gran distancia de la idea primitiva á la realización. A partir de aquel año (1837), Francisco Zola se consagró por completo á aquel canal, desde ahora principal objeto de su vida. Pero ¡cuántos obstáculos, cuántas malas voluntades que combatir y cuántas inercias privadas y públicas que romper! Era preciso remover cielo y tierra, encontrar fondos, formar una sociedad, imponerse á las autoridades locales lo mismo que á la superior. Helo ahí, siempre por montes y por valles, corriendo de Marsella á Aix y de Aix á Marsella y haciendo frecuentes viajes á París. Fué en uno de estos viajes, en 1839, cuando se casó.

Tenía cuarenta y tres años, y la que hizo su esposa diez y nueve. Era una joven nacida en los alrededores de París, en Dourdan (Sena y Oise), muy sencilla y muy bonita, según me han asegurado los que la conocieron en aquel tiempo. La vió, se enamoró de repente, olvidó por algunas semanas su idea fija, «el canal», y se la pidió á los padres sin preocuparse del dote. ¡No lo había! Pero no por eso fué menos feliz, y volvió al trabajo con mayor

entusiasmo. Su mujer se lo debía todo y se lo devolvió todo en ternura y abnegación.

Un año después nacía un hijo, que recibió el nombre de Emilio. Este hijo tenía, pues, en las venas sangre de tres naciones: dos abuelos maternos franceses, un abuelo paterno italiano y una abuela paterna griega. Además, si nació en París el 2 de Abril de 1840, entre dos viajes de sus padres á Aix, la relación de las fechas demostraría que ha sido engendrado en Provenza.

Y es en Provenza, esa Italia de la Francia, donde el joven Emilio pasó la mayor parte de su infancia y toda su primera juventud.

Ayer, 2 de Abril de 1881, volví á ver la calle de San José. Se hacía de noche. El mercado de San José estaba casi desierto, iba á cerrarse. Desde el puesto de la florista sentada á la puerta lancé una mirada en el interior. Las aves, las coles, las zanahorias y los montones de patatas dormían ya en la sombra de la noche. Y á la luz de un solo mechero de gas encendido, el cobertizo de viejas vigas negras parecía más alto y más grande. Aquel mercado se conservaba lo mismo que en la época en que nació el que debía escribir *El vientre de París*. Dejando el mercado, volviendo la espalda al bullicio de la calle de Montmartre, más ruidosa al acercarse la noche, penetré en la estrecha calle. A aquella hora no había allí carros ni coches; veíanse solamente algunos transeuntes. A pesar de ser el centro de París, respirábase en aquel lugar la calma y la

intimidad de una calleja de provincias. A la izquierda, de pie delante de la puerta, una planchadora, Gervasia quizás, pero una Gervasia con los brazos cruzados, después de haber trabajado todo el día, mirábame pasar, casi con sorpresa. A la derecha, algunas botellas en un escaparate; no es una taberna, es una casa de comidas, donde algunos albañiles lemosinos, ya sentados á la mesa, meten sus cucharas en los platos de sopa de col. Luego, un fabricante de baúles y de sacos de viaje. Después, una gran casa sin tiendas, con puerta burguesa, que forma con la calle una pequeña plaza cuadrada. Otra gran casa, la más hermosa de la calle, reedificada en 1839: cinco ventanas de fachada y cinco pisos. En la planta baja una ancha puerta cochera, que todavía estaba abierta. Miré las cinco ventanas del cuarto piso. Había justamente luz en la última de ellas, al lado de la calle de Sentier: era la ventana del cuarto donde nació Emilio Zola.

En 1840, cuando Francisco Zola llegó de Provenza con su joven esposa á punto de dar á luz, en lugar de instalarse en una casa amueblada, como había hecho en otros viajes, previendo esta vez una larga permanencia, requerida por los obstáculos que había que vencer para la construcción de su canal, compró algunos muebles y alquiló aquel cuarto piso en mil doscientos francos. La casa, completamente nueva, acababa de terminarse. Las ventanas del comedor daban á la calle de Croissant, ruidosa y febril, de donde salían todos los días algu-

nos millones de periódicos para los cuatro extremos de París, de la Francia y del mundo entero. Cuando estuvo terminada la instalación y la canastilla dispuesta, llegó de Dourdan la señora Aubert, madre de la señora Zola, á fin de asistir al parto de su hija.

«Ojalá sea un muchacho.» Este era el voto ardiente del padre y de las dos mujeres. Se cumplió su deseo. El 2 de Abril de 1840, hacia las once de la noche, en un catre de tijera colocado al lado de la ventana que he indicado, nacía el futuro autor de los *Rougon-Macquart*.

Mientras que el niño Emilio echaba los primeros dientes, su padre, más activo que nunca, se agitaba en París, con un acrecentamiento de valor, esperando que aquel hijo aprovecharse algún día el fruto de sus esfuerzos. Queriendo tener ahora todos los triunfos en su juego, buscó con ahinco una ocasión de ser presentado á M. Thiers. Éste concedióle inmediatamente su protección, que le fué de suma utilidad.

Se trabajaba entonces en las fortificaciones de París. El ingeniero inventa una máquina para el acarreo de las tierras. Gracias á M. Thiers, ensaya su invento en la puerta de Clignancourt, lo perfecciona y consigue que lo acepten. Y su máquina funciona en Montrouge en 1842. Al año siguiente, á causa de este primer éxito, seguro desde ahora de ser apoyado en París, volvió á su idea favorita, el canal, y partió para Aix, estableciéndose allí con su mujer y su hijo.

Emilio tenía entonces tres años. Sus padres se instalaron al principio en el paseo de Santa Ana, y poco después en el callejón Sylvacanne, en una casa anteriormente habitada por la familia de M. Thiers. Al cabo de dos años y medio de estancia en Aix, no habiendo conseguido todavía vencer la oposición de algunos propietarios ribereños, volvió á París á solicitar «un real decreto de utilidad pública». Decidido esta vez á no volver á poner los pies en Provenza sino triunfante, llevó consigo á su familia. Esta lucha suprema duró diez y ocho meses. Por consiguiente, Emilio habitó por segunda vez en París desde los cinco años hasta los seis y medio. Al fin, en los últimos meses de 1846, la familia pudo volver á Aix. El ingeniero, protegido por M. Thiers, había obtenido el «real decreto». Después de diez años de esfuerzos y de perseverancia iba á ejecutar la obra proyectada. No tiene mas que cincuenta y un años y se siente todavía lleno de vida y de fuerza. ¿No le quedan aún largos años para ejecutar la obra y gozar de la fortuna laboriosamente adquirida y de la cercana popularidad de su nombre en el distrito? Y además, ¿aquel hijo que crecía en vigor y en inteligencia no estaba allí para heredar más tarde todo aquello? ¡Con qué gozo profundo, el día de la inauguración de los trabajos del canal, el padre, con las manos del niño entre las suyas, ve dar el primer golpe de azada á los trabajadores!... Tres meses después moría de una pleuresía adquirida vigilando á sus

obreros en una mañana de mistral, cuyo soplo helado se colaba con violencia en la cañada. ¡Y qué muerte! Ni siquiera en su casa, en Aix, en su lecho, sino en Marsella, en el cuarto de un hotel. In-



Zola á los veintidós años, cuando escribió los *Cuentos á Ninón*

dispuesto y tosiendo ya, vióse obligado á ir á Marsella cuarenta y ocho horas para arreglar algunos asuntos, y hospedóse, como de costumbre, en el Hotel Moulet, calle del Árbol, hoy demolido. La pleuresía se declaró durante la noche con una violencia tal, que al día siguiente hubo necesidad de hacer venir á la señora Zola. Ya no era posible trasladar á su marido, y al cabo de una semana dolorosa le

vió expirar en sus brazos. Si queréis formaros una idea de este fin espantoso en el cuarto de un hotel, con los baúles todavía por abrir, en medio de rostros indiferentes, entre el vaivén de los viajeros, leed en *Una página de amor* el relato que hace la señora Grandjean de la muerte de su marido en

el Hotel del Var, calle de Richelieu, en una ciudad donde no conoce á nadie. El novelista reproduce allí algunos de los detalles conmovedores del relato real que tantas veces había oído contar á su madre.

El cuerpo de Francisco Zola fué conducido á Aix y enterrado en el cementerio de la ciudad. Si vais á Aix, después de llegar á la puerta principal del cementerio dirigíos rectos hasta llegar delante del muro del fondo. Allí encontraréis una tumba: una simple piedra que rodea una cadena de hierro sujeta á seis postes de granito, y que sólo tiene esta inscripción:

FRANCISCO ZOLA

1796-1847

El que está allí desde hace treinta y cuatro años dejaba un hijo de corta edad y una viuda joven, inexperta en los negocios; y á aquellos dos seres sin defensa en la vida legaba por toda herencia una empresa cuyos trabajos apenas habían comenzado. El canal ha sido terminado, no según el proyecto completo, mucho más amplio, que comprendía tres diques escalonados, y que hubiese hecho inútil más tarde la construcción del canal del Verdon. Pero el canal corre y alimenta desde entonces las fuentes de la ciudad. Y la población, reconocida, le ha llamado siempre «el canal de Zola»... En fin, hace poco tiempo, bajo la Repúbli-

ca, ha habido una municipalidad que ha comprendido la ingratitud de las municipalidades precedentes. Un bulevar de Aix se llama desde hace seis años bulevar Francisco Zola.

II

Infancia en Aix

El padre ha muerto. El hijo no es mas que un niño de siete años. Sobre la madre pesa una empresa importante, de la cual depende la fortuna y hasta la existencia de la familia. ¿Qué va á ser de aquellos dos seres débiles é indefensos?

Al decir dos, cometo un error; debería decir cuatro.

Los abuelos maternos habían ido á residir en Aix, donde vivían con su hija y su nieto. Pero el abuelo, ya viejo y retirado del comercio, no se ocupaba de nada. Quien conservaba aún todas sus energías era la abuela. Una verdadera mujer de la Beauce, nacida en Auneau, muy viva, muy alegre y muy robusta. Una cabeza fuerte, dispuesta á soportar gallardamente las penas y la vejez. ¡A los setenta años cumplidos no tenía ni un cabello

blanco! Mientras había vivido su yerno, había permanecido un poco desorientada en aquella casa confortable, casi lujosa, y en medio de la vida espléndida que se complacía en llevar el ingeniero veneciano. Pero cuando se vieron obligadas á prescindir de criados, á hacerlo todo ellas mismas, se remangó los brazos y trajinó como cuatro, más que entristecida por aquel revés de fortuna, regocijada y rejuvenecida. Después de los procesos costosos desastrosamente perdidos por la viuda de Francisco Zola, se acaban las economías y desaparecen los pocos ahorros de los abuelos. Se acerca la ruina de una manera lenta pero cierta. Y entonces, cuando fué preciso sacar algunos recursos de los últimos restos del lujo de otro tiempo, la mamá Aubert, atrevida y resuelta, es la que se encargó de ir á tratar con los prenderos.

Así se hacía sentir cruelmente la falta del padre. La actividad valerosa de la madre y de la abuela no tenía eficacia mas que en el círculo restringido del hogar y de la economía doméstica. Los pleitos iban mal. La fortuna de la familia se agotaba. ¿Qué hacía durante aquel tiempo el niño que debía un día levantarla de nuevo?

Le mimaban y era feliz. Vivía inconsciente y en completa libertad. La madre y la abuela se ingeniaban en proporcionarle alegrías, de esas alegrías infantiles sobre las cuales se precipitan los niños sin inquietudes de ninguna clase. Mientras que las dos mujeres se ven obligadas á preocu-

parse de todos los cuidados de la vida corriente, el pequeño Emilio, siempre en medio de ellas, mete la nariz en todas partes y quiere verlo todo. ¡Tanto peor si sus manos son detenidas á cada instante por la presencia del pilluelo curioso, que las agobia á preguntas y que ya les impone á cada momento su voluntad! ¡Es preciso no contrariar á aquel querido niño, víctima tan joven de una gran desgracia! Este es todo su sistema de educación. Delante de la casa del callejón Sylvacanne hay un gran jardín. El pequeño, en completa libertad, corre por las alamedas, se revuelca en la hierba y se ensucia las manos y los vestidos. ¡Todo se lo consienten con tal de verlo contento!

Un niño educado así no podía ser muy precoz. A los siete años y medio Emilio no conocía la A ni la B. Una mañana, sin embargo, las dos mujeres cambian de parecer y celebran consejo. El abuelo mismo toma parte en la deliberación. No se puede dejar más tiempo sin instrucción al hijo de un ingeniero. ¿No es suyo el porvenir? El procurador y el abogado, que prometen maravillas, se engañan quizás; los pleitos pueden perderse; ¿quién sabe si hay algo en aquella cabecita de ojos azules ya reflexivos, algo que conjure algún día la dureza de la suerte y la injusticia de los hombres? Hablan de meterlo en el colegio. «Al colegio—interviene entonces la mamá Aubert—irá más tarde, cuando haya recibido la primera comunión. Yo me encargo de todo. Dejadme hasta mañana.» Y con el som-

brero puesto, la activa anciana corría ya en busca de una escuela.

Al día siguiente entraba Emilio en la pensión «Notre-Dame», dirigida por M. Isoard, escuela modesta que existe todavía en Aix. Ignoro el nombre del sucesor de M. Isoard, que continúa dando instrucción primaria á los niños de la pequeña ciudad burguesa. Pero en mi último viaje á Aix, me acuerdo haber pasado por delante de la pensión «Notre-Dame». Un alegre guirigay de pilluelos en recreo llegaba hasta mí. Entonces me pregunté si dentro de treinta años uno de aquellos jóvenes alumnos minaría á su vez las creencias artísticas de hoy y nos trataría de imbéciles á los naturalistas.

Emilio Zola pasó cinco años, desde los siete hasta los doce, bajo la férula poco temible de aquel primer padre intelectual. A los siete años se obstinaba en no aprender las letras, y M. Isoard tenía que llevarlo solo al fondo de su gabinete, donde al fin le enseñó á leer en un ejemplar de las fábulas de La Fontaine. Fueron cinco años todavía muy hermosos. Estaba tan libre como antes, corría cuanto quería en el jardín, trepaba á los árboles, pisoteaba la arena y la tierra á su gusto y no iba á la escuela cuando no le venía en gana. Continuaba practicándose el famoso sistema: «No hay que contrariarlo.» Cuando la familia abandonó el callejón Sylvacanne para ir á instalarse al Pont-de-Beraud, fuera de la ciudad, en medio del campo, la asiduidad del discípulo de Isoard se hizo problemática.

En lugar de un simple jardín, se le abrieron los campos enteros, los campos que no tienen cercados. Allí, á lo largo del Torse, riachuelo delicioso, llamado así á causa de las caprichosas sinuosidades de su curso, fué donde el futuro autor de los *Cuentos á Ninón* comenzó á sentir ese gran amor al campo, que más tarde formará el lado poético de su obra realista.

El Torse, «torrente en Diciembre, discreto riachuelo en los días hermosos», se encuentra dibujado en la invocación á la amante ideal de los diez y seis años, «á Ninón», que abre el primer volumen del novelista.

Pero yo no quisiera que estas referencias literarias que me solicitan á cada paso, y á las cuales hago mal en ceder, diesen una idea falsa y convencional de aquella infancia. Con el tiempo puede uno ser algo, pero no se nace con una estrella en la frente. La infancia de un artista y la de un hombre de negocios, de un comerciante ó de un portero, se parecen. Quien hubiese visto al joven Emilio en aquella edad, no hubiese reconocido en él mas que á un niño bien dotado, acostumbrado á hacer su voluntad, y por consiguiente, franco y dulce, lleno de iniciativa. De esto á presagiar un porvenir hay gran distancia. Sí; á los ocho años amaba ya al campo; tened la seguridad que ni él mismo lo sabía. Y si un poeta idílico hubiese ido á leerle un soneto campestre, no lo habría comprendido y se hubiese marchado á hacer bailar la trompa.

Jugaba allí á la trompa, á los bolos y al paso, preferentemente con dos compañeros de escuela: Solari y Mario Roux. Solari llegó á ser escultor y Mario Roux novelista y redactor del *Petit Journal*.

A los doce años, por consiguiente en 1852, salía de la pensión «Notre-Dame» para entrar en el colegio de Aix.

¡En el colegio! La cosa era seria esta vez. Ahora es un fornido muchacho. La madre y la abuela recurren á toda clase de sacrificios. ¡Emilio será pensionista! Para poder ir á verlo todos los días al locutorio y acariciarlo como antes, dejan el Pont-de-Beraud y van á vivir á la ciudad, en la calle de Bellegarde.

En el primer curso, Zola estuvo durante las primeras semanas á la cola de la clase. Pero, inteligente y reflexivo, lleno de una prudencia precoz, comprendió que pertenecía á una familia cada vez más pobre, que nada era más incierto que el porvenir, y que nunca sería nada sino por su trabajo. Además, tenía demasiado buen corazón para no tratar de dar una satisfacción á su madre y á su abuela. Estas excelentes mujeres lo habían tratado siempre más bien como un hombre que como un niño, no ocultándole ninguno de sus apuros, tomando ya en todo su parecer, como si algo de la razón y de la experiencia del padre pudiese serles comunicado por la boca del hijo. Se portó, pues, como un hombre, y obtuvo cinco premios al fin del año. Entonces, deseoso de concluir, quizás aspirando

solamente, como todos los colegiales, á salir lo más pronto posible del encierro, saltó una clase y entró en seguida en sexto.

Pasó todavía cuatro años y medio en el colegio de Aix: *sexto*—medio-pensionista—, sin ningún premio, antipatía entre el discípulo y un profesor del cual ha conservado un recuerdo abominable; *quinto* y *cuarto*—también medio-pensionista—, seis ó siete premios; *tercero*—externo—, todos los primeros premios. En fin, en medio del segundo, cuando abandonó de repente el colegio y la ciudad de Aix, era todavía incontestablemente el más aplicado de su clase. Es preciso añadir aquí que al principio del tercero había cambiado de estudios. Teniendo que optar entre el estudio de las letras y de las ciencias, el futuro escritor naturalista escogió por gusto las ciencias, no porque desdeñase las letras, sino porque sentía repulsión por las lenguas muertas, el griego sobre todo, y por ciertos ejercicios fastidiosos, como los temas y los versos latinos. Era un invencible disgusto, al cual se mezclaba un poco de presunción infantil. Entre las ciencias también



EL GRAN TRAPERO
(Caricatura de M. Luque
en *Paris Illustré*)

tenía sus simpatías: poco entusiasmo por las matemáticas puras y muy aficionado á las ciencias naturales.

Conozco perfectamente aquel viejo colegio, que bajo el Imperio se llamaba todavía «Colegio Borbón». Entré allí en 1857 á estudiar el séptimo, algunos meses antes de la época en que el alumno de segundo, Zola, partía para París, en medio del año escolar. Estaba yo en tercero, cuando mi amigo y condiscípulo Antonio Valabrègue, el poeta, me habló por primera vez «del hijo de aquel que hizo el canal», del hijo de Zola, que comenzaba á escribir libros en aquel gran París, hacia el cual nos sentíamos todos atraídos. Estudiaba retórica, cuando aparecieron los *Cuentos á Ninón*, que devoré en clase con el volumen escondido en un diccionario, mientras el profesor corregía un discurso latino. Todavía hoy, cuando me acuerdo de aquella época, lo vuelvo á ver todo: la pequeña plaza tranquila y la fuente de los Cuatro Delfines, cuyos monstruos de estilo rococo tuercen su cola de piedra y escupen el agua por su boca perpetuamente abierta; la puerta exterior de la capilla, negra en aquel tiempo, siempre cerrada; la enrejada ventana del conserje, que arañábamos tímidamente cada vez que llegábamos tarde. Después, el gran patio cuadrado sombreado por cuatro hermosos plátanos; la fuente grande; el segundo patio, donde estaban instalados el trapecio y las paralelas. Y los «estudios» de la planta baja, tristes, hú-

medos, faltos de aire. Y las clases del primer piso, más claras, más alegres, desde cuyas ventanas se veían los jardines vecinos. Allí, en aquel modesto colegio de provincia, donde los estudios clásicos no eran muy perfectos, pero donde al menos una paternal disciplina dejaba á cada discípulo sus cualidades buenas y sus vicios, no falseando las personalidades, fué donde Zola pasó de la infancia á la adolescencia. Tal como le vi después, durante su vida de escritor, así era ya cuando concurría al colegio. He hablado de ello con frecuencia con él, con su madre y con sus antiguos condiscípulos; no era ni un perezoso, ni uno de esos encarnizados trabajadores que se embrutecen sobre los libros. Era un muchacho inteligente y práctico, que, al salir de clase con un deber que cumplir y lecciones que aprender, se decía: «Todo esto es poco agradable, pero es preciso hacerlo.» Y apenas en el estudio, ó vuelto á casa, se instalaba en su pupitre, no perdía un minuto, y emprendía valerosamente su tarea, aunque simplificándola todo lo posible, y no se detenía hasta que llegaba al fin. Entonces solamente se consideraba libre y se aprovechaba de su libertad. En una palabra, no había en él exceso de celo, sino lo que era indispensable y necesario. Todavía hoy, el autor de los *Rougon-Macquart* es el mismo trabajador concienzudo, pero moderado. Para levantar el monumento de su alta ambición literaria, todos los días del año, todas las mañanas al levantarse, después de haber comido un huevo, se ins-

tala en su ancha butaca Luis XIII delante de su escritorio, donde el tintero, la carpeta, los libros y el papel están metódicamente colocados en su lugar; después, con el raspador limpia la pluma de la tinta seca de la víspera, y luego de lanzar una rápida ojeada sobre sus notas, se pone á trabajar, continuando la página donde la ha dejado, á menudo en medio de una frase, sin leer jamás lo que precede para acordarse, como hacen los trabajadores irregulares; y no se detiene ni se mezcla en la vida ordinaria sino cuando ha terminado su tarea: cuatro páginas, por lo regular, de papel ordinario cortado en dos, y de unas treinta líneas, sin margen, de una escritura compacta, firme y simpática á fuerza de lógica y de claridad. Apenas se ven tachaduras. Se comprende que esta prosa ha brotado sílaba por sílaba continuamente. No escribe mas que cuatro páginas todos los días, pero esas páginas son como la gota de agua que cae en el mismo lugar y concluye por horadar la piedra más dura. No es nada, pero á la larga los capítulos suceden á los capítulos, los volúmenes se amontonan sobre los volúmenes, y la obra de toda una vida crece, multiplica sus ramas, muestra sus hojas como un poderoso roble destinado á subir y á permanecer de pie en el bosque de las producciones humanas.

En los bancos del colegio de Aix fué donde Emilio Zola escribió sus primeras obras. He aquí la nomenclatura completa de ellas, exactamente recogida: 1.º, una gran novela histórica de la Edad Me-

dia, según creo un episodio de las cruzadas, con detalles tomados de Michaud; 2.º, algunas narraciones en verso; 3.º, una comedia en tres actos y en verso. Prosa, verso, novela y teatro, la lista era completa. La novela sobre las cruzadas, más antigua que todo lo demás, debió escribirla en el primer año de sus estudios. Ha conservado el manuscrito, como tiene costumbre de conservarlo todo: notas, proyectos, artículos, cartas de negocios, de amigos, simples billetes; estoy seguro que le causa pesar romper las listas de la lavandera. Un día me mostró aquel manuscrito: está escrito sin una tachadura, pero resulta absolutamente ilegible. Yo no pude descifrar una sola palabra y el autor tampoco. Los versos, mucho menos infantiles, legibles al menos, fueron escritos más tarde, en el momento en que comenzó á leer los poetas.

Siete años más joven que él, no le conocí en aquella época. ¡Pero cuántas veces en París, desde hace diez años, le he oído hablar de un asunto predilecto: de su juventud! Por este motivo poseo *documentos* en abundancia, que casi estoy tentado á calificar de recuerdos.

Ya he explicado lo que fué su libre infancia. Lo he mostrado mimado por dos excelentes mujeres, buenas hasta la debilidad, educado con la libertad del Norte, tomado en serio y teniendo voto como un hombre, libre para las lecturas, las amistades y las diversiones. Al aumentar de edad, creció naturalmente esta libertad. He aquí cómo la aprovechó.

En el colegio hizo dos grandes amigos. Poco comunicativo, miope, tímido, muy dulce, ya reflexivo, con un gran fondo de seriedad en el carácter, el «nuevo» no simpatizaba con la turba de pilluelos vocingleros que componen el conjunto de las pequeñas clases de los colegios meridionales. Además, aquella gentecilla brutal notó que su camarada, bien educado y nacido en París, hablaba con distinto acento. Desde entonces lo trataron de «parisién», de *franciot*. Desde la infancia tenía un defecto de pronunciación, que no era un tartamudeo caracterizado, sino pereza en pronunciar ciertas consonantes, la *c* y la *d* principalmente, que pronunciaba *t*. Un día, sin embargo, hacia los cuatro años y medio, en un momento de indignación infantil, profirió un soberbio *¡cochon!* Su padre, encantado, le dió cinco francos. Su lengua se desató después, pero todavía pronunciaba con timidez ciertas palabras. Esto bastaba para haberle hecho desgraciado durante sus estudios. Felizmente, hizo conocimiento con dos muchachos muy simpáticos de la misma edad, pero más adelantados. Cézanne, Baille y él fueron en seguida «los tres inseparables», como bien pronto dieron en llamarles. Cada vez su amistad era más estrecha, hasta tal punto, que me sería imposible continuar mi relato sin hablar de ella.

Al principio no fué mas que una reunión de galopines, interrumpida probablemente por riñas pasajeras y quizás de cuando en cuando por algunos

cachetes. Pero estos cachetes no hacen nunca mal y más tarde se les recuerda con ternura. Los días de salida se esperaban á la puerta y emprendían el camino cogidos del brazo. Algunas veces acompañaban á Baille, que vivía en los baños Sextius. Mientras atravesaban el arrabal, una granizada de piedras hendía el aire por encima de sus cabezas é iba á chocar contra las casas de enfrente.

Los tres amigos tenían que guarecerse en alguna puerta cochera, y asistían desde allí á un peligroso espectáculo. Eran homéricas batallas á pedrada limpia entre los muchachos del arrabal y los de la ciudad, dos bandos de granujería salvaje, que se perseguían sin tregua uno á otro, continuando de este modo el inexplicable odio secular que existía entre los dos barrios. Leed las páginas 317 y siguientes de *El pecado del cura Mouret*, en que el hermano Archangias y Jeambernat, á la luz de la luna, se lapidan horriblemente: no son mas que un recuerdo de aquellos combates del arrabal.

Otras veces daban la vuelta á la ciudad, á lo largo de las viejas murallas agrietadas y cubiertas de hiedra; se tendían al sol, al abrigo del mistral, sobre la «Chimenea del Rey René», ó bien, si el día había sido caluroso, salían por la puerta de Bellegarde y subían á los «Tres Molinos» para respirar el aire libre. Otras veces iban á ver entrar por la Alameda un regimiento de paso, con la música á la cabeza, al cual acompañaban al día siguiente, al

amanecer, hasta el puente del Arco. En los *Nuevos cuentos á Ninón* hay páginas dedicadas á este paso de tropas y á otros recuerdos de la juventud, las procesiones, por ejemplo: las ventanas cubiertas con telas vistosas; la multitud endomingada corriendo por todas partes y sentada en hileras de sillas y sobre el borde de las aceras; el centro de la calle, libre como una especie de corral abierto entre dos ríos humanos; después los dos gendarmes á caballo abriendo la marcha; las filas de muchachas vestidas de blanco entonando cánticos y llevando banderas; las cestas de rosas deshojadas tiradas á manos llenas; y en fin, al anochecer, el regreso de la procesión con los cirios ya encendidos, la bendición dada desde lo alto del gran altar, momento solemne en que las muchachas cesan de reír y mostrar sus lindos dientes para ocultar la frente entre las manos, mientras los dos cañoncitos regalados por Luis XIV á la ciudad ahuecan la voz.

Pasaron los años, y los tres inseparables dejaron de ser chiquillos preocupados tan sólo en correr las calles. Era el año 1855 y Emilio Zola acababa de cumplir quince años. Los recursos pecuniarios de la familia continuaban disminuyendo. De la casita de la calle Roux-Alphèran, donde se habían instalado, había sido preciso, por hacerse el alquiler cada vez más pesado, ir á alojarse al paseo de los Mínimos. Pero á los quince años se piensa en otras cosas distintas al dinero. Se despertaba la puber-

tad. Nuestros amigos se sentían con un alma nueva, y de repente se habían hecho ricos de deseos tumultuosos. Y su corazón, sus sentidos, su imaginación, entonaban músicas alegres. Entonces se pusieron á leer, á leer apasionadamente, cada uno por su parte. Se prestaban los volúmenes, comparaban sus impresiones, y discutían. ¿Qué leían? De todo, con la hermosa voracidad intelectual de la edad en que el cuerpo y el espíritu no han acabado aún de crecer. Sobre todo poetas; pocas novelas; de Balzac, todavía nada. ¿Qué sucedió entonces?

Los tres hicieron versos. Zola, naturalmente; Cézanne, que llegó á ser más tarde un gran pintor impresionista, y Baille, hoy profesor de la Escuela Politécnica y adjunto al alcalde del 11.º distrito.

Se puede, desde luego, reconstruir lo que fué la adolescencia de aquellos tres muchachos. Al principio, nada de mujeres. Todo lo más, algunos amorcillos abortados. ¡Nada de vida de café! En-



Zola á los treinta años, cuando publicó sus primeras novelas

traban de tarde en tarde para refrescar; el que tenía dinero pagaba, y se iban, escapando así al embrutecimiento del juego, tan frecuente en la vida monótona de provincias. Menospreciaban á la ciudad, vivían en ella aparte, lo menos posible, sin tener amistad con otros jóvenes, excepto con Marguery, un condiscípulo. Un buen muchacho, que había sucedido como notario á su padre y que ha muerto en un acceso de locura, matándose con una escopeta: fin terrible que no hacían prever su carácter despreocupado y su ruidosa alegría. Una misma pasión de niño por la música había unido á Zola y á Marguery. Habiendo pretendido el director del colegio formar una charanga, Marguery aprendió el cornetín, y Zola, que jamás tuvo oído, eligió el clarinete. ¡Quién lo diría hoy! Cierta día de procesión general, en 1856, el autor de *L'Assommoir* tocó el clarinete toda una tarde detrás de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, paseando las calles vestido de gran uniforme.

Frecuentaban también asiduamente el teatro de la ciudad. La entrada de patio costaba solamente veinte sueldos. Zola ha visto representar en Aix diez y ocho veces *La dama blanca* y treinta y seis *La torre de Nesle*. Sin embargo, la gran pasión de los tres amigos no era ni el teatro, ni la música, ni el juego, ni las mujeres.

Era el campo. Una sana orgía campestre, una embriaguez de aire libre. Siempre por montes y por valles en los alrededores de Aix; tan pronto por las

carreteras, tan pronto por los senderos de cabras y las gargantas desiertas. Partidas de caza ó de pesca, baños en el río Arc, correrías de diez leguas. Sobre todo en el estío, durante las vacaciones ó los días de asueto, á las tres de la mañana, el que se despertaba más pronto iba á arrojar piedras á las ventanas de los otros. En seguida partían cargados de víveres comprados la víspera. Al salir el sol habían andado ya varios kilómetros. Hacia las nueve, cuando el astro comenzaba á calentar, se instalaban á la sombra. Y el almuerzo se cocía al aire libre. Baille encendía fuego con leña seca, delante del cual suspendían por una cuerda una pierna de carnero, que Zola activaba de cuando en cuando con un papirotazo. Cézanne sazónaba la ensalada. Después dormían la siesta. Y volvían á partir con el fusil al hombro para alguna gran cacería, en la que mataban á veces una tórtola. Una legua más lejos dejaban el fusil, se sentaban bajo un árbol y sacaban del zurrón un libro, el poeta favorito: Hugo al principio, más tarde Musset. Concluían por discutir: ¿cuál era el mejor de los dos? Durante mucho tiempo entusiasmáronse con la retórica prodigiosa de Hugo, representando sus dramas, aturdiéndose con la música de sus versos declamados en alta voz; pero Alfredo de Musset se apoderó de ellos por completo, por su carácter humano, y fué desde entonces el más querido, el más leído, el que debía un día inspirar á Zola su amor apasionado por la vida. Al obscurecer volvían poco

á poco discutiendo todavía y recitando versos á la luz de las estrellas.

Antojóseles una vez no volver y pasar la noche en una gruta. Era una inmensa excavación natural, entre dos enormes rocas, una hendidura muy profunda que iba estrechándose y que debía terminar en alguna madriguera de zorro. Para realizar la hazaña habían ido cuatro: Baille había llevado á su hermano menor. Al caer la tarde tuvieron cuidado de preparar en el fondo de la gruta un lecho perfumado, aunque no muy blando, de tomillo y de espliego. Pronto llega la noche, se instalan los cuatro, y se tienden sobre sus gabanes, tratando de conciliar el sueño. Pero el tiempo se pone malo. Sopla un gran viento por las hendiduras de las rocas. Se encuentran á disgusto en la gruta. Al resplandor de la luna ven grandes murciélagos que giran por encima de ellos. Al fin renuncian á su hermoso proyecto, y á las dos de la madrugada emprenden el camino de la ciudad. Pero antes prenden fuego al tomillo y al espliego para proporcionarse un espectáculo romántico. Los murciélagos, asustados, huyen lanzando maullidos de brujas shakespirianas.

Aquella vida placentera y sin cuidados cesó un día de repente. A principios de 1857 había sido preciso abandonar la casa de la calle de los Mínimos, por ser demasiado cara, y se habían trasladado á la calle Mazarino. Esta fué la última habitación de la familia Zola en Aix, la más pobre, com-

puesta únicamente de dos piezas, recayentes sobre una especie de callejuela que daba la vuelta á la ciudad: casas raquíticas á un lado, y á otro el muro en ruinas de la muralla. La abuela Aubert murió en aquella vivienda en Noviembre de 1857. Había llegado la miseria. Todo el mobiliario perdido, llenos de deudas y los pleitos interrumpidos por falta de dinero para los curiales: tal era la situación. Hacia fines de año, Emilio Zola acababa de entrar en *segundo*, cuando su madre partió sola para París. Iba allí á jugarse la última carta, á solicitar para sus pleitos el apoyo de los antiguos protectores de su marido.

De pronto, en Febrero de 1858, el hijo recibe una carta de su madre llamándolo: «No nos es posible vivir en Aix. Realiza los cuatro muebles que nos quedan. Con el dinero que recojas tendrás lo bastante para adquirir dos billetes de tercera para ti y tu abuelo. Date prisa. Te espero.»

Después de una gran excursión de despedida al Tholonet y á la Barrera, Zola dijo adiós una tarde á Cézanne y á Baille. «Ya nos encontraremos en París.» Y ligero de dinero y de equipaje, con un porvenir incierto y el corazón entristecido al abandonar quizás para siempre á su querida Provenza, aquel distrito de Aix, cuyos menores rincones conocía perfectamente, y de los cuales conserva todavía como un olor de frescura y una embriaguez de la adolescencia al aire libre, emprende su viaje á la gran ciudad.

III

Fin de los estudios en París

Una tarde de Febrero de 1858, Emilio Zola, de diez y ocho años menos algunas semanas, llega á París, donde había residido dos veces durante su primera infancia: la primera á los seis años, la segunda á los once.

Después de los primeros transportes cariñosos de la llegada, una vez en el ómnibus que ha de conducir á la calle de Monsieur-le-Prince, núm. 63, á la madre, al hijo y al abuelo, con su escaso equipaje—todo lo que les queda de lo que han poseído en Provenza—, Emilio se inclina al oído de su madre, preguntándole:

—¿Qué vamos á hacer?

—Continuarás aquí tus estudios. He ido á ver á M. Labot y me ha prometido ocuparse de ti.

Antiguo amigo de Francisco Zola, M. Labot, abogado en el Consejo de Estado, recomendó al hijo á M. Desiré Nisard, director de la Escuela Normal y antiguo condiscípulo. Gracias á esta alta recomendación universitaria, Emilio obtuvo en seguida

una beca en el Liceo San Luis. Allí continuó su *segundo* de la sección de ciencias (1858), y allí estudió igualmente la retórica (1858-1859).

Helo, pues, en un liceo de París, después de haber estado en el colegio de Aix. Experimentó allí los primeros días—me lo ha contado después—una estupefacción profunda. En lugar de las naturalezas provenzales, de aquellos pilluelos turbulentos, ignorantes y groseros que eran sus condiscípulos en el Mediodía, encontraba jóvenes procaces, no mejores que aquéllos, pero más serios, con una máscara de fina ironía, al corriente de todo y ocupados en leer los periódicos y soñar con los encantos de la actriz en boga. De más edad que la mayor parte de sus nuevos condiscípulos, sentíase, sin embargo, inferior á ellos y presa de extraordinaria timidez. Prodújose entonces una cosa bastante curiosa. En Aix, los bufones del colegio se habían burlado de él en otro tiempo por su acento del Norte, llamándole *franciot* y «parisién»; ahora, en París, los del liceo le encontraban cierto acento del Mediodía, y le llamaban «marsellés». En fin, más que nunca, se sentía pobre.

No contrajo nuevas amistades. Vivió en el Liceo San Luis sombrío y encerrado en sí mismo, echando de menos la Provenza y su infancia libre, y pensando á cada instante en sus antiguos amigos. «¡Ah, si Baille estuviese aquí! ¡Si pudiese hablar de esto con Cézanne!» Además, no trabajaba. Ni deberes, ni lecciones, nada; ¡un desaplicado! Él, siempre el

primero en el colegio de Aix, apenas se dignaba ahora mirar los libros, y en una clase, ciertamente muy numerosa, ocupaba ahora el décimoquinto ó vigésimo lugar. Sólo mostraba aplicación en la narración francesa. Allí era el segundo ó el primero.

Un día, el asunto de la narración dada era este: *Milton, ciego, dictando á su hija mayor, mientras su segunda hija toca el arpa.* Ignoro qué florituras de estilo haría el joven alumno sobre este tema académico. Pero el profesor, M. Levasseur, hoy miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, quedó tan encantado, que leyó la narración delante de toda la clase y predijo solemnemente al discípulo Zola un talento futuro.

Si el alumno Zola no «se aplicaba» mas que en narración francesa, en cambio leía mucho. En aquellas clases de liceos de París, en que cada profesor explica su curso á unos cincuenta discípulos escalonados en gradas de anfiteatro, la atención y la asiduidad son necesariamente facultativas. Escucha al profesor y sigue la clase quien quiere. ¡Él escuchaba á Hugo, Musset, Rabelais y Montaigne! Aquellos profesores extrauniversitarios le enseñaban en aquel tiempo á amar dos cosas: primero, la poesía romántica, flor de juventud y de fantasía, brillante y loca; después, la bella prosa francesa, llena de nitidez y de lógica. Pero sus gustos literarios contribuían á alejarle de los ejercicios clásicos. Pasaba la mayor parte de los estudios en escribir

á sus amigos de Provenza cartas interminables. A pesar de lo fino del papel, eran menester dos ó tres sellos para franquearlas. Y en sus voluminosas confidencias, Zola, que padecía una especie de nostalgia del terruño, hablaba á Cézanne y á Baille del tedio de la vida en el liceo, de la incer-

L'artiste vit tout haut. Une œuvre d'art, roman, drame, tableau, statue, est un coin de la nature vu à travers un tempérament.

Emilio Zola

Autógrafo de Zola

tidumbre de su porvenir, de sus lecturas y de sus primeros ensayos literarios. Había de todo en aquellas cartas: prosa y versos, ¡grandes tiradas de versos románticos! ¡Lágrimas escondidas y proyectos soberbios! ¡Niñerías y destellos de talento! Y sobre todo, ardientes discusiones filosóficas, morales y estéticas, eco de las sostenidas en los largos paseos por los tres amigos. En el fondo de aquel

espíritu juvenil, que estaba todavía en el período de los versos, se despertaba ya un razonador y un crítico.

Al fin terminó el año escolar. Zola no obtuvo mas que el segundo premio de narración francesa. Para animarlo al trabajo, su madre, siempre complaciente, quiso hacerle pasar buenas vacaciones. En lugar de dejar que se aburra en París, lejos de sus amigos Baille y Cézanne, irá á vivir algunas semanas á su lado, en su amada Provenza. Disfrutó, pues, hermosas vacaciones en el Mediodía, dos meses de libertad con los antiguos camaradas. Renováronse las antiguas excursiones. Volviéronse á bañar en el Arc y á subir á la colina Santa Victoria y al Pilón del Rey. Comenzaron otra vez las grandes cazas *pour rire*, en las cuales concluían por descargar el fusil sobre un guijarro tirado al aire. Y las lecturas en común, las grandes discusiones literarias y estéticas, las confidencias y la comunicación de las primeras producciones literarias se reanudaron de nuevo. Esta vez Emilio tenía que contar á sus amigos sueños más atrevidos, planes de grandes poemas, un conjunto todavía confuso de cosas que pensaba realizar.

Después de aquellas vacaciones deliciosas volvió á París, en los primeros días de Octubre. Pero como si París decididamente estuviese contra él, apenas llegó cayó gravemente enfermo. Una fiebre mucosa, muy violenta, estuvo á punto de acabar con él, y fué seguida de una larga convalecencia.

Dos meses de retraso para ingresar en el liceo, esto contribuyó á que tampoco fuesen muy brillantes sus estudios de retórica.

Sucedió entonces lo que en el año precedente: el mismo suspirar por la Provenza, el mismo disgusto inspirado por el trabajo universitario, las mismas lecturas independientes. Continuaban las largas cartas á los camaradas del Mediodía, y una sombría timidez lo alejaba de toda nueva amistad. En discurso francés, sin embargo, demostraba la misma superioridad que el año anterior en narración francesa. No menos perspicaz que M. Levasseur, el profesor de retórica, M. Etienne, habíase fijado en los discursos franceses del alumno Zola. Calificólos, sin embargo, con razón de «demasiado románticos». Lector muy agradable, gustaba leerlos él mismo á su numerosa clase, y les hacía producir un gran efecto.

Al fin llegamos á Agosto de 1859. Terminada la retórica, ¿qué va á hacer nuestro alumno? Muy atrasado para su edad—diez y nueve años cumplidos—, sin un céntimo de fortuna, deseoso de labrarse una posición y sostener á su madre, prescinde de la «filosofía» y se decide á afrontar inmediatamente el examen de bachillerato de ciencias.

¡El bachillerato! ¡Qué desdén por esta palabra desde aquel tiempo, por los diplomas en general y por todas las distinciones universitarias, académicas y sociales! Se descubre ya en Zola un revolucionario instintivo, que penetra en el fondo de las

cosas, dispuesto á inclinarse solamente delante del talento original. Pero al mismo tiempo, gracias á un feliz equilibrio, al lado del revolucionario hay en él un hombre razonable, resignado, capaz de todas las flexibilidades. Yo me imagino verlo, en este caso particular del bachillerato, llegar por la mañana á la Sorbona para sufrir el examen por escrito: en el fondo, muy tranquilo, indiferente, aceptando cualquier resultado; pero en la superficie un poco emocionado y tembloroso, con el remordimiento de no haber hecho nada en diez y ocho meses, comprendiendo que está mal preparado, temiendo, en fin, un fracaso probable, casi cierto, que afligirá á su madre.

¿Qué sucede entonces? Lo que sucede nueve veces cada diez en materia de exámenes y de concurso público: lo imprevisto, lo ilógico y lo grotesco. Reconstituid la pequeña tragicomedia siguiente:

La noche del día de los exámenes por escrito el candidato bachiller se acuesta con la convicción de haber hecho una versión muy mediana y de no haber encontrado la verdadera solución de sus problemas. Al día siguiente por la mañana, al despertarse, se siente lleno de temor. ¿Por qué no se ha de quedar en la cama, bien caliente, en lugar de arriesgarse á hacer un camino inútil? Se decide, sin embargo, á levantarse, va á la Sorbona, consulta la lista de los candidatos aprobados, y ¡cuál no es su asombro al verse el segundo en la lista! Ya no le queda, pues, mas que sufrir el examen oral,

una bagatela. Llega su vez. Primero, la parte científica: ¡admirable! Física y química, historia natural: ¡muy bien! Matemáticas puras, álgebra y trigonometría: ¡bien! ¡Bolas blancas sobre bolas blancas! Ya el éxito del examen está fuera de duda. Zola hace un guiño á su camarada, que se levanta, abandona la sala de examen y corre á anunciar el triunfo á la madre. Al fin llega delante del último profesor, encargado de interrogarle sobre lenguas vivas y sobre literatura.

—Comencemos por un poco de historia...—dijo el examinador—. Sírvase usted decirme la fecha de la muerte de Carlomagno.

Zola, visiblemente turbado, vacila, y concluye por balbucear una fecha. No se equivocó más que en quinientos años. Hacía morir á Carlomagno bajo el reinado de Francisco I.

—Pasemos á la literatura—dijo secamente el profesor.

Y le pregunta la explicación de una fábula de La Fontaine.

Aquel profesor y Zola no pensaban sin duda lo mismo en literatura, pues el primero abría los ojos cada vez más irritados, á medida que el otro explicaba á La Fontaine como él lo entendía, seguramente de un modo muy romántico.

—Pasemos al alemán—dijo todavía con más sequedad.

Aquí, el candidato, de una completa ignorancia en lenguas vivas, no puede siquiera leer el texto

alemán. Entonces el profesor encoge los hombros:
—¡Basta!

El examen oral ha terminado, é inclinados al oído los unos de los otros, aquellos señores deliberan. La deliberación es larga. Los profesores de ciencias, todavía maravillados de la lucidez de espíritu, de la claridad de deducción del candidato, interceden por él y ruegan á su colega que no mantenga la nota de suspenso. Pero sus esfuerzos fueron inútiles; el profesor de literatura mantuvo la nota. ¡Es lástima que yo no tenga tiempo hoy de ir á hojear en el fondo de los archivos universitarios! Hubiera querido entregar al público el nombre del héroe que suspendió en el bachillerato al autor de los *Rougon-Macquart* por haberlo encontrado «nulo» en literatura.

Este fracaso no impidió á Zola el ir como el año anterior á pasar buenas vacaciones en el Mediodía. Ocho días después, vestido con una blusa, con gruesos zapatos y el zurrón á la espalda, corría de nuevo por las colinas con Baille y Cézanne, á ochocientos kilómetros de París y á mil leguas de la Universidad. Sin embargo, pasadas las vacaciones, tuvo la idea de hacer un nuevo esfuerzo y proporcionarse en Provenza aquel malhadado pedazo de pergamino que no había podido conquistar en París. Prolongó, pues, su estancia algunas semanas, trabajó, y en el mes de Noviembre volvió á presentarse á exámenes en Marsella. Esta vez, él, que en París, donde las clases son más severas,

había obtenido el segundo lugar, no pasó siquiera de la primera prueba. Decididamente, era una fatalidad: no sería nunca bachiller. A su regreso á París no volvió al liceo. Estamos en 1859. Zola tenía veinte años menos cuatro meses. Y sin haber pasado, como los otros, por la puerta ancha que, según dicen, conduce á todo, se encontraba ahora delante de la vida, enfrente de las terribles realidades.

IV

Los primeros pasos en la vida

Sin fortuna, habiendo perdido la quimérica esperanza de sacar por medio de los pleitos una fortuna de la obra de su padre, obligado á ganarse inmediatamente el pan, ¿qué iba á hacer Emilio Zola?

Este fué el problema que se le presentó en seguida.

Las primeras semanas, después de la salida del colegio, están llenas de encanto para los hijos de las familias ricas, sin más preocupación que la de elegir carrera. «¡Oh! ¡no tenemos prisa! ¡Nos sobra tiempo para pensar en cosas serias! Ahora divirtá-

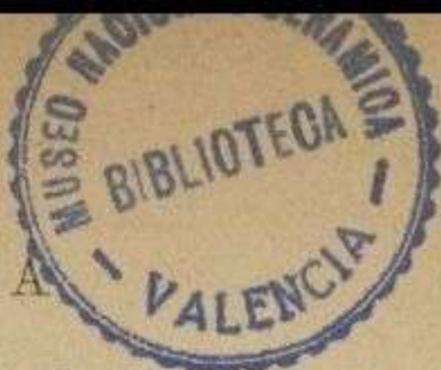
monos. Bastante han trabajado nuestros padres, y ahí está nuestra familia para mantenernos en la alegría y la pureza.» Zola no podía decir mas que esto: «¿Cómo voy á comer mañana?»

¡Comer, pagar la casa y vestirse! ¡Si al menos supiese un oficio manual! Sus apuros y su desaliento fueron tales, que estuvo á punto de entrar en una imprenta para aprender el oficio de tipógrafo.

Algunas semanas después, á principios de 1860, el mismo M. Labot, que le había hecho obtener una beca en el liceo, le proporcionó una colocación. ¡Pero qué colocación! Sesenta francos por mes, en un empleo ínfimo, en los *docks*, calle de la Aduana. Ni siquiera para vivir y sin esperanza de aumento. Zola, desalentado, abandonó los *docks* al cabo de dos meses.

Y todo el resto del año 1860, todo el año 1861 y los tres primeros meses de 1862, los pasó abandonado en el arroyo de París, sin colocación, sin recursos, sin hacer nada, sin tener delante ningún porvenir. Dos años enteros de bohemia. Una vida de miseria, de préstamos solicitados con el rubor en la frente, de deudas contraídas por la fuerza de la necesidad. Una vida de azar, de empeños en el Monte de Piedad y de muebles entregados para satisfacer las deudas. En fin, uno de esos períodos sombríos que no pueden recordar sin estremecerse los que los han atravesado.

Sin embargo, no conviene entenebrecer el cuadro. La juventud, la vida libre, la ambición litera-



ria, llevan consigo todo un mundo de ilusiones, de grandes alegrías por pequeñas causas. Nunca fué la miseria odiosa sin esperanza. Cuando Zola se transporta á los

dos años aquellos, tiembla el goloso al recordar las comidas hechas con pan y queso de Italia; pero también suele suspirar por aquella miseria tan llena de grandes ilusiones. Aunque sus primeros pasos fueron difíciles, no por eso deja de acordarse con dulzura,



ZOLA SALUDANDO Á BALZAC
(Caricatura de A. Gill)

como todo el mundo, de sus veinte años. En aquel tiempo no hacía mas que versos.

Escribía más que nunca á sus dos camaradas provenzales cartas en las cuales refería sus sueños, su vida, sus sensaciones y el engrandecimiento de su horizonte literario y filosófico. No veía entonces en la literatura una profesión. Algunas estrofas suyas ó una página de prosa impresas en no sé qué periodiquito de provincias le impedían dormir toda

una noche, empleada en leerlas y releerlas. Ver su nombre en lo alto de una de esas cubiertas amarillas, encarnadas ó verdes colocadas en los escaparates de las librerías, le parecía un sueño tan lejano, tan quimérico, tan irrealizable, como obtener la mano de una princesa real que lo elevase de repente hasta el trono. Pero si ni remotamente sospechaba entonces que viviría un día de la literatura, ya la amaba instintivamente por sí misma, con pasión verdadera. Era su única compañera en aquel tiempo, pues vivía solo, sin amigos, sin mujeres, sin poner los pies en los cafés ni en las cervecerías y sin tener relaciones de ninguna clase con el mundo literario. Sus recursos no le permitían leer los periódicos sino alguna que otra vez, y todavía lo hacía con la candidez de un muchacho que viviese en una aldea perdida en los Bajos Alpes. Su gran ocupación de entonces, su único placer, era pasar los días enteros discurrendo á lo largo de los muelles, haciendo interminables estaciones delante de los puestos de libros, devorando toda clase de impresos en aquellos gabinetes de lectura gratuitos y al aire libre. Iba mal vestido. Cierta paletó sobre todo, un paletó verdoso, brillante por los hombros, fué durante largo tiempo su desesperación.

Yo no lo conocía en aquel tiempo. Pero ¡cuántas veces, diez años después, en plena lucha literaria, y aun más tarde, en la hora del éxito, le he oído recordar aquellos días lejanos! «No tenía un cuarto —me decía aún últimamente—, no sabía lo que se-

ría de mí, y sin embargo, ¡qué hermoso tiempo!... ¡Ah, la juventud! ¡Los primeros entusiasmos literarios! Cuando había leído bastante en los muelles ó volvía de algún paseo lejano, de las orillas del Bièvre ó de la llanura de Ivry, entraba en casa, comía mis tres sueldos de patatas y trabajaba... Hacía versos, escribía mis primeros cuentos, era feliz... ¿Fuego? No había que pensar en él; la leña era demasiado cara. En los días de abundancia solamente, algunas pipas de tabaco, y sobre todo una bujía de tres sueldos... ¡Oh! ¡Una bujía de tres sueldos equivalía á toda una noche de literatura!»

Hoy no trabaja por la noche y no hace versos. Y si tiene siempre en casa excelentes cigarros, son para los demás: él ha tenido que abstenerse de fumar.

He aquí ahora las diversas habitaciones que ocupó en aquella época y los recuerdos evocados por cada una de ellas. Lo hemos dejado en el número 63 de la calle de Monsieur-le-Prince, en su primera vivienda de París, donde habitó con su madre desde Febrero de 1858, fecha de su llegada de Provenza, hasta Enero de 1859, época en que seguía los cursos del Liceo San Luis, estudiando retórica como externo. Después, desde Enero de 1859 á Abril de 1860, vivió en la calle de Saint-Jacques, número 241. Allí, por consiguiente, concluyó de estudiar la retórica en las vacaciones, último viaje á Aix; doble fracaso en el bachillerato; entrada en la vida difícil; dos meses de empleado ínfimo de los *docks*.

De la calle de Saint-Jacques pasó Zola al número 35 de la calle de Saint-Víctor. Allí habitó seis meses, de Abril á Octubre de 1860, no en el sexto piso, sino en una construcción ligera levantada encima de aquél, por consiguiente en un verdadero séptimo. Delante del cuarto había una gran terraza, desde donde se veía todo París. Cézanne había llegado de Provenza para aprender la pintura. Los dos amigos tendían sobre la terraza un gran jergón, donde pasaban muchas noches de verano hablando de pintura y de literatura bajo las estrellas. Algunas veces, para ver mejor aquel París que trataban de conquistar, subían por una escala é iban á sentarse sobre el techo del séptimo. En aquella habitación escribió *El carnet de baile*, uno de los primeros *Cuentos á Ninón*, y un gran poema á lo Musset: *Paolo*. El año anterior, en Aix, entre los dos exámenes infructuosos del bachillerato, el candidato desgraciado se había consolado componiendo un primer poema: *Rodolfo*. Más joven aún, había escrito sobre los bancos del Liceo San Luis *El hada amorosa*, el más antiguo de sus cuentos. De Octubre de 1860 á Abril de 1861, Zola vivió en la calle Neuve-Saint-Etienne-du-Mont, solo por primera vez: su madre vivía entonces en una pensión burguesa. El cuarto que ocupaba era una especie de jaula de cristales colocada sobre el techo, y que, según decían en la casa, había sido habitada por Bernardino de Saint-Pierre. Compuso allí un tercer poema, *La aérea*, título que se hubiera creído ins-

pirado por aquella habitación, en que todos los vientos del cielo corrían libremente de una ventana á otra. ¡Ni tenía fuego, ni siquiera chimenea! Son las nueve de la mañana en invierno; afuera se siente un frío terrible; cae la nieve, sopla un viento glacial y la escarcha empaña los cristales. Un joven tiritita en su lecho, y con todas las ropas que posee amontonadas sobre las piernas, y la nariz y los dedos enrojecidos, escribe con un lápiz. ¿Qué escribe? Renglones cortos, ¡versos! ¡Aquel hombre es hoy el autor de *L'Assommoir*! Pasó el invierno. Durante los primeros días primaverales, los paseos al sol en el Jardín de Plantas, que estaba á dos pasos, le causaron sensaciones deliciosas.

El sol, desgraciadamente, no pone dinero en el viejo portamonedas vacío. La miseria aumenta. De su aérea y poética azotea, digo poética para agradar á la sombra del autor de *Pablo y Virginia*, Zola se traslada al número 11 de la calle Soufflot, á una casa hoy demolida, donde había entonces habitaciones amuebladas, miserables y sucias. Los huéspedes eran, en su mayoría, estudiantes y muchachas alegres. Los cuartos estaban separados solamente por delgados tabiques. Ya se supondrá lo que nuestro joven poeta oía á través de ellos: destapar de botellas, besos, suspiros y lo demás. De repente, en medio de la noche, gritos desgarradores de mujeres le despertaban sobresaltado. Se hubiera dicho que aquel ruido era producido por cinco ó seis asesinatos cometidos al mismo tiempo.

No era mas que una batida; los agentes de la Higiene hacían una «cuerda». Allí, en medio de aquella atmósfera de desorden y de vicio, durante un año, de Abril de 1861 á Abril de 1862, durante los ocho primeros meses sobre todo, Emilio Zola vivió una vida espantosa. Conoció allí toda clase de privaciones. He aquí cuáles eran sus comidas: pan y café, ó bien pan y dos sueldos de queso de Italia, ó pan y dos sueldos de patatas. ¡Algunas veces nada más que pan! ¡Otras, ni siquiera eso! Sus ropas iban á parar, unas después de otras, al Monte de Piedad. Y sucedíale que, cuando había hecho empeñar la última prenda, veíase obligado á pasar tres ó cuatro días en casa sin poder salir, envuelto en las mantas de su lecho: lo que él llamaba pintorescamente «hacer el árabe». Una vez, habiendo corrido en vano todo el barrio en busca de dinero para comer, y—es preciso decirlo todo—teniendo entonces consigo una mujer—un amorío de algunas semanas—, ¿qué hace el futuro propietario de Medán? Se quita el paletó y se lo entrega á la mujer: «¡Lleva eso al Monte de Piedad!» Y entra en casa en mangas de camisa, con un frío de varios grados bajo cero.

A pesar de tanta miseria, Zola no atravesó nunca época más serena ni más feliz intelectualmente. La vida tiene compensaciones como ésta. Una magnífica indiferencia lo hacía insensible á los sufrimientos materiales. Nutría mal su cuerpo, pero su espíritu, desenvuelto por la lectura y el razona-

miento, doblegado ya por la gimnasia del trabajo cotidiano, comenzaba á ver claro en él. Fijo desde ahora en su vocación literaria, no sintiéndose con valor para abrazar otra carrera, se hace cargo de que, reuniendo sus tres poemas, puede formar un primer volumen, un volumen de versos. ¡*Rodolfo* era el infierno, el infierno del amor! ¡*La aérea* el purgatorio! ¡*Paolo* el cielo! Los tres poemas formaban, pues, un todo completo, una especie de ciclo poético, al cual dió un título general: *La comedia amorosa*. No había mas que encontrar un editor. ¿Lo buscó realmente? Tímido como era, viviendo fuera del mundo literario, se contentó, según creo, con soñarlo. Por otra parte, tenía ya esa tendencia de los grandes productores á no conceder mucha importancia á la obra hecha y á preocuparse solamente de la obra futura.

Terminada *La comedia amorosa*, habíala abandonado en el fondo de un cajón, y no pensaba más que en *El Génesis*, otra gran trilogía poética, mucho más elevada, mucho más vasta, que debía comprender tres poemas científicos y filosóficos. El primero de estos poemas hubiera cantado «el nacimiento del mundo», según las últimas teorías de la ciencia moderna. El segundo presentaba un cuadro completo de «la humanidad», una especie de síntesis de la historia universal desde los principios del hombre hasta el desenvolvimiento de nuestra civilización contemporánea. En fin, el tercero y último, el más sublime, una especie de resultante

lógica de los otros dos, hubiera cantado al hombre, elevándose cada vez más en la escala de los seres, «el hombre del porvenir», el Hombre delante de Dios. No admiraré á nadie revelando aquí que el joven poeta, de planes tan audaces, no escribió de *El Génesis* mas que... los ocho primeros versos.

Toda una vida, un trabajo de benedictino, una inspiración poética extraordinaria, alimentada por una universalidad de conocimientos, hubieran sido necesarios para semejante obra. Y además, ¿era factible una tarea tan heroicamente sintética en nuestro siglo de transición y de análisis, en que los grandes inventos de consecuencias todavía desconocidas se multiplican, en que el progreso marcha por saltos y la verdad de ayer por la noche no es la de hoy por la mañana? Sin embargo, encuentro interesante á aquel muchacho de veintiún años que no tiene pan y que se sumerge en los libros científicos, que lee á Lucrecio y á Montaigne y que antes de haber vivido proyecta demostrar dónde está la vida de la humanidad. Más tarde, cuando el joven soñador se haya convertido en un hombre práctico, le quedará algo de esta tendencia á hacer cosas grandes, y novelista, no escribirá novelas aisladas, sino la *Historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio*.

Hacia fines de este año cruel (1861) fué cuando, provisto de una recomendación de M. Boudet, miembro de la Academia de Medicina, se presentó Zola en casa del editor Hachette.

Desgraciadamente no había colocación vacante en aquel momento, y M. Hachette no pudo admitirlo como empleado sino algunas semanas más tarde. Entretanto, para remediar de algún modo la situación del joven sin herir su amor propio, M. Boudet le deslizó una pieza de oro en la mano, suplicándole que repartiese sus tarjetas de felicitación del día



ZOLA, POR ANDRÉ GILL
(en *Le Courrier Français*)

de Año Nuevo. ¡Un día de Año Nuevo bien triste! Entre aquellas tarjetas había algunas destinadas á los padres de sus discípulos. Pero un mes después, en 1862, el repartidor de tarjetas de ocasión entraba en la casa Hachette, en la oficina llamada «del material», con un sueldo de cien francos al mes. Durante algunas semanas sus funciones se limitaron á «hacer paquetes». Des-

pués, subiendo en categoría, entró en la oficina de la publicidad. El pan estaba desde ahora asegurado. Laborioso y discreto por naturaleza, había terminado para siempre con la bohemia; tenía desde ahora una base de vida; estaba salvado.

Pero la vida regular y normal tiene también sus melancolías. En la oficina, cerca de la ventana donde estaba su mesa, el nuevo empleado—ya á los veintidós años atacado de hipocondría—tenía

que vencer tristezas completamente nuevas. ¡No ser libre! ¡Trabajar forzosamente todos los días á las mismas horas! Una voz secreta le decía: «¡Estabas más alegre y eras más feliz cuando no tenías un cuarto!»

Tenía que luchar también contra otra tentación: «Todos estos libros que me pasan por las manos no tengo tiempo de leerlos.» Un verdadero suplicio para un joven escritor. Pero Zola era ya una voluntad y una fuerza. No solamente cumple con su deber de empleado, sino que por las noches y los domingos durante todo el día trabaja para sí.

A partir de aquel momento, se acabaron los versos. Sea que no se reconozca decididamente poeta, ó que, teniendo un sentido de la vida literaria muy práctico, cree que la prosa es un instrumento más moderno, se dedica á esta última por completo y para siempre. Había escrito ya dos cuentos: *El hada amorosa* y *El carnet de baile*. Después escribió otros.

Durante dos años, de 1862 á 1864, compuso algunas novelas cortas, que, reunidas, debían formar su primer volumen.

Además de que sus funciones de empleado le ocupaban la mayor parte del tiempo, trabajaba muy lentamente al principio, pues encontraba grandes dificultades, y apenas escribía más de una página cada velada. Hay que notar, sin embargo, que este primer volumen, que no contiene mas que en germen la potencia de concepción á la cual

debía elevarse el novelista en lo sucesivo, es de un estilo muy cuidado y maravillosamente equilibrado.

He aquí las diferentes viviendas de Zola durante aquellos dos años. De la terrible casa amueblada de la calle Soufflot se fué á vivir al callejón Saint-Dominique, número 7, á una casa hoy derribada. Era un antiguo convento, de largos corredores abovedados, que conservaba algo de la paz de otro tiempo. Había amueblado allí un cuarto de aspecto monacal. La ventana daba sobre un extenso jardín. En aquel cuarto escribió tres de sus cuentos: *La sangre*, *Simplicio* y *Los ladrones y el asno*. En seguida se fué á vivir á la calle de la Pépinière, en Montrouge, á una habitación romántica, cuyas ventanas daban sobre la vasta extensión del cementerio de Montparnasse; allí compuso *La hermana de los pobres* y el más vibrante de sus primeros cuentos: *La que me ama*. Después, á principios del invierno de 1863 á 1864, fué á alojarse á la calle de Feuillantines, número 7, también en una casa vieja, donde encontró una gran sala desde la cual se veían los jardines de la Escuela Normal.

No era ya la miseria negra, pero tampoco la fortuna, ni siquiera la comodidad. Durante una decena de años tuvo que luchar todavía con las deudas y parlamentar con los usureros; experimentaba faltas de dinero, faltas reales, que conoció bien Balzac, pero que sirven de aguijón á los fuertes y que no detienen mas que á los débiles.

No solamente el empleo en la casa Hachette sacó á Zola de la miseria y lo libró de los peligros de la ociosidad y de los compromisos funestos de la bohemia, sino que su verdadera educación literaria y parisién la hizo allí. Debió á sus mismas funciones de jefe de la publicidad toda una iniciación. En relaciones cotidianas con los escritores y con los diarios, adquirió un conocimiento precoz y muy útil de todo el personal del mundo literario. ¡Cuántas veces, aun ahora, cuando le hablo de algún escritor de poca notoriedad que he encontrado en alguna parte, le oigo exclamar: «¡Fulano? lo conocí en otro tiempo en casa de Hachette!» Allí fué donde vió de cerca lo que son los periódicos, y los confundió á todos, semanales ó diarios, noticieros ó doctrinales, republicanos ó monárquicos, en un mismo menosprecio: «¡Todos casas de negocios!»

Durante cerca de cuatro años, MM. Taine, About, Amédée Achard, Prévost-Paradol y otros más, en su calidad de autores de la casa, tuvieron frecuentes relaciones con el joven empleado. Ignoro si por alguna frase apasionada del joven alguno de aquellos escritores presintió el renombre futuro de Emilio Zola. No solamente con los autores célebres, sino con los recién llegados, los principiantes que llevaban un manuscrito, mostróse siempre reservado y no contrajo ninguna nueva amistad. Poco comunicativo, contentóse con sus dos antiguos amigos del Mediodía. Pablo Cézanne acababa de alquilar un estudio en París; Baille, discípulo de

la Escuela Politécnica, salía dos veces por semana. Los «tres inseparables» realizaban, pues, su antiguo sueño, acariciado bajo los plátanos del patio cuadrado del colegio, y en los grandes paseos, en medio de las colinas peladas: conquistar á París, sin abandonarse, apoyándose mutuamente. Ahora era en el mismo París y sus alrededores donde daban largos paseos los domingos. Y no había que decir: la gran conquista había comenzado. Pablo, el más afortunado de los tres, pero el más inquieto y el más atormentado, los iniciaba en sus sueños de pintura. Baille, el más dueño de sí mismo, el más frío, inclinado á la ciencia pura, ambicionaba una elevada posición científica. Participando á la vez de uno y de otro, sirviéndoles de lazo de unión, más completo y más en la vida, Zola era ya un centro. Fué en esta época cuando comenzó á recibir los jueves; recepciones de las cuales volveré á hablar, y cuyo personal ha aumentado, pero cuyo carácter de intimidad ha permanecido el mismo. Mario Roux, el amigo más antiguo, el de la escuela Isoard, asistía asiduamente. Baille y Pablo Cézanne llevaron á algunos camaradas, entre otros á Antonio Valabrègue, un poeta igualmente llegado de Aix, el mismo que me introdujo en la casa algunos años más tarde. Después, yo mismo introduje á otros. De suerte que todos los amigos de la casa forman como una cadena de amistad no interrumpida. En aquellas primeras recepciones de los jueves no había ciertamente el mismo lujo de lico-

res exóticos que hoy; pero se encontraba la misma taza de té, el mismo apretón de manos afectuoso y la misma amable acogida del que la leyenda representa como un hombre intratable y orgulloso que se pasa la vida adorándose el ombligo y haciéndoselo adorar por una bandada de galopines.

Emilio Zola adquiría poco á poco en la casa Hachette una situación superior á la de un empleado ordinario. Un sábado por la noche, antes de abandonar la librería, se introdujo en el gabinete de M. Hachette y depositó sobre el escritorio un manuscrito de *La comedia amorosa*. ¡Juzgad en medio de qué ansias debió pasar aquel domingo! ¿Cómo recibiría la obra M. Hachette? ¿Iba á decirle el lunes: «Sois un muchacho sublime; os edito»? ¿Ó bien nuestro principiante recibiría un desengaño? El lunes por la mañana Zola llega á la librería y trata de leer su suerte en la frente del viejo editor. ¡Nada! ¡Aquella frente permanece impenetrable! Al fin, un poco antes del mediodía, en el momento de salir los empleados para almorzar, M. Hachette lo llama á su gabinete, y favor desusado, le ruega que se siente. El editor habla con bondad al poeta y lo anima. A partir de aquel día, mostró más consideración hacia el joven, se interesó más por él, y no contento con haber aumentado su sueldo á doscientos francos, procuróle de cuando en cuando algunos trabajos suplementarios.

Dos meses más tarde, M. Hachette le pidió un cuento para un periódico de niños que publicaba su

librería, y Zola escribió *La hermana de los pobres*. El editor, después de haber leído aquel cuento, hizo entrar otra vez al autor en el famoso gabinete, donde le dijo esta frase singular: «Sois un revolucionario.» El cuento no se publicó por demasiado atrevido. Puede leerse en los *Cuentos á Ninón*.

Al mismo tiempo que desempeñaba su empleo, Zola trabajaba para sí. Por la noche, después de comer, á eso de las ocho y media, se ponía á escribir.

El hábito de un trabajo regular, que siempre ha tenido después, se remonta á 1862. Y particularidad curiosa, estaba entonces tan acostumbrado á trabajar por la noche, que los domingos por la mañana, cuando quería aprovechar su libertad para dar una plumada, cerraba primero las persianas y encendía una bujía, pues no podía escribir mas que en medio de aquella noche voluntaria.

A principios del año 1864 Zola se encontró con que había escrito un volumen de cuentos, primer resultado de su labor cotidiana. Atrevióse entonces á presentarlo á un editor: no á M. Hachette, sino á M. Hetzel. El manuscrito se componía de los cuentos que ya he enumerado anteriormente, al hablar de las diferentes habitaciones donde fueron escritos.

Entre estos cuentos los había inéditos y otros habían aparecido en diferentes publicaciones: *El hada amorosa* en Aix, en 1859, en el periódico *La Provenza*; *Simplicio* y *La sangre* en la *Revista del Mes*, de Lille (1863); *La que me ama*, se había pu-

blicado en el *Figaro* hebdomadario. ¿Cómo iba M. Hetzel á acoger aquel volumen?

No insisto sobre las emociones del principiante, emociones por las cuales es preciso haber pasado para comprenderlas. Al fin, un día, Zola encuentra al entrar en casa dos líneas de M. Hetzel, un simple «Servíos pasar mañana por mi casa á tal hora.» Aquí un paseo lleno de hipótesis febriles, en el jardín del Luxemburgo, seguido de una larga noche de insomnio. Al día siguiente el principiante se escapa de la librería Hachette y corre á casa de M. Hetzel, que le dice: «Vuestro volumen está admitido. He aquí á M. Lacroix, que os edita. Va á firmaros un contrato.» El negocio se terminó inmediatamente. ¡Un contrato! ¡Qué feliz es uno cuando firma este primer contrato! ¡Coge uno con orgullo la pluma, que tiembla entre los dedos! Algunos momentos después, Zola, sofocado por haber corrido, anunciaba la gran noticia á su madre. Esto sucedía en 1864. El 24 de Octubre aparecieron los *Cuentos á Ninón*, que no voy á juzgar aquí. No hablo mas que de hechos.

Publicados los *Cuentos á Ninón*, Emilio Zola continuó durante diez y ocho meses su doble existencia, empleado por el día en casa del editor Hachette y dedicando las noches y los domingos á sus trabajos literarios. En 1865 dió algunos artículos al *Petit Journal*, dos ó tres novelas cortas á la *Vida Parisiën*, y en la *Salud Pública* de Lyon comenzó á publicar grandes estudios literarios y

artísticos, que fueron reunidos más tarde en un volumen bajo el título *Mis odios*. En fin, en el mismo año 1865 terminó *La confesión de Claudio*, cuya



Zola á los cuarenta años

primera parte había compuesto en 1862, entre dos cuentos. *La confesión de Claudio* apareció en Octubre de 1865, justamente un año después de los *Cuentos á Ninón*, siendo también publicada por la casa Lacroix. Este segundo volumen le proporcionó algunos derechos de autor, mientras que el primero no le había valido nada.

A fines de este mismo año 1865, el joven autor tomó una grave resolución: dejar su empleo para consagrarse por completo á la literatura y

no vivir desde ahora mas que de su pluma. Tenía ya dos volúmenes publicados; comenzaba á colocar aquí y allá algunos trabajos y á gozar de cierta notoriedad. Por otra parte, un empleado de justicia había ido á la casa Hachette á pedir antecedentes sobre el autor de *La confesión de Claudio*, en la cual había ciertos detalles realistas que habían escandalizado el pudor del procurador imperial. Zola, en Noviembre, juzgó necesario presentar su dimisión para el 31 de Enero del nuevo año, reservándose así dos largos meses, en los cuales buscaría una colocación en el periodismo.

Así, en seis años, de 1859 á 1865, el que había tenido principios tan difíciles, el que con la familia arruinada y fracasado en sus estudios se había encontrado un momento en el arroyo de París, sin pan y sin esperanza, por su voluntad, su inteligencia y su trabajo había conseguido salir de la negra miseria. Ahora no tenía mas que batirse, pues entraba en pleno campo de batalla.

V

La lucha literaria

Vivir de su pluma, reemplazar los doscientos francos de su empleo que cobraba regularmente cada fin de mes: este era el problema. No había

que pensar en el «libro» por el momento; aun llegando á la segunda edición, lo que es muy halagüeño para un principiante, una novela produce poco. No se atrevía siquiera á pensar en el «teatro», más productivo, pues tenía cerradas sus puertas, y para forzarlas se necesitaba mucho tiempo. Quedaba el «periódico». ¿Qué hoja parisién debía elegir?

Desde hacía algunos años, al lado del gran periodismo político, que relegaba la literatura á la tercera página bajo el epígrafe de «Variedades», entre los hechos diversos y los anuncios, brotaba uno nuevo, llamado «pequeño periodismo», más vivo, más moderno, apropiado á la necesidad de investigación de la época, nutrido, sobre todo, de actualidad, de informaciones, de hechos, relegando las teorías políticas á la segunda plana y concediendo más espacio á la literatura. M. de Villemessant, uno de los creadores de este nuevo periodismo, al lado de su *Figaro* hebdomadario, acababa de fundar *L'Événement*, diario cotidiano, á dos sueldos.

Zola había hablado diferentes veces en la casa Hachette con M. Bourdin, yerno de M. de Villemessant. A consecuencia de varias conversaciones con éste sobre las ideas de su suegro, escribió á M. de Villemessant una carta, en la que le proponía hacer con respecto á los libros lo que un redactor especial hacía en *L'Événement* con los teatros: anunciar las publicaciones nuevas como se

anunciaban las obras teatrales, hacer la crítica, recoger anécdotas sobre su composición y sus autores y dar extractos de las obras buenas, proporcionadas con anticipación por los editores. No se hizo esperar la respuesta: en ella se citaba á Zola para el día siguiente. M. de Villemessant lo recibió muy bien, é inmediatamente fué admitido como redactor de prueba. «Durante un mes, todo lo que escribáis se publicará: ¡*L'Événement* es vuestro! A fin de mes sabré si tenéis algo dentro de la cabeza y decidiré vuestra suerte.» El epígrafe adoptado fué éste: «Libros de hoy y de mañana.» ¡He ahí un verdadero redactor en jefe! Yo recomiendo su ejemplo á los inteligentes especuladores que veinte años después quieren hacer de Villemessant al frente de los grandes periódicos republicanos ó de otra clase.

Después de salir de la casa Hachette, el 31 de Enero, Emilio Zola debutó en *L'Événement* en el número 2 de Febrero de 1866. Aún no había pasado medio mes, cuando M. de Villemessant le había ya felicitado. A fin de mes, Zola pasó á la caja, sin saber todavía qué sueldo le iban á dar. El cajero le entregó quinientos francos. El joven periodista se quedó deslumbrado. ¡Quinientos francos! ¡En su vida había visto reunida semejante suma! ¡Qué dulce es recibir este primer dinero ganado por medio de la literatura!

M. de Villemessant quedó tan contento de los artículos «Libros de hoy y de mañana», que no

vaciló en confiar el Salón á Zola. Éste adoptó el título *Mi Salón*, y consagró su primer artículo á un estudio de los miembros del jurado. La emoción fué inmediata y extraordinaria entre los artistas. El escándalo fué en aumento en cada uno de los artículos siguientes. Todo el mundo se preguntaba quién era aquel Emilio Zola que nadie conocía y que pisoteaba todas las ideas artísticas en boga, sin respetar las cosas y los hombres hasta entonces reputados como más respetables. La lógica y el acento de convicción ardiente con el cual el nuevo crítico de arte hundía el escalpelo causaron verdadera cólera. Lo que consideraron más exorbitante é intolerable fué la defensa encarnizada de aquel Manet, cuyo talento original todavía no comprendido excitaba la ira y la burla, y que el crítico colocaba heroicamente por encima de las medianías glorificadas por el éxito. Algunos, poseídos de cólera, llegaron hasta romper el periódico en pleno bulevar, delante de los kioscos. El crítico de *L'Événement* recibía hasta treinta cartas diarias, algunas de las cuales contenían palabras de estímulo, estando llenas las más de insultos é injurias. Estuvo á punto de tener un duelo. M. de Villemessant cortó la cuestión rogando á Zola que terminase bruscamente *Mi Salón* con dos artículos. Así lo hizo. *Mi Salón* apareció en un folleto publicado en casa de Julián Lemer. Hoy está agotado. Pero al final de la nueva edición de *Mis odios* se encuentran aquellos artículos, que conviene consultar si

quiere uno comprender la evolución artística de los últimos veinte años.

Otra tentativa de Zola en *L'Événement*, menos brillante, fué un folletín: *El mandato de la muerta*. Poco después de *Mi Salón*, deseoso de hacer una experiencia, propuso á M. de Villemessant escribirle una novela, no una novela que realizase todas sus tendencias artísticas, sino una obra especialmente escrita para el periódico, con objeto de agradar á los abonados, sin desperdiciar las suspensiones hábiles de «la continuación en el próximo número». Le explicó el plan de la novela, que fué de su agrado. Pero el experimento no fué feliz: *El mandato de la muerta* no tuvo ningún éxito.

Bajo el título «Mármoles y yesos» empezó á publicar en *L'Événement* una serie de semblanzas literarias, que firmaba *Simplicio*. Edmundo About, Taine, Prévost-Paradol, Jules Janin, Flaubert, etcétera, etc., desfilaban sucesivamente por aquella galería. Entretanto, se suspendió el periódico y fué reemplazado por *Le Figaro*, convertido en diario político. Allí escribió algunos artículos de fantasía. Pero su influencia cerca de M. de Villemessant disminuía de día en día, y á principios de 1867 cesó de colaborar.

Tal fué su paso por los periódicos de Villemessant, periódicos en los cuales han comenzado la mayor parte de sus contemporáneos.

Fué para Zola un hermoso año el de 1866-67. ¡Juventud, entusiasmo y las primeras dulzuras del

éxito! ¡Todas las dificultades de una vida hasta allí tan amarga, súbitamente vencidas! ¡Libertad, sin que le tuviese sujeto el trabajo de escritorio! ¡Y con ella, más dinero que nunca! Cuando llegó el verano pudo permitirse tomar aires á orillas del Sena, en Bennecourt. Allí le visitaron sucesivamente durante algunas semanas los amigos de la Provenza, Baille, Cézanne, Mario Roux y Valabrègue; y yo os dejo adivinar las partidas en canoa, llenas de discusiones artísticas, que á menudo hacían huyesen asustados los martinetes de la orilla. En París, aun permaneciendo mucho tiempo en casa emborronando cuartillas, Zola había hecho nuevos conocimientos, sobre todo en el mundo de los pintores. Con Cézanne había visitado los estudios, especialmente los estudios de la escuela llamada «de los Batignolles», que fué la cuna de los impresionistas de hoy. Así entabló relaciones con Eduardo Beliard, Pissaro, Nonet, Degas, Renoir, Fantin-Latour, etc.

En otro tiempo, cuando era empleado, Zola veía entrar en su escritorio á un hombre pequeño, de extremidades finas, frío, correcto, muy tieso, muy poco comunicativo, que le pedía los libros recientemente publicados, para dar cuenta de ellos en un periódico de Lyon. Después, esperando que le trajesen los volúmenes, el hombrecillo de maneras secas y aristocráticas cogía una silla y se sentaba sin decir nada. Era Duranty. A pesar de ser tan poco comunicativo, Duranty llegó á tener gran

amistad con Zola, cuando éste lo encontró de nuevo en el estudio de Guillemet. No tardaron en establecerse sólidos lazos entre aquellos dos escritores de un talento y de una naturaleza tan diferentes. Y más tarde, siendo yo también muy amigo de Duranty, tuve ocasión de asistir á la curiosa acción de aquellos temperamentos, obrando uno sobre otro. Aquellos dos hombres no tenían más puntos de contacto que una mutua estimación por su inteligencia. A cada obra nueva he visto á Zola hacerse con curiosidad esta pregunta: «¿Qué pensará de ella Duranty?» Éste, que no era expansivo, apenas dejaba entrever su verdadera opinión; entonces el autor de los *Rougon-Macquart* añadía riendo que no le debía gustar por completo su literatura. Sin embargo, á cada nueva obra de su amigo he visto admirarse á Duranty de los progresos realizados, comparándolos con los precedentes. No le gustaba aquel género sin duda, pero sentía admiración profunda y reconocía á su colega un «don sorprendente de asimilación y de perfectibilidad». Poco á poco se aproximaban: uno yendo del color al análisis y el otro sustituyendo sus primeras sequedades por más flexibilidad y más arte en la frase. Me permitiré aquí un recuerdo personal. Un jueves de Febrero de 1880, por la noche, la última vez que, saliendo de casa de Zola, lo acompañé hasta su puerta, Duranty me decía en medio de la oscuridad de la calle Veron: «Voy, dentro de poco, á empezar una novela... No espero mas que adquirir la

certeza que me falta sobre ciertas relaciones entre la fisiología de los individuos y su moral. Ya verán ustedes que no estoy todavía agotado...» Después me apretó la mano y entró. Al alejarme traté de adivinar lo que sería aquella novela; y excitada la curiosidad por aquella «certeza», á la cual él esperaba llegar sobre las relaciones de lo físico y de lo moral, me prometí hacer que Duranty se explicase más cuando lo volviese á encontrar. ¡Ay! ¡No le volví á ver más! Algunos días después acompañábamos sus restos desde la casa

Dubois al cementerio de Cayenne. Sólo me resta decir que por Duranty y Guillemet hizo Zola conocimiento con Eduardo Manet, el cual, á consecuencia de los artículos críticos de *L'Événement*, llegó á ser uno de los grandes amigos de su defensor.



EL AUTOR DE «GERMINAL», POR M. LUQUE
(De *La Caricature*: 1885)

En la época en que el crítico hacía esta campaña en *L'Événement*, vivía en el número 10 de la calle de Vaugirard, en el sexto piso, en un departamento cuya terraza daba sobre el jardín del Luxemburgo; antes había vivido sucesivamente en el número 278 de la calle de Saint-Jacques, también en un piso sexto con terraza, y en el número 142 del bulevar Montparnasse, en el segundo, al lado de una sala de tiro cuyas detonaciones le impedían trabajar. Al salir de *L'Événement* abandonó la calle de Vaugirard y atravesó el Sena, para ir á alojarse á Batignolles, avenida de Clichy, al extremo de la antigua calle Moncey.

Allí comenzó otro período. Después del feliz éxito de los primeros ensayos vinieron horas difíciles, acompañadas otra vez de una miseria relativa, más sensible por haberse acostumbrado ya, durante un año, á llevar una vida desahogada. Aunque no tenía colocación fija en ningún periódico, llegó, desplegando mucha actividad y aceptando tareas poco gratas y mal retribuídas, á ganar con su pluma trescientos ó cuatrocientos francos por mes. Además de diversos artículos colocados aquí y allá, escribió en aquella época (1867) un «Salón» en *La Situación*, periódico que pertenecía al rey de Hanóver; pero habiendo aterrorizado sus juicios artísticos á la redacción, no pudo terminarlo. Para ganar inmediatamente algún dinero, se dedicó entonces, como ya he dicho más arriba, á una tentativa de novela de folletín, escrita al día. Un tal M. Arnaud,

muerto poco después, publicaba un periódico en Marsella: *El Mensajero de Provenza*. Con documentos judiciales suministrados por éste, Zola escribió para aquel periódico una gran novela en tres partes, que le fué pagada á dos sueldos la línea, cosa extraordinaria por parte de una hoja de provincias. *Los misterios de Marsella*, reunidos en tres pequeños tomos, reaparecieron mucho tiempo después en *El Corsario*, de M. Eduardo Portalis, bajo el título: *Un duelo social*. La frase es allí tan correcta como en las otras obras del escritor, pero no hay fondo. La disculpa del autor es que le hacía falta ganar el pan. Por otra parte, en aquel tiempo, cuando pasaba la tarde borrajando *Los misterios de Marsella*, había consagrado ya la mañana á escribir tres ó cuatro páginas de una obra seria: trabajaba entonces en *Teresa Raquin*.

Comenzada en 1866 en la calle de Vaugirard, *Teresa Raquin* fué terminada en 1867 en la avenida de Clichy, y apareció primero en *El Artista*, revista de Arsenio Houssaye. Este último había ya publicado un gran estudio de Zola, *Eduardo Manet*, por el cual pagó doscientos francos. *Teresa Raquin*, publicada bajo el título *Una historia de amor*, le valió seiscientos francos. El volumen apareció en Octubre de 1867 en casa del editor Lacroix, y tuvo cierto éxito. M. Luis Ulbach, que publicaba entonces en *Le Figaro* las «Cartas de Ferragus», dedicó una carta á censurar la obra. Todavía no se trataba entonces del naturalismo. Pero «Ferragus» denun-

ció á la indignación de las gentes honradas lo que él llamaba «la literatura pútrida». El autor obtuvo de M. de Villemessant la autorización de responder á «Ferragus» en *Le Figaro*.

A causa de esta polémica el libro se vendió mucho, y á principios de 1868 tuvo los honores de una segunda edición; mientras que los *Cuentos á Ninón*, muy bien acogidos por la crítica, cubiertos de elogios en toda clase de periódicos, tuvieron que transcurrir diez años para venderse mil ejemplares. Desde *La confesión de Claudio* el novelista es menospreciado y llamado «albañalero literario». Al publicarse *Teresa Raquin*, califican su obra de «literatura pútrida». Es el éxito que empieza.

¡Gran éxito, pero poco dinero! Era preciso no dormirse sobre los laureles. Desde el alojamiento de la avenida de Clichy había pasado á habitar un pabellón con jardín en la calle Truffaut; allí es donde escribió *Magdalena Férat*.

En medio de la actividad de esta lucha literaria por la vida, entre tantas tentativas á derecha, á izquierda, en todos los sentidos, en el periodismo y la novela, Zola había encontrado todavía tiempo de pensar en el teatro. Debo mencionar aquí sus ensayos dramáticos anteriores á la primera obra que representó.

1.º Hacia 1865, estando todavía empleado en la casa Hachette, escribió *La fea*, comedia en un acto, comenzada en verso y puesta después en prosa. Acabado el acto, fué presentado en el Odeón y re-

chazado. *La fea* no se representó nunca ni ha sido impresa.

2.º En 1867, Zola, en colaboración con su amigo Mario Roux, había sacado un gran drama de *Los misterios de Marsella*, que no se ha impreso, pero que fué representado tres veces en el teatro del Gimnasio de Marsella, en Octubre de 1867. Los dos autores hicieron expresamente el viaje y dirigieron los dos últimos ensayos. Aunque hubo algunos silbidos, la primera representación pasó bastante bien. Los principales intérpretes eran Pujol, Pericaud y la señorita Mea.

3.º En fin, *La Magdalena*, drama en tres actos, escrito en 1865 entre otras dos piezas, era una tentativa más seria y más literaria. Presentó primero *La Magdalena* en el Gimnasio. M. Montigny le escribió inmediatamente una carta muy amable, en la que juzgaba el drama imposible, loco, capaz de hacer desplomar la araña si se representaba. Después fué entregada la obra á M. Montigny, director del Vaudeville, que sin duda ni siquiera se tomó la molestia de leerla, y la devolvió por encontrarla «demasiado pálida».

Valiéndose del argumento de *La Magdalena*, escribió en 1868 la novela *Magdalena Férat*. La obra dramática no se ha representado nunca ni se ha editado; pero el manuscrito existe todavía, y allí se pueden ver escenas enteras que han pasado á la novela.

Magdalena Férat apareció primero en folletín y

se tituló *La vergüenza*, en un nuevo *Événement*, el de M. Bauer, que había tomado el título del antiguo periódico de M. de Villemessant. La publicación de *La vergüenza* tuvo que interrumpirse á causa de la pudibundez de los abonados: fenómeno que veremos reproducirse varias veces. Las novelas de Zola publicadas en folletín han tenido todas desgracia. *Teresa Raquin*, en *El Artista*, se publicó hasta el fin. Pero Arsenio Houssaye le suplicó que cortase ciertos pasajes, «porque la emperatriz leía su revista». El novelista consintió, reservándose publicarlo todo en el volumen. Pero cuando se incomodó fué al encontrar en las últimas pruebas una gran frase final con la cual Arsenio Houssaye daba á la obra una conclusión moral. En esto mostróse intransigente, y el autor de las «grandes damas» tuvo que prescindir de su moralidad.

Magdalena Féral, que no era mas que la repetición de *Teresa Raquin*, no levantó la misma polémica en los periódicos. El éxito de venta fué, sin embargo, poco más ó menos el mismo, es decir, que el volumen tuvo una segunda edición.

Tal era la situación literaria de Zola en aquella época. Se había dado á conocer como periodista, había ensayado inútilmente el teatro y en la novela comenzaba á ser discutido, es decir, á ser alguien. En fin, como situación en la vida, se encontraba en la brecha, con altas y bajas, y comía porque trabajaba mucho. En suma, todavía le quedaba que librar una gran batalla decisiva.

Antes de pasar á otra fase de su vida y de contar cómo libró esta gran batalla, me queda que decir una palabra de sus relaciones y amistades literarias de aquella época.

Viviendo muy retirado, no había tenido al principio otros amigos que los antiguos camaradas de colegio, nativos de aquella Provenza en la cual había pasado su infancia; después, como ya he dicho, Cézanne le hizo conocer algunos pintores. Ahora, á medida que avanzaba en la carrera de las letras, habíase creado nuevas amistades únicamente debidas á simpatías literarias.

Ya he hablado de Duranty. Zola no había hecho mas que codearse con Alfonso Daudet en *L'Événement*, donde el futuro autor de *El nabab* escribía entonces las *Cartas de mi molino*. Habiéndose perdido casi en seguida de vista, no volvieron á encontrarse hasta el año 1872, en casa del editor Charpentier. Pero una de las grandes amistades literarias de Zola fué la de Edmundo y Julio de Goncourt. En 1865, en la *Salud Pública* de Lyon, había publicado Zola un artículo muy entusiasta sobre *Germinia Lacerteux*, artículo que se encuentra en *Mis odios*. Conmovidos al ver su libro defendido de aquel modo por un joven desconocido, los dos hermanos le escribieron; Zola fué á visitarlos á su casita de Auteuil, donde desde entonces lo invitaban á almorzar algunas veces. Los veía también en casa de Michelet, adonde iba á pasar algunas veladas. Llegó la primera representación de *Enri-*

queta Maréchal en el Teatro Francés, y él, sin que nadie lo supiese, fué desde su butaca de orquesta uno de los más entusiastas sostenedores de la obra contra los silbidos imbéciles de la mayoría del público. Esta amistad no se enfrió jamás desde entonces; más tarde, cuando entabló relaciones con Gustavo Flaubert, se hizo cada vez más estrecha.

Durante los años 1867 y 1868 frecuentó también un salón artístico y literario, el del señor Paul Meurice, donde lo había presentado el pintor Manet. Se encontraba allí un poco desorientado en medio de románticos impenitentes. Toda la semilla del Parnaso, de aquel Parnaso que debía germinar más tarde en casa del editor Alfonso Lemerre, se daba cita en aquel salón. Entre los invitados veía á veces á un joven cuyo fino perfil recordaba el de Napoleón en Brienne: era Francisco Copée, que iba á representar *El caminante*. M. Paul Meurice estaba naturalmente allí, con sus largos cabellos, enfundado en una larga levita que le daba un aspecto eclesiástico. En fin, á lo lejos, invisible y presente, de pie sobre una roca, estaba el desterrado, el maestro soberano, el dios: ¡Victor Hugo!

Emilio Zola, que á pesar de adorar á Hugo tenía ya necesidad de independendencia, se sentía molesto ante los ritos de aquella capilla. Para no cometer una indiscreción se veía obligado á reprimirse. Un día, sin embargo, habiendo alguien pronunciado el nombre de Balzac, se entabló una discusión sobre los méritos del autor de *La comedia humana*.

Escuchó juicios tan extraños, que, excitado al fin, intervino en la discusión y afirmó con altivez su admiración por Balzac. Juzgad la sorpresa de todos.

En aquel salón asistió á la incubación del diario *Le Rappel*. Desde hacía dos años se hablaba de ello en la casa; él era uno de los destinados á formar parte de la redacción. El mismo Paul Meurice le había escrito

varias veces sobre este asunto. Esto hace sonreír hoy. ¡Emilio Zola uno de los redactores fundadores de *Le Rappel*! Cuando apareció el periódico, no contento con pertenecer á él, trató de hacer entrar á algunos de sus



EL ENSUEÑO DE ZOLA

Caricatura de Caran d'Ache en *Le Figaro*
al publicar Zola su novela *Le Rêve*

amigos, entre otros á mí, que llegaba de Aix. Publicó varios artículos, especialmente uno sobre Balzac (1870), que abrió los ojos á los señores Vacquerie y Meurice, y que fué, según creo, el último. Más tarde, antes de que las buenas relaciones cesasen por completo, trataronle con desconfianza y con política. *Le Rappel* quería hablar bien, hasta con elogio, de los primeros volúmenes de los *Rougon-Macquart*, pero «con la condición» de que Zola,

entonces redactor de *La Campana*, hablase de *Mis primeros años en París*, de M. Vacquerie. Más tarde, en fin, en aquel período mixto, sucedió el *modus vivendi* actual. *Le Rappel* no imprime siquiera el nombre de Zola, y Zola ha dejado de escribir los nombres de Paul Meurice y Augusto Vacquerie, excepto en aquella circunstancia que el silencio es imposible.

VI

Los «Rougon-Macquart»

Los *Rougon-Macquart* primitivamente, según el pensamiento del autor, no debían comprender mas que doce novelas.

El editor Lacroix se comprometió desde luego á publicar las cuatro primeras. El contrato que firmaron era bastante complicado.

Zola se comprometía á escribirle dos novelas por año, y cada mes percibiría quinientos francos en casa de M. Lacroix: total seis mil francos. Pero estos seis mil francos no representaban el precio de las dos novelas; no eran mas que un adelanto hecho al autor por el editor. Este último debía

reintegrarse de este dinero, extrayendo aquella suma de las ganancias que produjese la publicación de las obras en los periódicos. Los derechos del autor, cuando las novelas apareciesen en librería, habíanse fijado en ocho sueldos por volumen. Después de cada novela se ajustaban cuentas; M. Lacroix se reembolsaba sus tres mil francos del dinero que había producido el folletín, y si éste no era suficiente, retenía lo que faltaba de los derechos del autor sobre cada volumen; después de pagados los tres mil francos, Zola percibía lo que sobraba.

Este ingenioso contrato jamás se ejecutó estrictamente. El novelista, en Mayo de 1869, comenzó con ardor *La fortuna de los Rougon* y entregó bien pronto los primeros capítulos al periódico *Le Siècle*. Pero se atravesaron algunas dificultades y comenzó á publicarse en Junio de 1870. La guerra, entretanto, interrumpió la publicación y fué causa de que se retardase la aparición del volumen hasta el invierno de 1871. También por este motivo el segundo volumen de la serie no apareció en casa de M. Lacroix hasta Octubre de 1872, es decir, al cabo de tres años. He aquí cómo, á causa de circunstancias independientes de la voluntad del autor, la cláusula de los «dos volúmenes por año» recibía una verdadera zancadilla.

Después de *La ralea*, Zola cambió de editor. M. Charpentier compró á M. Lacroix, por ochocientos francos, el derecho de volver á editar los dos volúmenes publicados.

Con M. Charpentier se estableció el contrato sobre bases completamente nuevas. Se trataba siempre de dos novelas por año; sólo que el editor le pagaba al autor tres mil francos por cada una de ellas. Lo que compraba era el manuscrito, que podía publicar en los periódicos, en volumen y hacer traducir durante diez años. En estas condiciones aparecieron *El vientre de París*, *La conquista de Plassans* y *El pecado del cura Mouret*.

El éxito, sin tomar todavía las proporciones que ha tenido después, se anunciaba ya como productivo bajo el punto de vista del negocio de librería. Pero el novelista, que tenía entre manos otros trabajos, siempre se retrasaba en el cumplimiento de sus compromisos. Llegó á deber dos ó tres volúmenes á M. Charpentier y á cobrar varios miles de francos por adelantado. Intranquilo por esto, presentóse un día en la librería, situada entonces en el muelle del Louvre, á fin de tener una explicación con su editor. Pero á las primeras palabras, este último le interrumpió, diciéndole: «Mi querido amigo, no quiero robarle á usted. Acabo de dar orden para que se señalen en cuarenta céntimos por volumen sus derechos de autor, y según esta cuenta, no es usted el que me debe dinero: soy yo el que le adeudo diez mil y pico de francos... Queda roto el primitivo contrato y puede usted pasar á la caja á cobrar lo que es suyo.»

¿Qué editor haría otro tanto? Este rasgo de escrupulosa honradez es bastante elocuente por sí

mismo. Un poco más tarde, M. Charpentier, que es un amigo para los escritores más que un editor vulgar, subió los derechos de autor de Zola á cincuenta céntimos por volumen, á fin de que éste no fuese tratado peor que Edmundo de Goncourt. El glorioso autor de *Madame Bovary*, Gustavo Flaubert, cobraba sesenta céntimos.

El 15 de Septiembre de 1869, á las ocho de la noche, mi paisano y amigo el poeta Antonio Valabrègue y yo tomamos el omnibus «Odeón-Batignolles-Clichy.» Llegado á París hacía algunos días para dedicarme á la literatura, pero muy joven todavía y sin otro bagaje que algunos versos á lo Baudelaire, iba á ser presentado por Valabrègue á aquel Emilio Zola que no había visto nunca, pero del cual había oído hablar en los bancos del colegio, cuando estudiaba tercero y él no hacía más que versos, á aquel Emilio Zola cuyas obras me sabía de memoria, y que, algunos meses antes, me había proporcionado la inesperada, la deliciosa alegría de ver por primera vez mi nombre, Paul Alexis, impreso en un artículo de *Le Gaulois* consagrado á mis pobres composiciones.

En el lugar de la avenida de Clichy llamado la Fourche, bajamos Valabrègue y yo del imperial. Caminamos algunos pasos por la primera calle y llamamos en el número 14 de la calle de la Condamine. Me palpitaba el corazón. «¡Ah! ¿éste es Alexis? Le esperaba á usted.» Desde el primer apretón de manos comprendí que acababa de en-

tregar todo mi afecto y que podía contar con la amistad sólida de una especie de hermano mayor.

Al cabo de una hora de charla, cuando me hubo hecho hablar largamente de mí, de mis proyectos, de aquella Provenza, que después de once años de ausencia amaba todavía, y de la cual yo le llevaba sin duda como un perfume lejano, cambió la conversación; habló entonces de él, de su trabajo, de su gran proyecto de los *Rougon-Macquart*, cuyo primer volumen estaba escribiendo. Después, cuando se sirvió el té, fué á buscar á ruegos míos su manuscrito, y me leyó las primeras páginas de *La fortuna de los Rougon*, la descripción de la era Saint-Mitre en Plassans, en aquel Plassans que reconocí inmediatamente porque venía de Aix, de la Provenza. Inolvidable velada que abría ancho campo á las reflexiones de un escritor novato como yo, recién llegado de provincias. Velada como he pasado después otras muchas, durante las cuales he visto levantarse de cerca esa vegetación de los *Rougon Macquart*, que entonces apenas aparecía á flor de tierra. Después de publicar *La fortuna de los Rougon*, *La ralea*, *El vientre de París*, *La conquista de Plassans*, *El pecado del cura Mouret*, *Su Excelencia Eugenio Rougon*, *La taberna* y *Una página de amor*, comenzó á escribir *Naná*.

Con *Naná*, el autor de los *Rougon-Macquart* se encontraba en su elemento, en pleno derrumbadero.

Acampar delante de la hetaira moderna, producto de nuestra civilización, agente destructor de

las altas clases; mostrar en una especie de capilla ardiente, en el fondo de un tabernáculo, el sexo femenino, y alrededor un pueblo de hombres prosternados, arruinados, exhaustos y embrutecidos: tal era su asunto. Asunto vasto, cuya dificultad aumentaba para él, por tener pocas impresiones personales sobre la alta galantería. En sus años de miseria, Zola no había entrevisto mas que el bajo vicio, el de las lecherías y las casas amuebladas. Más tarde, cuando tenía dinero, absorbido por la idea fija de la literatura, apenas salía de casa, y no se había aventurado en el mundo de las actrices y de las cocotas.

Esta vez, también como cuando escribió *La ralea*, *El vientre de París* y *El pecado del cura Mouret*, tuvo que hacer investigaciones á fin de conocer ciertas cosas y adivinar las demás. Conocía perfectamente el escenario de los teatros, pues ya había representado tres obras. Ya hacía mucho tiempo que tenía hechas sus observaciones sobre el movimiento de la escena, los artistas, los comparsas y los tramoyistas. Pero nunca había ido al Teatro de Variedades, el teatro que había escogido como lugar de su novela, y uno de nuestros autores dramáticos más parisienses, M. Ludovico Halévy, fué el que le sirvió de introductor. Pasaron allí juntos toda una velada, durante una representación de *Niniche*.

Un hombre de mundo, muy parisién también, cuyo conocimiento había hecho Zola en casa de

Flaubert, almorzó con él en el Café Inglés, en un gabinete reservado; y allí, después del café, en el mismo campo de batalla, el antiguo calavera, recordando sus aventuras de alta galantería, se confesaba al novelista y le contaba lo que poco más ó menos había observado en todas ellas: cómo pasan el día; sus gustos de cotorra en la mesa; su conducta respecto á los criados, á los acreedores y al señor que paga; sus predilecciones por el amante de corazón, etc., etc. El novelista escuchaba, tomaba notas y hacía nuevas preguntas. A los pocos días visitó en el bulevar Malesherbes el hotel de una de aquellas damas. Lo vió todo, lo anotó todo; la disposición del salón comunicando con el invernadero, el dormitorio, la importancia del tocador, y hasta las caballerizas, todo esto para describir con conocimiento de causa el hotel de Naná. En fin, él, que no iba á ninguna parte, se hizo invitar á una gran cena en casa de una *demi-mondaine*. Y durante los meses que duró la gestación de *Naná*, cuando recibía á sus amigos, hacía siempre recaer la conversación sobre las mujeres. Uno de nosotros le dió detalles sobre la famosa mesa redonda de la calle de los Mártires, donde los clientes, al entrar, «besan á la patrona en la boca». Otro le refirió la llegada á las cinco de la mañana, en una cena de mujeres, de varios señores muy alegres vestidos de negro, y que nadie conocía. Otro le dió el detalle de las botellas de champaña vaciadas en el piano. Y Zola escuchaba, anotaba y se asimilaba todo.

Reunidos los materiales, y después escogidos, asimilados y distribuídos metódicamente en un plan —tarea que hizo en medio de la soledad de los campos, en su vasto gabinete de trabajo de Médan, inaugurado en la primavera de 1879—, Zola escribió en gruesas letras, en lo alto de una página, *Naná* —título cuya brevedad y sencillez le encantaba—, y comenzó el primer capítulo. La mitad de la obra



RETRATO DE ZOLA EN 1887

fué compuesta en la más profunda soledad. Cada mes hacía un capítulo, cuarenta ó cuarenta y cinco páginas en quince días de trabajo; el folletín dramático de *Le Voltaire*, y su artículo de Rusia, escrito en una semana, más un corto viaje á París, ocupaban los otros quince días. De mes en

mes se amontonaban los capítulos. Bien pronto estuvo hecha la mitad de la obra. Todo marchaba á maravilla, cuando se produjo una circunstancia sensible, no para la obra, que felizmente no sufrió nada, sino para la salud física y moral del autor.

Era entonces el fin de Septiembre. Desde hacía cinco meses, próximamente, había entrado un nuevo director en *Le Voltaire*, con la idea de aumentar la tirada del periódico con la publicación en folletín de *Naná*, anunciada por todas partes. En el pe-

río de pobreza y de oscuridad relativa, Zola podía, sin ningún inconveniente, dejar que el periódico comenzase la publicación de sus novelas antes de terminarlas. Un avance de algunos capítulos le bastaba para no dejarse alcanzar. Esta vez, aunque no estaba apremiado por la necesidad de dinero, pero sí por la impaciencia del director, creyó que debía ceder. *Le Voltaire* anunció, pues, *Naná* para el 15 de Octubre.

Pero Zola se dió cuenta de su imprudencia cuando ya era demasiado tarde para volver sobre su acuerdo. *Le Voltaire* se había entregado á un exceso de publicidad, multiplicando los anuncios por todas partes, en los periódicos, en las paredes y hasta en la extremidad del tubo de caucho donde se toma fuego en las tabaquerías: «¡Leed *Naná!* ¡*Naná!* ¡*Naná!*» Y sólo tenía escrita la mitad de la novela. En el punto en que se hallaba de su trabajo, el autor no tenía todavía ninguna certeza. La obra podía ser buena ó mala. ¡Y ya estaba entregada al pasto de la multitud, devorada, discutiva, aplaudida y ultrajada sobre todo! Apenas apareció el primer folletín se entabló una polémica en los periódicos, y los revisteros, haciendo de críticos serios, pretendían ya demostrar, por A más B, que la novela había fracasado en absoluto. Deplorables condiciones de trabajo para una naturaleza nerviosa. En vano permanecía el novelista en Médan y se hundía cada vez más en su trabajo. Todos los días cartas y periódicos iban á exasperarle, á hacerle dudar

de sí y de su obra y á sumirle en turbulentas y dolorosas distracciones. Sentarse en el escritorio delante de una cuartilla en blanco y sentir dirigidos sobre uno los cañones de la crónica y del reporterismo, es seguramente muy desagradable. ¡Cuántas veces, durante la gestación de la novena novela de la serie, debió acordarse con melancolía de la gran tranquilidad con que trabajaba en otro tiempo, antes del éxito! Ahora ganaba mucho dinero, su nombre era pronunciado por todos los labios, pero nuevas angustias le acosaban, y no era feliz.

Por lo demás, el resultado material fué magnífico. *Naná*, que apareció el 15 de Febrero de 1880, obtuvo cincuenta ediciones, que se componían en conjunto de *¡cincuenta y cinco mil ejemplares!* cosa nunca vista, según creo, en la librería francesa.

Estos cincuenta y cinco mil ejemplares fueron vendidos por adelantado á los libreros de París, de provincias y del extranjero, algunos de los cuales tenían hecho el pedido ya hacía un año. La prueba es que el mismo día de ponerse en venta, M. Charpentier envió la orden á su impresor de tirar otras diez ediciones. Hoy ha pasado de la centésima edición.

VII

El autor dramático

La idea de escribir Zola para el teatro remonta á muy antiguo. Ya lo he mostrado en los bancos del colegio de Aix en 1856, escribiendo una obra en tres actos y en verso. Naturalmente, la obra era infantil y mala. El manuscrito existe: yo lo he tenido en mis manos. Los tres actos están terminados: es el principal elogio que se puede hacer de él.

Más tarde, en París, en el Liceo San Luis, hace el plan de un gran drama en verso: *Rolando el arquero*. El plan comenzaba por este renglón: «Este drama resume la humanidad.» ¡Nada más! Hubiera sido un gran drama romántico á lo Hugo. Pero jamás llega uno á escribir estas obras «que resumen la humanidad». La humanidad no se deja resumir de ese modo. En los bancos del mismo Liceo San Luis, nuestro autor dramático en canuto escribió un acto en verso, ensayo de comedia sacado de la fábula *La lechera y el cántaro de leche*. El mismo novelista, el bueno de La Fontaine, estaba representado allí en una especie de viejo vagabundo.

Inmediatamente después, en el mismo liceo, escribió otro acto en verso: *Es preciso aullar con los lobos*, cuyo manuscrito se ha perdido.

Más tarde, después de estos ensayos infantiles, la idea de escribir para el teatro no cesa de acosar á Zola. Estando empleado en la casa Hachette, en 1865, escribió *La fea*, en un acto y en prosa, que el Odeón le rechazó.

Más tarde todavía, hay que mencionar dos piezas de que he hablado ya: *Los misterios de Marsella*, drama en cinco actos, en colaboración con Mario Roux, representado tres veces en Marsella, en Octubre de 1867, y *Magdalena*, drama en tres actos, inédito, rechazado por el Gimnasio y el Vaudeville.

De todo aquel pasado oscuro de autor dramático todavía balbuceante y sin estrenar—excepto en Marsella—, llegó á las tres tentativas serias que constituyen hasta hoy el «teatro de Emilio Zola».

La primera de estas tentativas es *Teresa Raquin*, en cuatro actos, representada el 11 de Julio de 1873 en el Teatro de la Renaissance.

Habían desafiado varias veces al autor de *Teresa Raquin* á que llevase al teatro el drama violento del libro. «La obra no concluirá de representarse», le predecían ciertos colegas. Y el público, disgustado, tiraría las banquetas á la escena. «¡Ya veremos!», se dijo el novelista menospreciado. Y á partir de aquel día, fué acosado por el deseo de escribir la obra. Encontrábase en Marsella durante el

sitio, y allí hizo el primer plan, sin que le satisficiera.

El verdadero plan lo ideó al año siguiente, y se lo inspiró al autor la idea de conservar en su drama la unidad de lugar. Después de la Commune, de regreso en París, se puso á trabajar. La obra, escrita con rapidez, constaba de cinco actos.

¿En qué teatro iba á presentarla? Zola no gozaba aún de esa notoriedad que abre todas las puertas. Cinco años antes, con ocasión de *Magdalena*, había sido rechazado en el Vaudeville y el Gimnasio; hacer antesala en los mismos teatros, exponerse á una nueva negativa, le hacía poca gracia. Por otra parte, si *Teresa Raquin* podía ser tachada de peligrosa por el director de un teatro de género, llevarla al Teatro Francés ó al Odeón era un paso absolutamente inútil y perder el tiempo. Entonces, con ese tacto de hombre práctico que siempre ha tenido, llevó su drama á M. Hostein, director de la Renaissance.

Este era el único director que podía recibir y representar en seguida una obra atrevida, excepcional, que contenía una tentativa literaria. Esto, por una razón muy sencilla: habiendo abierto un teatro nuevo, la Renaissance, no para representar opereta, sino para hacer la competencia á sus vecinos la Porte Saint-Martin y el Gimnasio, pasando del género de uno al de otro, no había tenido suerte y estaba á punto de dejar el negocio y cerrar las puertas. Sólo las gentes que lo consideran

perdido todo consienten á veces en intentar algo, aun cuando este algo sea literatura.

Sin embargo, á pesar de su situación desesperada, el director de la Renaissance vacilaba. Sólo se decidió cuando una gran artista, María Laurent, se encargó del papel de Mad. Raquin, contentándose con un sueldo proporcionado á las ganancias, es decir, problemático. La temporada estaba muy avanzada. Era preciso que María Laurent tuviese mucha fe en la obra y en su papel.

—¡Ah!—suspiraba la artista—. ¡Qué lástima que no tenga diez años menos!... En lugar de hacer madame Raquin haría Teresa, y estoy segura que apasionaría á todo París.

Comenzaron los ensayos. M. Hostein decidió al autor á que redujese la obra. La mutilación fué franca: se suprimió el final del cuarto acto y la primera mitad del quinto. Los dos fragmentos, conservados y unidos, forman el cuarto acto actual.

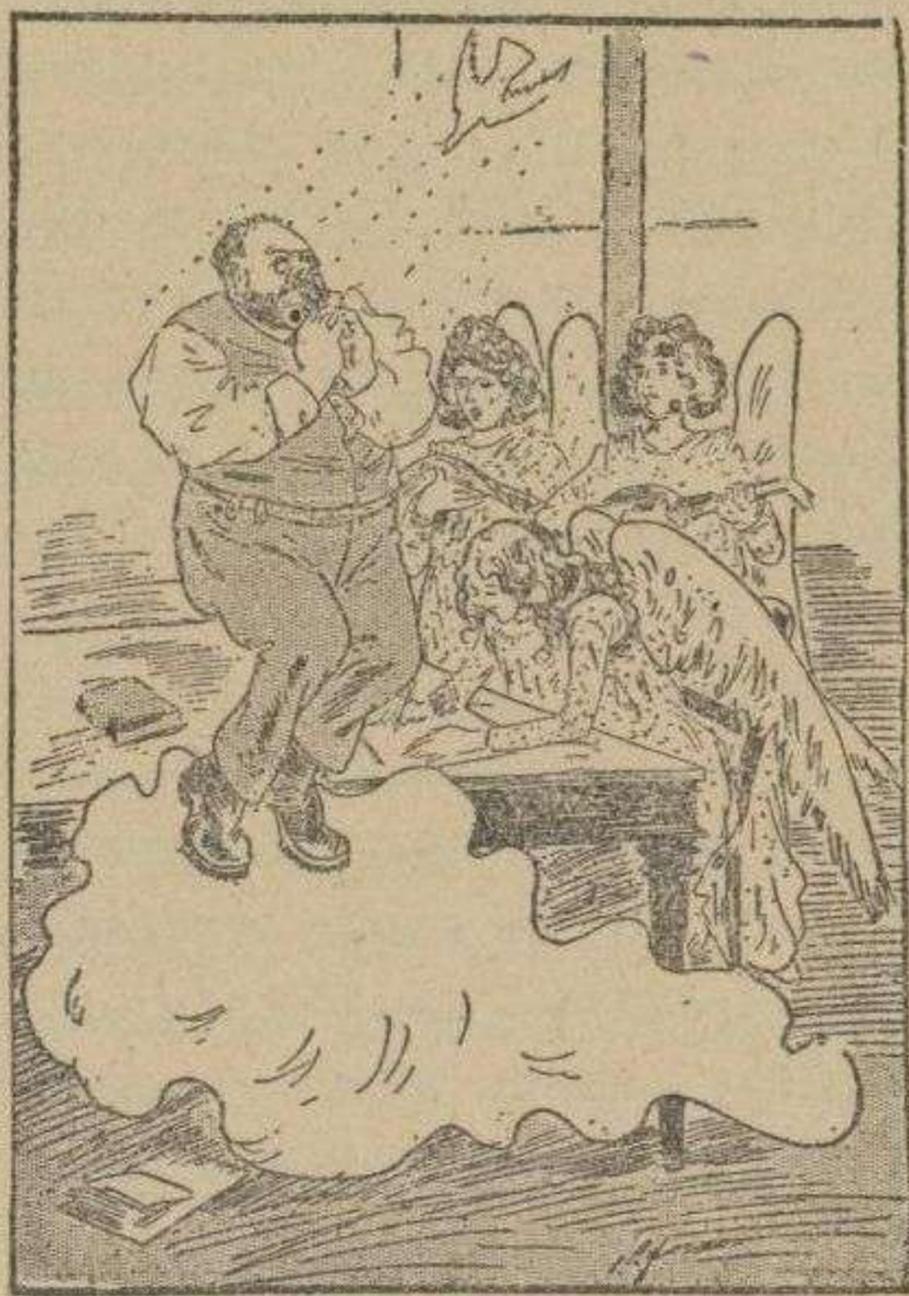
Tuvo que hacer otra concesión para contentar á María Laurent. Primitivamente, Mad. Raquin, atacada de parálisis en el acto de la noche de bodas, no recobraba la palabra sino para balbucear la frase con que termina la obra: «¡Qué pronto han muerto!» Queriendo contentar á la artista, cada vez más inconsolable por no representar el papel de Teresa —interpretación que hubiese dado á la obra su verdadero alcance—, Zola consintió en hacer preceder su «¡Qué pronto han muerto!» de una pequeña tira-

da, según mi parecer desgraciada, porque deshacía en absoluto el efecto final.

Durante los ensayos—tan cierto es que un joven autor, una vez en el camino de las concesiones no puede detenerse, y no niega nada ni al director atrevido ni á la actriz de gran talento que se interesan por su obra—, sucedió esto: María Laurent y M. Hostein, encontrando la obra demasiado tétrica y desnuda, pidieron á Zola que la cambiase, poniendo á la vista del espectador el cuadro del ahogado en pleno Sena, en Saint-Ouen. Hecho en dos días, leído, aplaudido y aprendido en una semana, mientras que se pintaba una decoración, fué representado el cuadro en el ensayo general, presenciado solamente por la censura y algunos amigos. Había en este cuadro un cambio de decoración: primero la orilla del río con un restorán lleno de barqueros; después, bruscamente, la soledad del Sena, con una barca en medio en la que Laurent remaba entre Camilo y Teresa. Esta doble decoración había gustado también mucho. Sin embargo, después del ensayo general—hecho sin precedentes de modestia directoral que honra á M. Hostein—el director de la Renaissance llamó aparte al autor y reconoció que era más literato suprimir aquel cuadro que Zola había añadido contra su voluntad. Por este motivo la bonita decoración no fué utilizada.

Al día siguiente, 11 de Julio de 1873, tuvo lugar la primera representación. La sala estaba llena, á pesar de la estación, y no faltaba ningún individuo

de la prensa. La impresión de aquellos cuatro actos, que se desarrollaban en una misma habitación triste, fué muy fuerte y punzante. Sin duda alguna



«LE REVE» DE ZOLA

(Dibujo de Forain en *Le Courrier Français*, 1888)

no había allí gran atractivo para el público *boulevardier* de los estrenos. Más de un gomoso, en los pasillos, calificó la obra de aburrida. Más de una coqueta lanzó pequeños gritos pudibundos. Pero aparte de estas disidencias inevitables, la sala entera permaneció sobrecogida y palpitante ante aquel drama tan poco complicado, pero tan poderoso, que

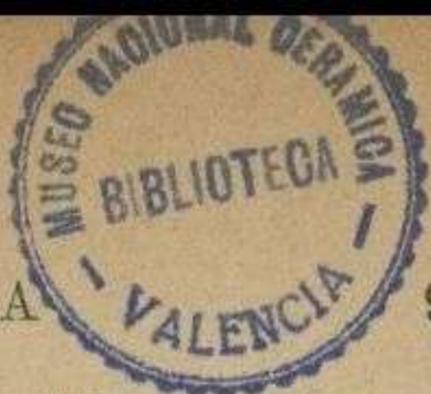
oprimía el corazón como una catástrofe personal.

—¡Estoy malo! ¡Ese Zola me pone malo!—decía aquella noche en los pasillos M. Sarcey, que va á divertirse al teatro.

Una parte del público estaba indispuesta, tan indispuesta, que al principio de la escena de la

noche de bodas hizo algunas protestas á fin de reaccionar y de escapar á la pesadilla. En el momento en que Teresa se quita su vestido de desposada, la sala lanzó algunos «¡hem! ¡hem!», en la creencia de que iban á pasar cosas muy atrevidas, lo que, sin duda, deseaba. Fingió no comprender la intención de algunas frases á propósito triviales sobre la lluvia y el buen tiempo que Laurent y Teresa cambian en la cámara nupcial. Pero más fuerte que estas malas voluntades y estas hipocresías, el drama venció, oprimiendo los corazones y agitando las almas. El éxito de *Teresa Raquin* no duró mas que aquella noche. La crítica se mostró muy dura con el novel autor. Sufríamos además los calores caniculares del mes de Julio; la obra, por todos estos motivos, no dió dinero. Al cabo de nueve representaciones, no solamente *Teresa Raquin* desapareció del cartel, sino que la Renaissance cerró sus puertas, para no volverlas á abrir hasta el invierno, y con un género nuevo: la opereta.

Un año y algunos meses después de *Teresa Raquin*, el 3 de Noviembre de 1874, estrenó Zola en el Teatro Cluny la comedia en tres actos titulada *Los herederos Rabourdin*. Esta vez la estación era propicia. Pero nuestro autor dramático iba á librar batalla con una compañía inferior. Un teatro de tercer orden no podía proporcionarle mas que un conjunto de artistas jóvenes inexpertos, llenos de entusiasmo sin duda, pero desconocidos y sin autoridad sobre el público.



Naturalmente, si Zola se contentó con estrenar en el Teatro Cluny, es porque no había encontrado otro mejor. Había escrito su obra para el Palais-Royal, donde había sido rechazada. Después presentó *Los herederos Rabourdin* á M. Montigny, y estuvo á punto de ser representada en el Gimnasio. Zola hizo una visita á M. Montigny en Passy. El viejo director, comprendiendo que tenía en las manos una tentativa poco vulgar, quiso reflexionar antes de aceptarla. Concluyó por devolver el manuscrito de aquella obra, que, en suma, no se amoldaba al género, ni á la compañía del Gimnasio. Después de estas dos tentativas inútiles fué cuando el autor se resignó á presentarla en Cluny.

El director, M. Camilo Weinschenk—hay que hacerle en esto justicia—, hizo todo lo posible de su parte por presentar convenientemente *Los herederos Rabourdin*. No fué culpa suya si esto no bastó. A excepción de la señorita Carlota Reynard, que en su papel de Carlota se reveló encantadora de gracia y de travesura, la pieza fué medianamente interpretada. M. Mercier, viejo actor, dotado de un arte bastante natural, pero un poco provinciano, no se portó mas que discretamente en el papel de Rabourdin, con el cual hubiera podido crear una gran figura. Pero lo verdaderamente deplorable fué la encarnación del octogenario Chapuzot en el joven Olona.

El pobre Olona, hijo de buena familia, al cual conocí de estudiante, bachiller, poeta y autor dra-

mático, no sin talento—muerto después de anemia—, formaba entonces parte de la compañía de Cluny, pues sentía por la escena una vocación irresistible y desgraciada. Enamorado de su arte, mal dotado por una naturaleza ingrata, pero entusiasta y trabajador, encargóse el infeliz de representar un anciano de ochenta años. Durante las seis semanas de ensayo, cada día hacía una nueva voz de viejo: voz de garganta, de nariz, de vientre... ¡Parecía un polichinela de la Auvernia.

Algunos días, sin embargo, encontraba entonaciones aceptables.

—Muy bien—le decían—. ¡Así debe ser!

Pero al ensayo siguiente, el pobre Olona no encontraba la misma voz. Algunas veces, mientras se ensayaban las escenas en que no intervenía Chapuzot, oíanse de repente lejanas gangosidades que salían del fondo del teatro: era Olona que buscaba otra voz de viejo. Al fin, el día del estreno, después de haber ensayado unas cincuenta voces de viejo diferentes, empleó una todavía no oída y más mala que todas las demás.

A pesar de la interpretación, la obra llegó hasta el fin sin ser silbada. Un éxito de primera, en suma, pero enfriado por la escena siniestra del tercer acto, en que la enfermedad y la muerte intervienen en medio de una farsa, formando un contraste, cuya amargura, profundamente filosófica, hubieran saboreado los espectadores de Shakespeare y de Ben Jonson, pero que el público de los estrenos no vió

con agrado y menos supo apreciar. La crítica se mostró más severa que con *Teresa Raquin*. En cuatro renglones poco corteses el crítico de *Le Figaro* desahució la obra, según él, repugnante, aburrida é inmoral. Los más benévoloos dijeron al autor:

«*Teresa Raquin*, al menos, tenía ciertas bondades; hacednos otra *Teresa*.» Otros lo arrojaban del teatro como á un paria sospechoso y sucio que no quisiese mas que encanallarlos. *Los herederos Raboutin* no se representó mas que diez y siete veces. Dos ó tres domingos por la noche, la obra dió algún dinero: era la buena gente del barrio la que parecía comprender y se reía mucho. Pero durante las otras noches, la sala estaba vacía: el gran público no se molesta en ir á Cluny nada más que cuando la crítica lo arrastra con un fuerte trompeteo. Y en aquellas circunstancias la crítica no había dado mas que un silbido.

Sin embargo, á pesar de todas estas sombras en el cuadro, Zola y sus amigos no conservan un recuerdo desagradable del estreno de *Los herederos Raboutin*. Cada vez que me acude á la memoria, pienso en Flaubert. Era preciso verlo en su butaca de orquesta, defendiendo la obra con pasión, gritando á los disidentes: «¡Bravo! ¡esto es magnífico!», aplaudiendo con furia y golpeando el suelo con el bastón para hacer más ruido. Entusiasmo meritorio y conmovedor el del autor de *El candidato*. Tampoco él, en materia de teatro, había sido mimado por el éxito. La noche del estreno de *Los herederos Ra-*

bourdin debía sentir en el corazón una desilusión reciente, muy íntima. Pocos días antes había leído en casa de M. Charpentier, delante de algunos amigos, *El sexo débil*, comedia inédita que, á imitación de Zola, estaba decidido á representar en Cluny. A pesar de algunas escenas muy bellas, la lectura había gustado poco. A los obligados cumplimientos de los amigos, Flaubert respondió melancólicamente: «No he comprendido...» Y retiró la obra. Yo sabía todo esto cuando, antes de levantarse el telón, mi vecino, señalándome á alguna distancia de nosotros un espectador fuerte y robusto, me dijo que era el autor de *Madame Bovary*, al cual no conocía. No dejé de mirarle, y le vi aplaudir á cada instante frenéticamente. «¡Ah! ¡Qué buena persona!», decía para mí. No entablé amistad con él hasta dos años después, pero le quise desde que me lo enseñaron. Heme al fin en el famoso *Botón de rosa*. Lo mismo que las obras-éxito, las fracasadas tienen también su historia. He aquí la de *El botón de rosa*.

Zola conocía á M. Plunkett desde que le habían rechazado *Los herederos Rabourdin* en el Palais-Royal. Sucedió que este director, en plena crisis, buscaba en todas partes autores nuevos, y no sabiendo á qué puerta llamar, fué á pedir á Zola una comedia. Éste, que, al contrario, pensaba escribir un drama, vaciló. La consideración de que la obra que le encargaban estaba desde luego admitida le decidió al fin. Se propuso escribir un simple sainete, convencido de que no existe género inferior y de

que un autor dramático debe saber hacerlo todo. A fines de 1876 entregaba su trabajo á M. Plunkett. Cuando éste lo leyó, escribió al autor una carta en la cual exponía toda clase de razones para no representar *El botón de rosa*. El autor, todavía impresionado por el ardor de la composición, insistió, y consiguió al fin leerla á los artistas, distribuir los papeles y que comenzasen los ensayos. Después, á causa del verano y de otras circunstancias, quedó todo en suspenso. Entonces partió para L'Estaque, donde escribió *Una página de amor*, y no volvió á pensar en el Palais-Royal.

En L'Estaque, sin embargo, una tarde en que algunos amigos nos encontrábamos en su casa, nos leyó su sainete, mientras que las olas del Mediterráneo venían á expirar murmurando bajo las ventanas. Todo le pareció aquel día malo, incompleto. Y se propuso no representarlo nunca.

Vuelto á París con aquella impresión, se encontró en una situación singular. A consecuencia del gran éxito de *L'Assommoir*, los directores del Palais-Royal querían ahora representar la obra que el novelista se había propuesto dejar dormir en el fondo de un cajón. Cómico cambio de papeles, ¿no es cierto?

Al fin, sin embargo, se dejó convencer, y hasta llegó á escuchar los consejos de M. Dormeuil, uno de los directores, que encontrando el segundo acto un poco flojo, le decidió á introducir en él el famoso ponche de oficiales, que en el segundo acto pri-

mitivo pasaba en el cantón, y que la noche del estreno levantó una memorable tempestad de silbidos á pesar de la voz encantadora de la señorita Lemercier, que cantaba el *couplet* del *Pequeño tonel*.

Hay que añadir además que en el teatro, después de tantas vacilaciones, habían concluido por perder la cabeza. Se creía en un gran éxito. Corrido el telón en medio de los silbidos, mientras que Geofroy trataba en vano de proclamar el nombre del autor, éste, detrás de un bastidor, volvíase hacia los directores consternados y les decía: «Ya veis, señores, que habéis hecho mal en representar mi sainete contra mi voluntad.» Los tres directores, desconsolados, presentaron sus excusas.

Una hora después, en una gran sala de Vefour, á dos pasos del teatro, Zola cenaba rodeado de todos sus amigos. Estaban presentes Gustavo Flaubert, Goncourt, Alfonso Daudet y su señora, la viuda de Charpentier, los señores de Charpentier y de Montrosier, Alberto Dethez, Mario Roux, los pintores Manet, Guillemet, Beliard, Coste, etcétera, toda la pequeña banda llamada de «las *soirées* de Medán»; en fin, éramos treinta. Aquella cena no tuvo nada de triste: el gran Flaubert estaba más lírico que nunca, y Zola comió con gran apetito.

Desde el 6 de Mayo de 1878, no volvió á representar más obras. Sin embargo, si yo me detuviese aquí, el boceto de su fisonomía de autor dramático sería incompleto. Es preciso decir algunas palabras de los dramas sacados de *L'Assommoir* y de *Naná*.

Después del excepcional éxito de *L'Assommoir*, se le hicieron al novelista varias proposiciones por autores dramáticos deseosos de intentar una adaptación teatral. El novelista se decidió por los señores Busnach y Gasteineau, y acordóse que él, Zola, no se ocuparía de nada. Sin embargo, á pesar de sus negativas formales y reiteradas, creo poder decir que no ha sido tan extraño como afirma á la factura de la obra. Se reconoce su mano en muchas partes. Lejos de mí la idea, sin embargo, de querer disminuir en nada la parte de colaboración y los méritos positivos de M. William Busnach. Sin él, el drama *L'Assommoir* sería diferente; le corresponde, pues, una parte del éxito.

Una palabra más, y habré terminado el estudio de Emilio Zola como autor dramático.

Zola quería llevar al teatro la evolución que se ha verificado en la novela con Stendhal, Balzac y Flaubert. Su sueño sería, evidentemente, realizar él mismo esta evolución, que, según su opinión, Alejandro Dumas (hijo), Emilio Augier, Sardou, Meilhac y Halévy no han hecho mas que bosquejar.



EL PINTOR MANET Y ZOLA EN LA MESA
(Caricatura de Rafaelli)

VIII

El crítico

Al mismo tiempo que Emilio Zola escribía novelas y obras teatrales, hacía crítica literaria. Obedece esto á dos causas principales. En primer lugar ha experimentado siempre esa «comezón crítica» de que habla Sainte-Beuve, es decir, la necesidad de juzgar los hombres y las obras; el deseo de desmontar la anatomía de alguien ó de alguna cosa le tienta continuamente. Además, sin fortuna, obligado á hacer de periodista, menospreciando la política, no siendo *boulevardier* ni *reporter*, ha tenido que hacer crítica literaria para vivir.

Ha habido una tercera causa, que más tarde ha venido á unirse á las dos anteriores: la necesidad de defenderse. Atacado por todos, teniendo algunos periódicos á su disposición y obligado á entregar original en días fijos, concluyó por batirse por sus obras y más aún por sus ideas, que, por otra parte, eran las de un pequeño grupo literario, al cual pertenecía desde hacía mucho tiempo. Saco de todo esto una conclusión: que es preciso ver en

él, no un jefe de escuela—pretensión que jamás ha tenido y que á menudo le han imputado—, sino un simple portaestandarte, que ha sabido mantener muy altas sus convicciones literarias.

Hace ya diez y seis años, muy joven todavía, empleado en la casa Hachette, simple principiante en las letras, sin haber publicado mas que los *Cuentos á Ninón*, Zola, gracias á sus relaciones de librería, descubrió un periódico de provincias, *La Salud Pública*, de Lyon, que consintió en admitirle crónicas literarias á... cien francos por mes. Cuestión de dinero, sin duda, pues aquellos pobres cien francos le eran muy necesarios para redondear su presupuesto de empleado. Pero cuestión literaria también, pues desde entonces se le ve afirmar ideas que desde 1865 hasta ahora no han variado.

En efecto, léanse aquellos artículos de *La Salud Pública*, coleccionados en el volumen *Mis odios*—sobre todo los que se refieren á Víctor Hugo, Taine, Erckmann-Chatrian y Barbey d'Aurevilly—, y se tendrá la prueba de que todo el Zola de hoy existía ya en germen en el Zola de entonces.

Más tarde trata de pintura y emprende en *L'Événement* de Villemessant aquella primera campaña de *Mi Salón*, que produce tanto escándalo. En aquellos artículos expone las mismas teorías que en *Mis odios*. Simple aplicación á las artes plásticas de las ideas ya formuladas para la literatura.

Se le puede seguir desde entonces en todos los

periódicos en que ha escrito: el antiguo *L'Événement*, *La Situación*, *La Campana*, *El Corsario*, *El Porvenir Nacional*, y más tarde en *El Bien Público*, *Le Voltaire*, y en Rusia en *El Mensajero de Europa*. En todas las cuestiones que trata expone los mismos puntos de vista generales y afirma la misma filosofía artística y literaria.

Veámosle en 1876, cuando entró en *El Bien Público*. Aquí todavía vemos obrar las dos causas determinantes: necesidad de equilibrar su presupuesto y comezón de llevar al dominio dramático la misma lucha que había sostenido en el dominio literario y en el dominio artístico. El teatro, como él ha dicho en cierta ocasión, convirtiéndose en «su campo de maniobras». Lo repetiré: las ideas que sostuvo fueron idénticas á las ideas sostenidas en *Mis odios* y en *Mi Salón*. Siempre la vuelta á la Naturaleza y la práctica de los métodos de observación y de experimentación. Entonces acaeció un hecho decisivo. En el prefacio de *Teresa Raquin* había empleado por primera vez la palabra «naturalismo», que luego repetía frecuentemente. Sus enemigos la recogieron y quisieron ridiculizarla. De repente la palabra fué como una bandera en la batalla en que el crítico—no insistiré nunca bastante—no traía nada que no hubiese ya dicho en sustancia desde 1865. La escuela naturalista quedó fundada de este modo, sin premeditación, gracias, sobre todo, á los ladridos de la crítica.

Zola permaneció en *El Bien Público* mientras

que existió este periódico; después pasó á *Le Voltaire*, cuando éste reemplazó á aquél. Continuó entonces la misma tarea, juzgando á los grandes como á los pequeños con entera sinceridad, levantando tempestades y grandes escándalos en la prensa. Gozaba de una libertad absoluta en aquel periódico, y daba en él una nota completamente personal y muy diferente á la de los otros redactores. A mediados del verano de 1880 hubo, sin embargo, un rompimiento entre él y el director de *Le Voltaire*, rompimiento que sobrevino á causa de un artículo en que el crítico había tenido la sinceridad de exponer todo su parecer sobre el caso del *Gil Blas*, que reprodujo *in extenso* su trabajo y hasta hizo ofrecimientos magníficos á su defensor inesperado. Los ofrecimientos no fueron aceptados, y el *Gil Blas*, que tiene en su redacción dos ó tres grandes enemigos literarios del novelista, no desperdicia desde entonces ocasión de zaherirle.

En lugar de ir al *Gil Blas*, Zola volvió á *Le Figaro*, que había abandonado en 1867. Ha habido siempre en él un poco de misionero y catequista. Estaba decidido á pasar por encima de todo, con tal que su voz llegase á una parte del público que ignoraba aún sus ideas ó que no las conocía mas que de oídas. Por otra parte, su antigua comezón crítica se apoderaba de él ante la política. Después de la literatura, del arte y del teatro, creía deber llevar su método á un nuevo campo de observación. Aquella política, aquella caverna oscura donde se

agitan ruidosamente tantos hombres pequeños impulsados por el interés personal, era preciso iluminarla con la antorcha del método experimental. Deseoso de ensanchar el círculo de sus investigaciones, de intentar un ensayo de política científica y republicana, escribió entonces sus artículos sobre los hombres que intervenían en la cosa pública.

No he hablado hasta aquí de *El Mensajero de Europa*, revista de San Petersburgo, en la cual ha publicado, traducidos al ruso, extensos artículos, algunos de los cuales hicieron gran ruido. En aquella época ningún periódico de París—entonces, como ahora, la literatura estaba relegada á la segunda plana—le hubiera admitido los largos artículos literarios que pensaba escribir. Además, la supresión de *El Corsario* á consecuencia de uno de sus trabajos, *Después de la crisis*, era causa de que se le considerase como un periodista muy peligroso. Entonces fué cuando el gran novelista ruso Iván Turgueneff le dijo: «Puesto que no quieren vuestros escritos en Francia, ¿os conviene ser corresponsal de un periódico ruso?» Zola aceptó.

Al mes siguiente, en 1875, comenzó la campaña de *El Mensajero de Europa*. Zola, naturalmente, defendió en ella las ideas que había defendido en París. Algunos meses, para variar, enviaba cuentos, estudios sociales, fantasías y simples crónicas. El trabajo que tuvo más resonancia fué el famoso estudio *Los novelistas contemporáneos*. Lo había enviado inocentemente, sin sospechar, ni por lo

más remoto, el ruido y las cóleras que iba á levantar. No era para él aquel trabajo mas que un conjunto de notas y de cortas semblanzas rápidamente escritas, que pensaba desenvolver más tarde, una especie de proceso verbal, una simple revista de la novela actual. Debo añadir que todos estos estudios, publicados en *El Mensajero de Europa*, han sido coleccionados en volúmenes. El autor los ha clasificado lógicamente por grupos. Después de haber pensado en retocarlos, se decidió á publicarlos tal cual aparecieron en el periódico ruso, para responder á las acusaciones que lo presentaban como un calumniador, que escribía en Rusia bajo la máscara de una traducción lo que no se atrevía á escribir en Francia.

He aquí los diversos volúmenes que han producido aquella colaboración de cinco años en un periódico extranjero:

1.º *La novela experimental*, que contiene: el estudio de este nombre, la *Carta á la juventud*, *El naturalismo en el teatro*, *El dinero en la literatura*, *La República y la literatura*.

2.º *Los novelistas naturalistas*, que contiene cinco grandes semblanzas: *Balzac*, *Stendhal*, *Gustavo Flaubert*, *Edmundo y Julio de Goncourt*, *Alfonso Daudet*, y el famoso estudio *Los novelistas contemporáneos*, que produjo tanto escándalo.

3.º *Documentos literarios*, otro volumen de semblanzas: *Chateaubriand*, *Victor Hugo*, *Musset*, *Teófilo Gautier*, *Los poetas contemporáneos*, *Jorge Sand*,

Dumas (hijo), Sainte-Beuve, La crítica contemporánea y De la moralidad en la literatura.

Ha reunido igualmente en dos volúmenes sus artículos de crítica dramática de *El Bien Público* y de *Le Voltaire: El naturalismo en el teatro y Nuestros autores dramáticos.*

Tales son, con *Mis odios*—la colección de artículos publicada en 1866—, los resultados de diez y seis años de crítica.

IX

Método de trabajo

Cada escritor tiene un método de trabajo, apropiado á su temperamento y á su originalidad. Y estudiando este método, de que la multitud no se preocupa, interesada únicamente por los resultados, es como se puede desmontar el mecanismo de un talento y sorprender el juego íntimo de sus ruedas.

El método de trabajo de Zola se encuentra claramente explicado en una obra de Edmundo de Amicis: *Recuerdos de París y de Londres.* Hay algunos errores de detalle y algunas lagunas, que yo

procuraré subsanar; pero voy primero á copiar los párrafos literalmente.

Para dar más viveza á su relato, Amicis hace hablar al autor de los *Rougon-Macquart*:



ZOLA CUANDO PUBLICÓ «LA TIERRA»

«El gran naturalista sobre su Pegaso se remonta á las altas esferas de lo inmundo.»

(*Lustige Blätter* de Berlín, 1887)

«He aquí cómo hago una novela. No la hago precisamente, la dejo hacerse á sí misma. No sé inventar hechos: carezco en absoluto de este género de imaginación. Me pongo á la mesa para buscar una intriga, una trama cualquiera de novela, y per-

manezco tres días devanándome los sesos, con la cabeza entre las manos, sin conseguir nada. Por esta razón he tomado el partido de no ocuparme nunca del asunto. Comienzo á trabajar en mi novela sin saber ni qué sucesos se desarrollarán en ella, ni qué personajes tomarán parte, ni cuál será el principio ni el fin. Conozco solamente mi personaje principal, mi Rougon ó mi Macquart, hombre ó mujer. Me ocupo solamente de él, medito sobre su temperamento, sobre la familia á que pertenece, sobre sus primeras impresiones y la clase en que he resuelto hacerlo vivir. Esta es mi ocupación más importante: estudiar las gentes con quien se tratará este personaje, los lugares en que ha de vivir, el aire que ha de respirar, su profesión, sus costumbres, hasta las más insignificantes ocupaciones á que consagrará sus ratos perdidos.»

Emilio Zola comienza por el estudio del medio ambiente. Por eso lo he mostrado cuando escribía *Naná* asistiendo á las primeras representaciones, estudiando los rincones de un teatro, visitando el cuarto de una actriz y el hotel de una cocota y yendo á las carreras de caballos. Durante este tiempo observa, interroga, adivina, siempre con el lápiz en la mano. Aquí copio un nuevo párrafo del estudio de Amicis, que continúa haciendo hablar á nuestro autor:

«Después de dos ó tres meses de este estudio me he hecho dueño de este género de vida; lo veo, lo siento, vivo en él con la imaginación, y estoy

seguro de dar á mi novela el color y el perfume especial de aquel mundo. Además, viviendo algún tiempo, como yo lo hago, en esa capa social, conozco personas que pertenecen á ella, oigo referir hechos reales, sé lo que en ella pasa ordinariamente, aprendo su lenguaje y tengo en la cabeza una cantidad de tipos, de escenas, de fragmentos, de diálogos, de episodios y de sucesos, que forman como una novela confusa, de mil retazos desunidos é informes. Entonces me queda por hacer lo que es más difícil para mí: unir con un solo hilo, lo mejor posible, todas esas reminiscencias y todas esas impresiones sueltas. Esto representa casi siempre un largo trabajo. Pero yo lo emprendo flemáticamente, y en lugar de emplear en él la imaginación empleo la lógica. Razono conmigo mismo y escribo mis soliloquios, palabra por palabra, tal como se me ocurren, de modo que, leídos por otro, me parecerían extraños. Fulano hace esto. ¿Qué se desprende ordinariamente de un hecho de este género? Este otro hecho. ¿Es capaz de interesar á esta persona? Ciertamente. Es, pues, lógico que aquella otra persona obre de esta manera. Entonces puede intervenir un nuevo personaje: Fulano, por ejemplo, al cual he conocido en tal lugar tal tarde. Busco las consecuencias inmediatas del más pequeño suceso; lo que se deriva lógicamente, naturalmente, inevitablemente del carácter y de la situación de mis personajes. Hago el trabajo de un comisario de policía que quiere, por un ligero indicio, descubrir á los

autores de un crimen misterioso. Encuentro, sin embargo, á menudo muchas dificultades. A veces no hay mas que dos hilos que anudar, una consecuencia de las más sencillas que deducir, y no lo consigo, y me fatigo, y me inquieto inútilmente. Entonces ceso de pensar en ello, porque sé que es tiempo perdido. Pasan dos, tres, cuatro días. Una mañana, al fin, mientras que almuerzo y pienso en otra cosa, se anudan de repente los dos hilos, encuentro la consecuencia, y desaparecen todas las dificultades. Entonces un rayo de luz corre sobre toda la novela. Lo veo todo y todo está hecho. Vuelvo á estar seguro y no me queda que realizar mas que la parte más agradable de mi trabajo. Y lo emprendo tranquilamente, metódicamente, con el reloj en la mano. Escribo todos los días por la mañana un poco, tres páginas de imprenta, ni una línea más. Escribo casi sin correcciones, porque desde hace meses lo tengo pensado todo; y cuando he terminado pongo las páginas á un lado y no las vuelvo á ver hasta que están impresas. Puedo calcular infaliblemente el día que he de terminar mi obra.»

Edmundo de Amicis refiere en seguida que Zola le enseñó todo el manuscrito de *L'Assommoir*. Copio también este párrafo, que me parece muy interesante:

«En las primeras páginas había un boceto de los personajes, algunas notas sobre su temperamento y su carácter. Encontré allí el plan del carácter de Gervasia, de Coupeau, de mamá Coupeau, de los

Lorilleux, de los Boche, de Goujet y de la señora Lerat; estaban todos. Parecían las notas de un registro de investigación, escritas en lenguaje lacónico y muy libre, como el de la novela, é intercaladas de razonamientos breves, como «Nacido así y educado de esta manera, obrará de esta otra.» En un sitio leí: «¿Qué otra cosa podría hacer una canalla de esta especie?» Me acuerdo, entre otros, del boceto de Lantier, que era una lista de adjetivos, la cual formaba una gradación creciente de injurias: *grosero, sensual, brutal, egoísta, granuja*. En algunos sitios se leía: «Servirse de Fulano» (persona conocida del autor). Todo esto escrito con orden, con una escritura gruesa y clara. Después los croquis de los lugares pasaron ante mi vista, croquis hechos á pluma, iguales á los dibujos de un ingeniero. Los había en gran número: toda *L'Assommoir* dibujada; las calles del barrio donde se desarrolla la novela, con las tiendas señaladas; los zigzags que hacía Gervasia para evitar á sus acreedores; las escapadas dominicales de Naná; las peregrinaciones de la compañía de los bebedores, de baile en baile y de fiesta en fiesta; el hospital y la carnicería, entre los cuales iba y venía en una terrible noche la pobre planchadora desgarrada por el hambre. La gran casa de Marescot estaba dibujada minuciosamente: todo el último piso, los tramos de la escalera, las ventanas, el antro del enterrador, el agujero del tío Brú, todos aquellos corredores lúgubres, donde se percibía «un soplo de ruina», aquellos muros que

resonaban como vientres vacíos, aquellas puertas de donde salía una perpetua música de palos y de gritos de chiquillos hambrientos. Contenía también el plano de la tienda de Gervasia, cuarto por cuarto, con la indicación de las camas y de las mesas. Se veía que Zola se había entretenido algunas horas en esta tarea, olvidando quizás hasta su novela y sumido en su ficción como en un recuerdo personal. En otras hojas había algunas notas de otro género. Dos me llamaron la atención particularmente: «veinte páginas de descripción de tal cosa»; «doce páginas de descripción de tal escena, dividida en tres partes». Se comprende que tenía en la cabeza la descripción formulada antes de ser escrita, y que la oía resonar, medida y cadenciosa, como un aire al cual no faltan más que las palabras. Es menos rara de lo que se piensa esta manera de trabajar á compás, aun en cosas de imaginación. Zola es un gran mecánico. Se ve cómo sus descripciones proceden simétricamente, en espacios separados algunas veces por una especie de rellano colocado allí para que el lector tome aliento, y divididas en partes casi iguales, como la de las flores del parque en *El pecado del cura Mouret*, la de la tempestad en *Una página de amor*, y la de la muerte de Coupeau en *L'Assommoir*. Se diría que su espíritu, para trabajar tranquilo y desembarazado de minucias, tiene necesidad de trazarse primero los límites precisos de su trabajo, de saber exactamente en qué puntos podrá descansar y qué extensión

y qué forma tomará su trabajo en la imprenta. Cuando tiene demasiada materia, la reduce para hacerla entrar en aquellos límites, y cuando le falta hace un esfuerzo para que llegue hasta ellos. Siente un amor invencible por las proporciones, que puede algunas veces engendrar la prolijidad, pero que á menudo, obligando al pensamiento á insistir sobre un punto, hace la obra más profunda y más completa. Además de estas notas había otras, extractos de *La reforma social en Francia*, de Le Play, de *La herencia natural*, del doctor Lucas, y de algunas obras más, de las cuales se ha servido para escribir su novela *Lo sublime* entre otras, que después de la publicación de *L'Assommoir* ha sido reimpressa y vuelta á leer. Pues es un privilegio de las obras maestras ensalzar hasta las obras medianas de que se han servido.»

Estas páginas son excelentes. Pero resultan un poco confusas para los que conocen más á fondo el método de trabajo de Zola. Voy á exponer, pues, aquí el modo exacto cómo reúne los materiales de una novela.

En primer lugar, lo que él llama «el bosquejo».

Ha escogido su Rougon ó su Macquart, sabe en qué medio quiere colocarlo, y conoce la idea general, ó mejor, el pensamiento filosófico que debe regir la novela. Entonces, con la pluma en la mano, habla consigo mismo sobre su personaje. Busca figuras secundarias determinadas por el medio. Procura anudar algunos primeros hechos, que le da la lógica

de los medios y de los personajes. En una palabra, desarrolla sus ideas y encuentra un asunto. Pero todo esto es todavía muy vago.

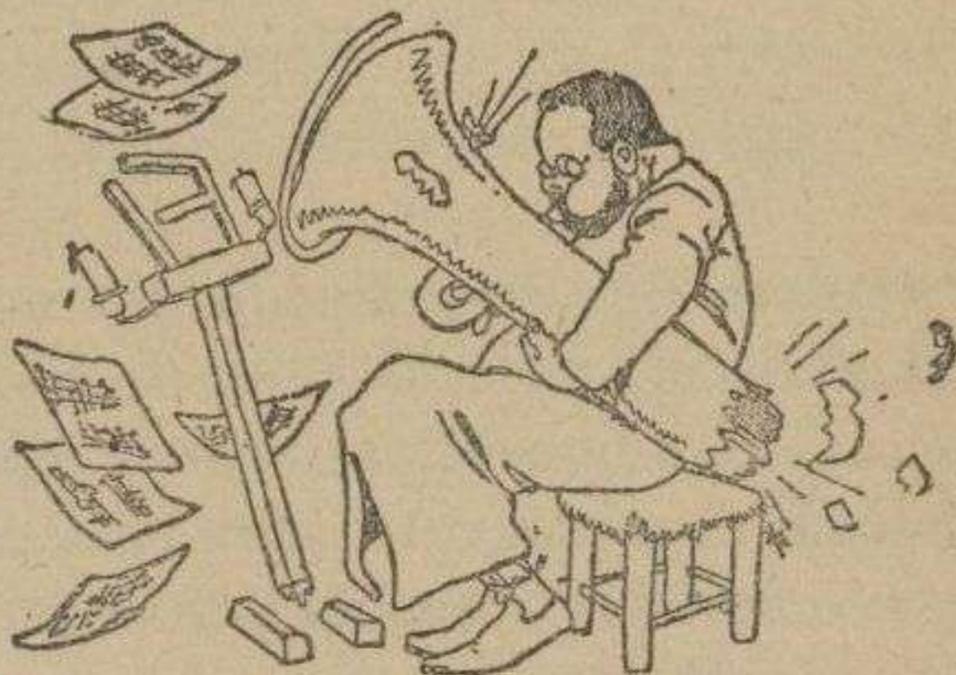
Después de haber hecho «el bosquejo» pasa á lo que llama «los personajes». Lo que es, propiamente hablando, el estado civil de los personajes. Coge á cada uno de los que figuran en el bosquejo y les atribuye cualidades: historia, edad, salud, aspecto físico, temperamento, carácter, costumbres, amistades, etc. En una palabra, todos los hechos de la vida.

Pasa en seguida al medio, y va á tomar notas al barrio donde se desarrolla la novela. Además, hace un estudio de los oficios de sus personajes; visita las decoraciones de las grandes escenas, y de este modo reúne todos los detalles técnicos que le son necesarios.

Después vienen los documentos extraídos de las obras especiales. Hay también reseñas suministradas por los amigos, numerosas cartas que hace le escriban sobre puntos particulares aquellos de sus íntimos que considera bien enterados. Una vez reunidas todas estas notas, Zola se ocupa al fin del «plan». Divide las materias en un número determinado de capítulos. Nuevo trabajo de lógica, muy minucioso, muy largo. Conviértese esto en una especie de composición rítmica, en que cada personaje aparece á intervalos calculados, en que los hechos cesan y aparecen como ciertas frases en las sinfonías musicales. Es seguramente uno de los no-

velistas que componen con arte más complicado y matemático: Edmundo de Amicis tiene razón en llamarle «un mecánico», pues lo que hace es verdadera mecánica trascendente.

Este método de trabajo que procede de lo general á lo particular, es á la vez complejo, lógico y seguro. Un amigo de Zola me ha dicho que le recordaba la orquestación tan sabia y tan nueva de Wágner. Ignoro hasta qué punto es exacto el parecido. Pero es cierto que las



VARIACIONES SOBRE «LA TIERRA»

MÚSICA DE EMILIO ZOLA

Caricatura de Caran d'Ache

(*Le Figaro*, 1887)

obras de Emilio Zola, cuando los profanos las abren por primera vez, deben experimentar el mismo aturdimiento que producen las obras wagnerianas. Se cree al principio en una gran confusión, y está uno á punto de exclamar que no hay allí ni composición ni reglas. Y sin embargo, cuando se penetra en la estructura misma de la obra, se ve que en ella todo es matemático, se descubre una obra de ciencia profunda y se reconoce una larga labor de paciencia y de voluntad.

X

El éxito

Ahora que he hablado del novelista, del autor dramático y del crítico—esos tres aspectos del escritor completo—, volvamos atrás. Busquemos á Zola en el número 14 de la calle de la Condamine, donde lo hemos dejado comenzando la serie de los *Rougon-Macquart*.

Era en 1869, algunos meses antes de la guerra. Se había casado, y su mujer, que se encontraba muy delicada, había sido enviada al Mediodía por aquella época. Por esta razón se encontró en Marsella cuando los prusianos sitiaron á nuestra capital.

En Marsella había que vivir. No teniendo entonces ni fortuna ni economías, y viéndose lejos de París, lugar de sus relaciones literarias, no dejaba de ver sin espanto aquel período de perturbación general. Por esta razón alegróse mucho de encontrar allí á Leopoldo Arnaud, director del *El Mensajero de Provenza*, periódico en el cual habían aparecido *Los misterios de Marsella*. Este último le ofreció en seguida publicar en Marsella un periódico mientras no se levantara el sitio de París. El

periódico apareció, y se titulaba *La Marsellesa*. Lo redactaba Zola con la ayuda de Mario Roux, su amigo de la infancia y colaborador del drama *Los misterios de Marsella*. El éxito fué al principio muy grande, llegando á tirar 10.000 ejemplares, cifra considerable en provincias. Desgraciadamente, dificultades de instalación y la falta de material fueron la causa de que el periódico, en lugar de ganar, perdiese.

Zola, inquieto, decidióse entonces á trasladarse á Burdeos, donde acababa de establecerse la delegación del gobierno de la Defensa Nacional. Y allí fué donde encontró á M. Glais-Bizoin, que había conocido en el periódico *La Tribuna*, del cual era uno de los principales accionistas. Para hacer comprender lo que sigue es preciso decir aquí dos palabras respecto á *La Tribuna*.

Este semanario había sido creado como arma electoral en las elecciones generales de 1869. Sus redactores y sus accionistas fueron naturalmente reclutas entre los republicanos que ambicionaban una candidatura. Zola decía riéndose: «Aquí no hay mas que dos hombres que no son candidatos: el criado y yo.» Como los accionistas del periódico eran numerosos, algunos de ellos tuvieron que presentarse en la misma circunscripción, y fueron de este modo competidores. Y como *La Tribuna* no podía perjudicar á ninguno de sus accionistas, esta arma memorable, cuyo exclusivo objeto era combatir en las elecciones, resultó completamente in-

útil. Durante el período electoral el periódico estuvo reducido al silencio. Sin embargo, los redactores obtuvieron una ventaja imprevista después del 4 de Septiembre. Fué entonces considerado como un título el haber pertenecido á la redacción de *La Tribuna*; bajo el nuevo régimen, todos los antiguos colaboradores y hasta el mismo criado fueron designados para ocupar cargos públicos.

Aquí abro un paréntesis, pues creo ha llegado el momento de hablar de las opiniones políticas de Emilio Zola. Por temperamento, es incontestablemente revolucionario, como ya lo había presentido en otro tiempo M. Hachette, que después de haber leído aquel cuento para los niños, *La hermana de los pobres*, hizo entrar en su despacho al joven empleado y le dijo: «¡Sois un revolucionario!» Es, pues, uno de esos espíritus independientes á los cuales no asusta el aislamiento ni la impopularidad, uno de esos espíritus que están siempre en la oposición. Desde la época de juventud libre y miserable en que vagaba por París en compañía de su gran amigo Pablo Cézanne, experimentaba el más grande menosprecio de artista por la política, que por otra parte desconocía completamente. Todas sus ambiciones se cifraban en la literatura; no comprendía siquiera que los jóvenes de su edad pudiesen soñar con un puesto en la Cámara. Después, en los años sucesivos, conoció la política; vió de cerca los sucesos, asistió á los debates parlamentarios, siguió la carrera pública de algunos de sus contemporáneos,

y ¡aumentó su desprecio! Es republicano, está convencido de que el único gobierno lógico, la forma definitiva, debe ser la República; pero no ha querido nunca, por su parte, entrar en la aplicación de estas ideas; tarea pesada, en la que no distingue mas que confusión, pequeñeces y villanías. Podríamos decir de él que es un republicano teórico que cree en las leyes, pero no en los hombres que pretenden aplicarlas. Esto explica suficientemente que, á pesar de haber colaborado mucho tiempo en periódicos republicanos, los califique de «tiendas», lo mismo que á los periódicos reaccionarios. En suma, no se preocupa de ningún modo de las opiniones de la hoja en que escribe, pues sabe que en ninguna parte le obligarán á decir lo que no quiera.

Pero estábamos en *La Tribuna*, cuyos redactores fueron nombrados después del 4 de Septiembre miembros del gobierno, prefectos ó embajadores. Zola, que acababa de llegar á Burdeos para ingresar en un periódico cualquiera, esperando días mejores, tuvo un feliz encuentro. Al día siguiente de su llegada fué llamado desde lejos por un viejo, cuyo rostro expresaba una profunda estupefacción. Era M. Glais-Bizoin, que, con M. Eugenio Pelletan, había dirigido *La Tribuna*.

—¡Cómo! ¿Es usted?—exclamó—. ¿No está usted en París?... ¿Pero de dónde sale?

—Vengo de Marsella—respondió Zola.

—¿Por qué no habéis venido á Tours? ¡Hemos tenido necesidad de tanta gente!

Y el miembro de la delegación se puso á enumerar los nombres de los antiguos redactores de *La Tribuna*, todos muy bien colocados desde hacía mucho tiempo. Zola confesó entonces á su antiguo director que estaba muy apurado y que buscaba una colocación. El excelente M. Glais-Bizoin no le dejó acabar.

—¡Querido amigo, se le dará á usted una prefectura! Ha sido usted de *La Tribuna*, y eso basta.

Desde entonces Zola se quedó en Burdeos. Hizo venir á su mujer y á su madre, que se habían quedado en Marsella. La prefectura no se la dieron en seguida; pero M. Glais-Bizoin le tuvo algún tiempo como secretario, después de haberle presentado á Clemente Laurier, que se había comprometido á darle el primer empleo vacante.

Me parece que desde hace un momento estoy contando cosas extrañas. Es preciso trasladarse á aquella época de enloquecimiento para poder reconstruir bien el estado psicológico en que se encontraba nuestro novelista. Me ha hablado con frecuencia de aquel momento de su vida: «Me imaginaba que aquello era el fin del mundo y que no se volvería á hacer más literatura. Había llevado de París el manuscrito del primer capítulo de *La ralea*, y lo abría á veces, como hubiera abierto papeles muy antiguos que no fuesen mas que recuerdos. París me parecía perdido en las nubes. Y como tenía conmigo á mi mujer y á mi madre, sin ninguna certidumbre de dinero, había llegado á

creer muy natural y prudente lanzarme con los ojos cerrados en aquella política que menospreciaba tanto algunos meses antes y que luego continué despreciando.»

He llegado, pues, á la famosa historia de la subprefectura de Castel-Sarrazin que han echado en cara á Zola tantas veces, pues no fué una prefectura, sino una subprefectura lo que al fin le ofrecieron. Se había tratado primero de Auch y después de Bayona; al fin Clemente Laurier hizo llamar un día á nuestro ambicioso de ocasión y le dijo que el gobierno tenía necesidad en Castel-Sarrazin de un subprefecto de pluma fácil, que pudiese ganar una elección por medio de proclamas vigorosas; en seguida una prefectura importante recompensaría al nuevo funcionario. Estaba ya firmado el nombramiento, cuando Zola supo la noticia del armisticio y de la llegada de Julio Simón. Entonces, á consecuencia de una segunda conversación con Clemente Laurier, rehusó definitivamente su subprefectura. Sus convicciones administrativas no habían resistido ante el chaparrón que veía venir. Por otra parte, París estaba ahora abierto, y Zola había sentido despertarse en él al escritor. Además de una correspondencia diaria, política y literaria que *El Semáforo* de Marsella acababa de pedirle —y que conservó siete años—, había escrito á *La Campana*, de la cual era redactor antes del sitio, ofreciendo enviar desde Burdeos algunos artículos sobre la Asamblea nacional, y esta proposición

había sido aceptada. ¡No era, pues, verdad! ¡La pesadilla se disipaba! ¡De nuevo se iba á poder vivir de la pluma y á hacer literatura! Su locura de una hora había pasado para siempre. Él mismo dice en la intimidad, cuando un periódico le lanza al rostro todavía su subprefectura fracasada de Castel-Sarrazin: «¡Es verdad! Estuve á punto de ser funcionario, pero no lo he sido. ¡Y hay tantos que, después de haberlo sido, cometen la estupidez de volverlo á ser!»

Helo, pues, de vuelta en París, sumido de nuevo y para siempre en esa incesante producción literaria que es su vida, y de la cual una perturbación general, como la última guerra, no había conseguido separarle. En París, en medio de los comienzos precarios y turbulentos de la tercera República, aparecieron los primeros volúmenes de aquellos *Rougon-Macquart*, que empezaron modestamente y luego fueron coronados por un éxito colosal. Durante la incubación de este éxito, la existencia del novelista, siempre penosa por falta de dinero, se mejoraba á cada nuevo volumen. Ocupó tres años todavía su pequeño pabellón precedido de un jardín en la calle de la Condamine. La entrada no era hermosa; el pabellón, dada su pequeñez, era poco habitable; pero el jardín tenía un árbol grande y varios pequeños y estaba concienzudamente cuidado y regado por el escritor. Salía menos que ahora, tenía menos relaciones, y sobre todo menos dinero para ir á comprar chucherías á los bazares. Como

tampoco podía salir de París durante el verano, encontraba una distracción higiénica en aquel jardín que tenía, en lugar del café, del círculo, de la casa de campo y del *chalet* en Trouville. Todavía lo veo,



Caricatura de Zola, por A. Gill

vestido con una camiseta y un viejo pantalón, cubierto de tierra y calzado con gruesos zapatos, cortando la hierba, cardando las flores y regando las ensaladas; ó bien, armado de sierra y cepillo, construyendo una caseta para su perro ó una jaula para sus conejos y sus pollos. Algunas veces, durante las hermosas tardes del estío, colocaban la mesa en la estrecha terraza y la familia comía fue-

ra. Después llegábamos algunos íntimos, Mario Roux, Duranty, los pintores Beliard y Coste y yo. Y con los codos sobre la mesa, el té humeante en las tazas, hablábamos hasta media noche bajo las estrellas. Algunas veces, cuando «el jardinero» había terminado por la mañana algún capítulo de *La ralea*, de *El vientre de París* ó de *La conquista de Plassans*, nos lo leía. Y cuando se interrumpía al final de una línea ó para volver una página,

se oía de repente el murmullo profundo y lejano de París: el misterioso ronquido de un coloso que se dormía.

Aquella habitación le costaba mil francos al año. En aquella época comenzó su amistad con Gustavo Flaubert é intimó más con Edmundo de Goncourt, muy aislado y entristecido desde la muerte de su hermano. En 1874, habiendo mejorado de situación, fué á vivir al número 21 de la calle de Saint-Georges, en Batignolles (hoy calle de los Apeninos). Era un pequeño hotel, también con jardín. ¡No había más inquilinos que él, y no tenía portero! Había realizado ese doble sueño de todo hogar parisién un poco desahogado.

Aquí, con el éxito, la existencia de Zola se transforma insensiblemente. Jamás había estado tan espléndidamente instalado. En la planta baja la despensa y la cocina; en el entresuelo el salón y el comedor; después dos pisos: el principal, compuesto de una gran sala y un gabinete de trabajo, muy alegre, que daba al jardín, para él y su mujer, y en fin, el segundo piso, para su madre. Cuando se trató de amueblar todo esto, lo hizo de una manera confortable y hasta con lujo. Habían pasado mucho tiempo sin criada; después una mujer iba á ayudar algunas horas á las señoras Zola; al instalarse en la calle de Saint-Georges, toman en seguida un criado. Además, el jardín, un poco sombrío por los altos muros que lo separan de los jardines vecinos, no está al nivel del gabinete de trabajo, y Zola deja

poco á poco de cultivarlo. Esto le divierte menos y no tiene tiempo. Cuando llega el verano puede ya realizar su sueño de ir á tomar aires al Mediodía; en 1875 pasa la estación calurosa en Saint-Aubin-sur-Mer; en 1876 va á Piriac, en Bretaña; en 1877 á L'Estaque, á orillas del Mediterráneo. En invierno, sin que por eso se haga mundano, el círculo de sus relaciones aumenta un poco, y frecuenta dos ó tres salones, sobre todo el de M. Georges Charpentier. Al mismo tiempo, dedicado á la crítica dramática, asiste á los estrenos. Es un público especial el de los estrenos, siempre el mismo, donde todos se conocen; sin embargo, pasaron algunos meses sin que se supiese en los teatros quién era aquel Emilio Zola del cual comenzaba á hablarse tanto, y que ya pasaba por un palurdo, aunque nadie había visto todavía su semblante.

Por otra parte, á medida que aumentaba el dinero, Zola, que había tomado la costumbre de visitar las tiendas para completar su mueblaje, no se detuvo; de los muebles antiguos pasó á los *bibels*. Y aquí una observación curiosa. Balzac dijo en cierta ocasión que los *parvenus* decoran siempre su salón tal cual lo deseaban cuando eran jóvenes pobres. Y justamente, en el mueblaje de nuestro naturalista de hoy ha persistido el gusto romántico de los primeros años. Él dice, para defenderse, que costaría demasiado caro un lujo moderno. Pero esta economía, real en el fondo, no es mas que un pretexto. La verdad es que la observación de Bal-

zac se encuentra aquí confirmada. Sobre todo en su habitación actual de la calle de Boulogne, donde habita desde 1877, es donde Zola ha podido realizar sus antiguos sueños. ¡Lecho Enrique II, muebles italianos y holandeses, antiguos Aubusson! Cuando el pobre Flaubert iba á verlo en medio de aquellas extrañas y suntuosas antigüedades, permanecía extasiado y latía su corazón de viejo romántico. Una noche, en el dormitorio, le oí decir con admiración: «Siempre he soñado con acostarme en un lecho como éste... ¡Esta es la cámara de San Julián el Hospitalario!»

Puesto que acabo de nombrar á Gustavo Flaubert, tengo que decir aquí dos palabras de la gran amistad que unió á los cuatro novelistas, á los cuales se ha llamado «el cuadrilátero de la novela moderna», es decir: Gustavo Flaubert, Edmundo de Goncourt, Alfonso Daudet y Emilio Zola. El lazo de unión de todos fué Flaubert. Zola conocía á los hermanos Goncourt desde 1865; en 1866, perteneciendo á la redacción del antiguo *L'Événement*, había conocido á Daudet, que perdió en seguida de vista y que volvió á encontrar en casa del editor Charpentier en 1872. Pero cuando se reunieron todos en casa de Flaubert, los domingos, fué cuando su amistad se estrechó y adquirió solidez.

Siempre me acordaré de las tardes del *faubourg* Saint-Honoré. También yo había hecho conocimiento con Flaubert. En provincias, á los diez y siete años, en los bancos del colegio, me había

apasionado por *Madame Bovary*. Diez años más tarde, habiendo publicado en una pequeña revista literaria una novela corta, *El fin de Lucía Pellegrin*, el primer trabajo que me satisfacía un poco, se la envié al maestro, que me invitó á ir á verle al domingo siguiente. Me acogió con su cordialidad acostumbrada, y fui desde entonces uno de sus más fieles amigos.

Además de Edmundo de Goncourt, Alfonso Daudet y Emilio Zola, que eran los visitantes más asiduos, asistían allí el célebre novelista ruso Turgueneff; Guy de Maupassant, muy joven entonces, gran barquero durante el verano, poeta en el invierno y querido siempre como un hijo por Flaubert; el crítico de arte Burty, el editor Charpentier, Francisco Coppée, Catulle Mendes, el doctor Pouchet, Bergerat, Maurice Bouchor, Mario Roux y Touduze; además, casi siempre juntos, Huysmans, Céard y Hennique, y en fin, de tarde en tarde, Taine, Renán, Máximo Ducamp, Mauricio Sand y Raúl Duval.

La reunión de aquellos dos ó tres grupos de amigos formaba un conjunto curioso, en el cual individuos de edades y opiniones diferentes se encontraban reunidos. Pero el gran cariño que cada uno de ellos sentía por Gustavo Flaubert bastaba para unirlos. Y la diversidad de juicios, favorecida por la más absoluta libertad de lenguaje, daba á aquellas tardes del domingo un sabor y un interés que no he visto después en ninguna parte.

Bien pronto, no contentos con reunirse cada

semana, deseosos de charlar en absoluta intimidad, los cuatro novelistas «del cuadrilátero» comenzaron á comer juntos una vez al mes, y en broma llamaron á aquella comida «la comida de los autores silbados», pues todos habían tenido disgustos en el teatro. Hubo además otro comensal, Turgueneff, gran amigo de Flaubert, y por el cual sentía Zola la más viva simpatía. Turgueneff juraba que también lo habían silbado en Rusia.

Cuando Zola habla de estas comidas, hoy que Flaubert no existe, se apodera de él la emoción y repite que son los mejores recuerdos de su vida literaria. Encontraba un gran encanto por su parte en aquellas conversaciones que se prolongaban toda una velada, en aquel choque de ideas, que, acabada la discusión, le dejaba en el espíritu un cansancio de varios días. ¿Eran verdaderas discusiones? ¡Sí y no! Según una expresión característica, que es del mismo Zola, eran «batallas teóricas entre gentes que, en el fondo, se entendían».

Por otra parte, los jueves de Zola continuaban en la calle de Saint-Georges, aquellos jueves que habían comenzado en la calle Feuillantines hacía unos quince años. Y fué allí, en la calle de Saint-Georges, donde se encontraron por primera vez un grupo de jóvenes literatos, que los periódicos han designado con el nombre extraordinariamente espiritual de «la cola de Zola».

He aquí cómo se formó este pequeño grupo. Ya he referido de qué manera hice conocimiento con

Zola en 1869. Siete años más tarde, Henri Céard presentóse un día en la calle de Saint-Georges. Era un domingo. No teniendo que ir á su ministerio aquel día, había tenido la idea de presentarse él mismo al autor de los *Rougon-Macquart*, diciendo sencillamente: «He leído todos vuestros libros, y sintiendo por vos una gran admiración, he venido á veros.» Poco habituado á semejantes visitas, Zola acogió al joven visitante casi con embarazo; una hora después refería en casa de Flaubert la visita que había recibido. Flaubert, muy emocionado, exclamó: «¡Eso es muy bonito y siempre da gusto á uno!»

Algunos domingos más tarde Henri Céard volvió á la calle de Saint-Georges, acompañado esta vez de su amigo Huysmans, que llevaba *Marta*, recientemente publicada en Bélgica. Los dos habían descubierto juntos á Zola leyendo *El vientre de París*.

Por mi parte, había hecho amistad con León Hennique. Algunas veces, á eso de las cinco de la tarde, lo encontraba en pleno Parnaso, en *La República de las Letras*, la revista de Catulle Mendès, que publicaba entonces la segunda parte de *L'Assommoir*, y adonde yo había llevado una novela.

Un poco más tarde, á consecuencia de una conferencia de Hennique en el bulevar de los Capuchinos sobre la misma *L'Assommoir*, conferencia que produjo un escándalo entre los parnasianos, llevé á Hennique á la calle de Saint-Georges. Por Catulle

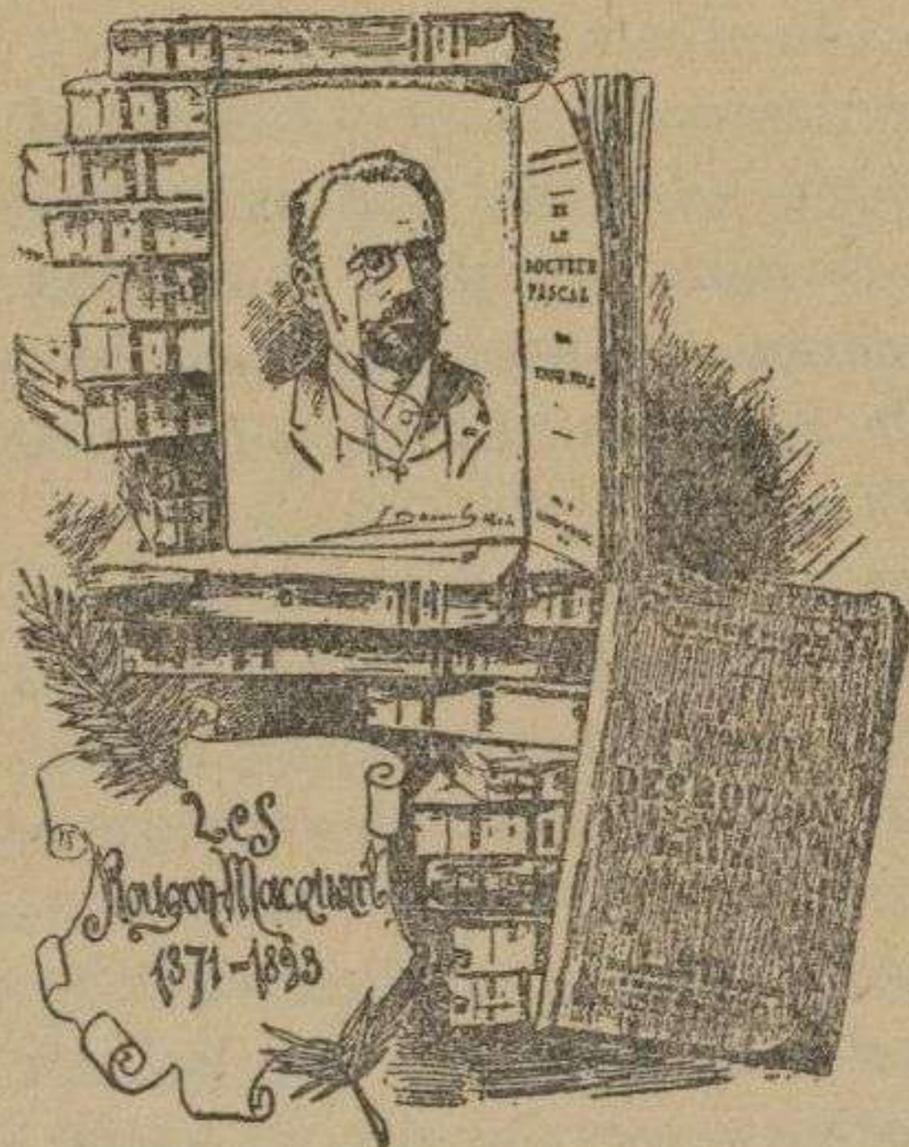
Mendes también había conocido á Huysmans una noche de Carnaval, á la puerta de un baile de máscaras, donde entramos. El hielo se rompió en seguida; aquella mañana misma había leído *Marta* y encontrado un profundo sabor en aquella obra, de un encanto enfermizo. Al día siguiente envié á mi nuevo amigo los dos números de una revista ignorada que contenía *El fin de Lucía Pellegrin*. Huysmans, algunos días después, me invitaba á comer á su casa; Hennique estaba allí, y también Henri Céard, al cual no conocía todavía. En fin, fuí yo el que presenté á mis tres nuevos amigos á Guy de Maupassant, con el cual había hecho amistad en casa de Flaubert. Desde entonces fuimos cinco. Nuestro pequeño grupo se encontró constituido. Un jueves por la tarde, los cinco, en columna cerrada, nos trasladamos á casa de Zola. Después volvimos todos los jueves.

Ahora conviene decir dos palabras respecto á nuestra verdadera actitud ante Zola. Lo que me obliga á entrar en semejantes detalles es una absurda leyenda, que hay que destruir para siempre. Tengo ante mi vista una parte de los amables artículos que algunos de nuestros colegas nos han dedicado. Encuentro en ellos amenidades de este género: «jóvenes presuntuosos», «desechos de la literatura», etc., etc. ¡Somos unos mendigos y unos ganapanes! Zola nos mantiene, y preparamos novelas que se titularán *La jofaina*, *El bacín*. Somos unos albañaleros, unos puercos, los poceros de la litera-

tura, que sacan á la superficie todas las inmundicias. Causaría la admiración de muchas gentes si diese aquí los nombres de los pretendidos hombres

de talento que en su odio han lanzado sobre nuestras cabezas todos estos insultos.

La verdad es que nuestras relaciones con Zola, lejos de ser relaciones entre discípulos y maestro, no difieren nada de la intimidad y del compañerismo afectuoso que reina entre nosotros cinco. Al contrario, cada uno de nosotros se reprimirá menos



Tarjeta de invitación del banquete ofrecido por los editores de Zola para festejar el final de la serie de los *Rougon-Macquart*

con él que con los otros y le confiará con más libertad ciertas cosas. ¡No tiene nada de pontífice! El salón de la calle de Boulogne, donde se dice lo que le pasa á uno por la cabeza, y con frecuencia cada uno es de un parecer diferente, donde ni siquiera está uno obligado á tener opinión y por lo regular no hay conversación general, aquel gran gabinete

de estudio, en fin, donde pasamos tan buenas veladas, riendo á veces como niños de todo y de todos, y hasta de nosotros mismos, es lo más opuesto á una capilla, á pesar de los vidrios de colores de las dos ventanas.

Y si nuestras reuniones del jueves en la calle de Boulogne—adonde Eduardo Rod asiste también asiduamente—revisten tan poca solemnidad, pensad lo que sucederá en las visitas que hacemos á Médan, donde Zola pasa ahora ocho meses del año.

Médan es una aldea de doscientas almas á lo sumo, en la orilla izquierda del Sena, entre Passy y Triel. Hay un alto y un bajo Médan; es decir, que algunas chozas de aldeanos se encuentran agrupadas á lo largo del camino de Triel—á la mitad de un ribazo admirable, accidentado, sembrado aquí y allí de altos nogales—, mientras que las otras parecen haberse deslizado por la rampa, hasta el terraplén del camino de hierro del Oeste, que pasa por aquel sitio paralelo al Sena, á un centenar de pasos de la orilla.

Aquel rincón del rico departamento de Seine-et-Oise es adorablemente pintoresco. Hay allí hermosas praderas donde pacen las vacas, cortinas de grandes sauces y de álamos, plantíos de manzanos y bosques de nogales y de hayas. El camino, un poco hundido entre los dos taludes cubiertos de hierba, semejantes á dos bancos de terciopelo verde, sube y baja á cada instante, lleno de sombra,

sin polvo, limpio como la avenida de un parque inglés. Y sobre todo esto, una gran calma, interrumpida de cuando en cuando por el paso de un tren ó por el silbido de algún transporte á hélice que remonta lentamente el río remolcando cinco ó seis barcas. Se creería uno á cien leguas de París. Nada más que aldeanos. En toda la aldea una sola casa de burgués parisién y «el castillo», rara vez habitado, por cambiar con frecuencia de propietario. Ese es Médan.

¿Cómo descubrió Zola á Médan? Por casualidad. Desde el otoño de 1877, después de haber estado cinco meses en L'Estaque, Zola, que desde hacía algunos años tenía la costumbre de alquilar todos los veranos una casita, tan pronto aquí como allí, pero siempre á la orilla del mar, para pasar algunos meses con su madre y su mujer, pensó en alquilar esta vez una casa en los alrededores de París, de donde no quería alejarse á causa de la próxima Exposición.

Le habían hablado de Triel. Se trasladó, pues, á Triel. Pero la vulgaridad del país y la importancia de la aldea le causan muy mala impresión. «¿Es esto el campo? Entonces no hay necesidad de salir de Batignolles.»

Por la tarde alquiló un carruaje, á fin de visitar el país más á fondo, antes de volver á tomar el tren en Passy.

En el camino encuentra primero á Vernouillet, una pequeña aldea, que le complace un poco. De

pronto el camino se hace pintoresco. Diez minutos más tarde encuentra una nueva aldea. La primera casa que ve—estrecha, escondida en un nido de verdura, separada del pueblecillo por una alameda de árboles magníficos que baja hasta el Sena, sobre el cual hay un puente que da á la vía férrea—, la primera casa le produce una impresión agradabilísima. Sobre la puerta pendía un letrero: «En venta.» Aunque no tenía ninguna gana de convertirse en propietario, la vió, sin embargo, esperando conseguir que se la alquilaran; pero encontró una tenaz resistencia, y después de meditar algunos días decidióse á ir á casa del notario.

Compró la casita en 9.000 francos. ¡Una bagatela! Tenía un jardín como un pañuelo. Algunas semanas después, los albañiles, los pintores y los tapiceros entraban en ella para arreglarla. Y ya no salieron, porque después de haberles hecho reparar la pequeña vivienda, Zola les hizo construir una grande, apropiada á sus necesidades profesionales, su gusto por el *confort* y su pasión única: el trabajo. Aquella segunda casa dobló el precio de la compra.

He aquí ahora el empleo de uno de los días de nuestro campesino:

Ocho de la mañana. Se despierta en su ancho lecho Luis XVI. Mientras que se viste—un traje rural, chaqueta y pantalón de pana y zapatos de cazador—, ve reflejarse el paisaje en un gran espejo colocado encima de la chimenea. El Sena está

todo blanco por la mañana, y los álamos de la isla de enfrente vense rodeados de una espesa bruma.

Sale en seguida con sus dos perros: el soberbio *Bertrand*, un hermoso terranova, y el minúsculo *Ratón*. Algunas veces Mad. Zola le acompaña en este paseo matinal. Se dirigen por la alameda y pasan el puente del camino de hierro. Costean la orilla del Sena. Si el agua no está muy fresca, *Bertrand* toma un baño. Un cuarto de hora después regresan para desayunarse. A las nueve comienza á trabajar.

En el nuevo gabinete de trabajo todo es inmenso. Un estudio de pintor de historia por las dimensiones. Cinco metros cincuenta de altura, por nueve de ancho y diez de profundidad. Una chimenea colossal, donde se podría quemar un árbol para asar un carnero. En el fondo, una especie de alcoba tan grande como una de nuestras habitaciones parisienses, completamente ocupada por un solo diván, donde podrían dormir con comodidad diez personas. En medio una gran mesa. Y en fin, enfrente de la mesa, una gran ventana que da sobre el Sena. No hablo de una especie de tribuna colocada encima de la alcoba del diván, á la cual se sube por una escalera de caracol: es la biblioteca. La misma escalera conduce á una terraza cuadrada, que ocupa todo el techo de la nueva construcción, y desde donde el panorama es admirable.

Desde las nueve á la una, sentado delante de la inmensa mesa, Zola trabaja en una de sus novelas.

Nulla dies sine linea, tal es la divisa escrita en lo alto de la chimenea. Mientras que su amo escribe, *Bertrand* ronca en un rincón.

A la una, el almuerzo. Zola se entrega con el mismo cuidado á su segundo vicio, la glotonería, esa literatura de la boca. A las dos, la siesta. A las tres, llegada del cartero. El criado que sube las cartas y los periódicos despierta al señor. He aquí la nomenclatura de los periódicos que recibe Zola: *Le Figaro*, *L'Événement*, *Le Voltaire* y el *Gil Blas*, á los cuales está suscrito. La correspondencia es numerosa desde hace algunos años, y se ve obligado con frecuencia á no contestarla.

A las cuatro ha revisado ya el correo. Si el tiempo está bueno y no hay pruebas que corregir, Zola y sus amigos se embarcan en *Naná*, una barca pintada de verde, y se trasladan á la isla de enfrente, donde el novelista ha hecho construir un *chalet*. Allí se charla, se pasea, se lee, se tiende uno sobre la hierba, á la sombra de los grandes árboles, «se hace de Robinsón» y no se vuelve á tierra firme sino para comer, á veces después de un largo paseo en canoa.

La comida es á las siete y media. Levantado el mantel, después de una charla acompañada de una taza de té, y algunas veces después de una partida de billar, este perfecto burgués sube á acostarse á eso de las diez. Todas las lámparas se apagan, excepto la suya. Zola lee hasta una hora avanzada de la noche.

Además de la antigua casita, aumentada con una gran construcción cuadrada que parece una torre, ha hecho edificar un pabellón que contiene habitaciones para los amigos. Estos son siempre los mismos, los amigos de toda la vida, que van á visitarlo á Médan.

Concluiré estas notas biográficas con una anécdota. Emilio Zola, que en 1871 había estado á punto de ser subprefecto de Castel-Sarrazin, corrió peligro de ser condecorado en 1878. La historia exacta de esta condecoración merece ser referida con mayor motivo, porque han circulado sobre ella versiones extrañas.

Un jueves, M. Georges Charpentier, que había ido á ver á Zola, lo llevó aparte y le dijo:

—He aquí lo que pasa: Daudet comía el otro día en casa de M. Bardoux, y consultado por él sobre las personas que debía condecorar, os ha nombrado el primero... M. Bardoux ha respondido diciendo que era cosa hecha... Además, quiere evitaros la molestia de una petición por escrito. Una simple visita bastará, y le complacerá mucho.

Y M. Charpentier añadió:

—Esto tiene contrariado á Daudet, pues no sabe cómo tomará usted la cosa. Ignora la manera de pensar de usted y teme haber obrado de ligero sin haberle hablado antes.

Un poco sorprendido, Zola no pudo ocultar que hubiera preferido que no se hubiesen ocupado de él; que no había pedido ninguna cruz y que no tenía

intención de pedirla nunca; pero en fin, que iría á ver á M. Bardoux, uno de los grandes amigos de Flaubert.

Además, supo en seguida que también Flaubert había pedido para él una condecoración al ministro.

Algunos días después fué á ver á M. Bardoux, acompañado de Daudet y de Gustavo Droz. El ministro, con una discreción de buen gusto, no habló de la cruz sino en el umbral del despacho, comprometiéndose de una manera breve y formal para el mes de Julio próximo.

He aquí, pues, á Zola en vísperas de ser condecorado, si no á su pesar, al menos sin haberlo querido. M. Bardoux no se encontraba en presencia de un *reporter* sin decirle: «Voy á condecorar á Zola; ¿qué os parece?» De este modo todo París supo en seguida que el ministro iba á tener el valor extraordinario de condecorar al autor de *L'Assommoir*. Y éste, inquieto por el ruido que se hacía, decía sonriendo: «Si lo hace, menos mal. Pero si no lo hace, me pone en ridículo.»

Llegó Julio, y M. Bardoux, que había distribuído muchos honores, no condecoró al novelista. Se refiere que en el último momento el director de un periódico serio dijo al ministro: «Condecorad á X; es viejo y no tiene talento, mientras que á Zola le sobra tiempo para esperar.» Gustavo Flaubert, furibundo, había escrito á Bardoux: «¡Eres un... cualquier cosa!» Daudet, desolado, fué á verle para

decirle cuánto sentía haberle metido involuntariamente en aquel estúpido asunto.

Todo se hubiera olvidado si el excelente Bardoux no hubiese comenzado á decir otra vez ¡que quería condecorar á Zola!

Entonces fué cuando éste comenzó realmente á incomodarse. Por consideración á Flaubert y á Daudet no se atrevía á romper bruscamente, á pesar de los grandes deseos que tenía de hacerlo. Por otra parte, Flaubert, siempre bueno, siempre fácil de engañar, le jura-



ZOLA Y LA ACADEMIA, POR GILBERT MARTIN

Zola, vestido de trabajador de las alcantarillas, ofrece su brazo á la Academia, pisándole la cola.

(*Le Don Quichotte*, 1889)

ba de nuevo que Bardoux ardía en deseos de «coronar su ministerio» condecorándole.

Llegó Enero. El ministro se había expansionado de tal modo con los *reporters*, que todo el mundo esperaba ver esta vez el nombre de Zola en la lista.

Pero el famoso estudio sobre *Los novelistas contemporáneos*, escrito primero para una revista rusa, había aparecido en Diciembre en *Le Figaro*, y todos sus colegas trataban al crítico como hombre indigno de formar parte de la literatura francesa. De tal modo, que el día en que M. Bardoux propuso tímidamente el nombre de Zola á su jefe de gabinete, éste respondió solemnemente: «Señor ministro, eso no es posible; os va en ello la cartera.» Por segunda vez Zola dejó de ser condecorado. Nuevo furor de Flaubert contra el ministro. Nueva desesperación de Daudet. Desde esta época, cuando se habla de condecoraciones delante de Zola, dice con aire burlón, como hombre cuya ambición hállase satisfecha y que está decidido á no aceptar nada:

—Yo estuve á punto de ser condecorado por Bardoux: esto me basta.

XI

El hombre

Sainte-Beuve ha dicho que cuando quería conocer á un escritor se hacía las siguientes preguntas: «¿Qué piensa en religión? ¿Qué impresión le causa el espectáculo de la Naturaleza? ¿Cuál es su conduc-

ta con respecto á las mujeres? ¿Estima el dinero? ¿Es rico ó pobre? ¿Cuál es su régimen de vida?»

Ya he respondido á algunas de estas preguntas en el curso de este trabajo. Quiero, sin embargo, reunir todos estos rasgos esparcidos, anotados al azar, para obtener en algunas páginas un retrato completo y vivo.

Zola es un hombre de buena estatura; tiene esa finura de extremidades que se considera como un signo de raza: los pies y las manos son pequeños. Moreno, la tez mate; miope, pero no hasta el punto de recurrir á los lentes para leer ó escribir; lleva los cabellos cortos. Debajo de una frente alta y perpendicular, una frente que, según la expresión de uno de nuestros amigos, M. Paul Bourget, «semeja una torre», los ojos tienen una mirada dulce y reflexiva; lo más característico en su rostro es la nariz, una nariz investigadora, hundida en el extremo, como dicen que era la de Balzac. Las mejillas llenas, con la parte inferior del rostro un poco corta, á la vez cuadrada y redonda. El conjunto recuerda bastante la fisonomía de uno de esos soldados romanos que conquistaron el mundo; el todo reposa sólidamente sobre un cuello poderoso. En suma, nos encontramos enfrente de un varón fuerte, de sangre latina, turbada por sensibilidades nerviosas. Esto en cuanto al físico.

Nacido de un italiano y una francesa, criado en el Mediodía de Francia al aire libre, mimado por su madre, que le dejaba hacer su capricho, venido

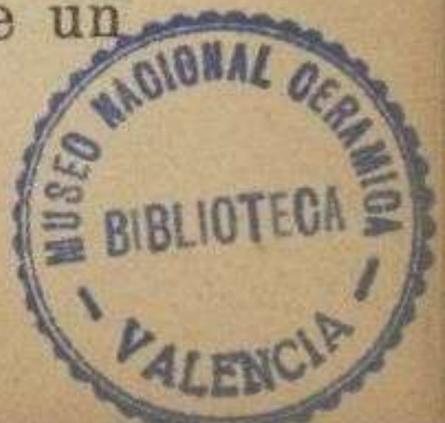
después á París á los diez y ocho años, donde conoce la negra miseria—obligado entonces á trabajar para sostener á los suyos—, logra triunfar al fin después de larga lucha: tal es, en una frase, la historia de este hombre.

¿La voluntad lo es todo en el hombre, según algunos filósofos? ¿Zola está dotado de una dosis heroica de voluntad? Para algunos espíritus superficiales la pregunta parecería ociosa, en presencia de los resultados que ha obtenido en veinte años de esfuerzos. Yo debo decir que he notado muchas veces gran admiración cuando se le habla de su voluntad. En el fondo, en la vida ordinaria, se siente muy débil, y cede casi siempre, sin duda por amor á la paz. Toda su voluntad literaria, dice á menudo, ha sido al principio la necesidad de hacer vivir á los suyos, necesidad combinada, es verdad, con una gran emulación.

Cuanto más dulce y conciliador se muestra en la vida, tanto más ambicioso y dominador ha sido en las cosas del espíritu. En el colegio y en la literatura siente una necesidad nativa de ser el primero. Si discute con alguien en el orden puramente especulativo, se rendirá difícilmente y le será muy penoso no tener razón. La emulación tiene en él tan profundas raíces, que se manifiesta aun en las circunstancias más insignificantes. Me ha sucedido jugar con él al ajedrez y ganarle. Y esto—según su propia confesión—le disgusta tanto en el primer momento como si le negase todo talento literario.

Cuando se apasiona uno de este modo por tan poca cosa, juzgad de qué resorte se debe estar dotado en presencia de cosas serias. Hay en él una llama intelectual, sin cesar encendida, que le impulsa á prodigarse para tratar de convencer á los demás. De aquí sus dotes excepcionales de polemista. La pasión llama á la pasión. Por eso se hace escuchar. Si no convence siempre á la multitud, sus demostraciones consiguen por los menos conmoverla, y ve uno encenderse bruscamente, como un reguero de pólvora, uno de esos grandes escándalos artísticos, literarios y hasta políticos que preocupan y apasionan á la opinión pública. Hombre de fe y de espíritu ardiente, es al mismo tiempo un sacerdote. Por muy positivista que se considere, tiene del sacerdote una gravedad dulce, una afabilidad tierna, y sobre todo una incurable melancolía, producida por el convencimiento de la pequeñez de todo. El cuerpo pesado por la falta de ejercicio, de una sensibilidad nerviosa, enfermiza, le predispone á la melancolía. La fe ardiente de que he hablado no existe en él más que en las horas de trabajo y en sus discusiones con los amigos. Pero cuando las ruedas de su espíritu cesan de funcionar, sobreviene la duda. ¿Permanece dos días sin trabajar? Vive como un alma en pena. ¿Ocho días? Caería enfermo.

Cuando el trabajo intelectual se os ha hecho hasta este punto necesario, cuando la vida llega así poco á poco á concentrarse alrededor de un



punto único, no es extraño que se produzca un desequilibrio. Todas las otras funciones continúan cumpliéndose, pero de cualquier manera. Examinemos, por ejemplo, «el capítulo de las mujeres». ¿Cuál será la conducta de este gran trabajador respecto á las mujeres? ¿Las amará? ¿Perderá horas y días en decirles galanterías ó en hacerlas hablar solamente, poniéndose á su alcance? ¿Se complacerá en medio de las faldas? Evidentemente, no. Lo mismo que Gustavo Flaubert, Zola no es un mujeriego. Siempre le he conocido amigos, nunca queridas. Es un perfecto marido, de una conducta ejemplar.

—¡Gran Dios!—le he oído decir riendo—, ¡otra mujer además de la mía!... ¡Pues no me haría perder poco tiempo!...

Si se discute delante de él respecto á la belleza de una mujer, se muestra de un gusto difícil y expone juicios severos. Con respecto á la inteligencia femenina, su severidad se trueca en desprecio.

Lo mismo que no es mujeriego, Zola tampoco es mundano. Un fondo de timidez natural le impedirá brillar en un salón. No porque tenga más dificultad para hablar que otro; pero delante de desconocidos y de indiferentes muéstrase reservado. No habla mas que entre amigos, cuando se apasiona. Delante de rostros que no le son familiares ó que no le son simpáticos, no pronunciará mas que algunas frases breves, agudas, dejando ver á los imbéciles que los juzga como á tales. Cuando se tiene ese exceso de franqueza, se pasa por un grosero. Más vale por lo

tanto no molestarse, quedarse en zapatillas al lado del fuego, en medio de un pequeño círculo de íntimos, delante de los cuales, sin procurar distinguirse, se puede decir todo. Esto es lo que hace casi siempre. Entonces es verdaderamente él: afectuoso, modesto, interesándose por todo, sabiendo escuchar, hacer caso de vuestro pensamiento, dejándoos penetrar en los más íntimos repliegues del suyo, sincero, y en fin, realmente simpático. No se le conoce verdaderamente si no se le ve en la intimidad. Y si tiene enemigos, es entre los que no le tratan.

Zola es, pues, absolutamente el tipo opuesto á esos comediantes del sentimiento que yo conozco: todo miel y dulzura delante de los desconocidos, todo seducción para las gentes que le ven por primera vez, y en el fondo hombres duros, falsos y perversos, que se complacen en atormentar á los que les rodean.

Durante el verano va á pasar algunas semanas á orillas del Océano; no escoge nunca Dieppe ni Trouville, sino la más ignorada, la más desierta de las estaciones balnearias. Cuando más grande es su celebridad, más evita á la multitud para escapar á las miradas lanzadas sobre él.

—No soy verdaderamente yo mismo y no estoy en posesión de todas mis facultades—dice algunas veces—sino aquí, en mi estudio, solo, delante de mi mesa de trabajo.

¿Un hombre que huye así de la multitud puede ser orgulloso? Sí y no. Hay diferentes clases de

orgullo. Es un orgulloso si se entiende por orgullo la legítima altivez de la inteligencia, el deseo de comprenderlo todo y de subir muy alto, y en fin, el instintivo desdén por la imbecilidad. Pero en el sentido estrecho y mezquino de la palabra, si por orgullo se entiende vanidad, Emilio Zola no es orgulloso. Tiene, al contrario, el sentido crítico demasiado desarrollado para no ser modesto. Tener el sentido crítico desarrollado es ver claro en él como en otro cualquiera; es tener el perpetuo sentimiento de la pequeñez de sus facultades y de la pequeñez del hombre. ¡Felices los artistas creadores que no se ven atormentados por este sentido crítico! Estos al menos pueden engañarse sobre su poder, vivir en un continuo deslumbramiento de sí mismos, gozar de su obra, que á medida que la contemplan encuentran más bella. Son como Courbet en éxtasis delante de uno de sus lienzos, con una sonrisa de satisfacción en los labios y repitiéndose á sí mismo: «¡Es gracioso! ¡es gracioso!» Son los grandes líricos creyendo que Dios habla por su boca, haciendo de profetas cuyos cantos anuncian el porvenir. Mientras que aquel de quien yo hablo no es mas que un desgraciado que duda de sí más que de los demás, que se martiriza sin cesar y ni siquiera puede leerse.

Una obra hecha es para él una obra que ya no existe. Muy raramente satisfecho de las tres ó cuatro páginas que produce cada día, concluye por ponerse enfermo, está tentado de rechazarlo todo

aunque ha carecido de él mucho tiempo; trabajador asiduo, metódico, que simplifica el trabajo, no hace mas que lo estrictamente necesario, y lo subordina todo á la tarea cotidiana; sin gran voluntad en las cosas de la vida, en las cuales se muestra dulce é indiferente; en religión y en filosofía positivista, poco preocupado de las cuestiones metafísicas, cuya solución no se encuentra actualmente bajo nuestros instrumentos de análisis, pero creyente en el progreso y atormentado por el deseo de lo absoluto, cuya irrealización se convierte en negra tristeza; en crítica muy perspicaz, severo con los otros, pero todavía más riguroso consigo mismo; por lo demás, como todos los hombres, lleno de contrastes, de inconsecuencias y de debilidades, en lo cual está él perfectamente conforme: tales son los rasgos principales de su fisonomía intelectual y moral.

Hoy, que ha logrado el éxito, no trabaja espolcado por el aguijón de la necesidad. Con lo que ha ganado y con lo que producen sus libros actualmente en librería, él y su mujer tendrían de qué vivir tranquilamente hasta el fin de sus días. Pero la costumbre de una producción literaria cotidiana se ha convertido para él en una necesidad, como en una segunda naturaleza. La máquina está montada, no hay peligro que se detenga. Si la lucha por el pan ha terminado, otros móviles también imperiosos están allí para decirle todas las mañanas: «¡Coge la pluma!»

A fin de trabajar en una tranquilidad comple-

ta, pasa ocho meses del año en Médan. Ha reunido allí sus notas, sus proyectos, sus papeles de todo género; en una palabra, ha instalado allí su verdadera residencia literaria permanente. Una estancia de cuatro meses en París cada invierno le basta para observar de cerca la vida general. Por otra parte, en París su existencia sedentaria y laboriosa no cambia sensiblemente. Las mismas personas que le visitan en el campo van á verle en la calle de Boulogne. Las horas de comer, de acostarse y de levantarse varían poco. Trabaja igualmente por la mañana. Por la noche no va mas que excepcionalmente al teatro ó á algún salón.

En suma, ni el dinero, ni el éxito, ni la celebridad lo han cambiado. Yo puedo certificarlo, yo que lo conozco desde hace muchos años y lo he visto pobre, lleno de deudas, todavía ignorado. No es uno de esos triunfadores insoportables, infatuados, duros con la gente pobre, que muestran con complacencia los resultados de su éxito ó los méritos de su personalidad. Su vida insensiblemente ha podido hacerse más holgada, pero no por esto se ha modificado nada en su carácter ni en sus gustos.

XII

La crítica y el público

Llego á la actitud de la crítica y del público ante Emilio Zola.

Hablemos por última vez de ese reclamo que, según la malevolencia y la envidia, busca constantemente. Como ya he dicho, éste se ha producido por sí mismo á consecuencia de la actitud de Zola como portaestandarte de un grupo. No es él quien hace el ruido; son los otros, que con su terquedad no quieren comprender y prefieren armar escándalo. En cuanto á él, en el retiro profundo donde vive, es el primero que se admira cada vez que uno de esos tumultos imbéciles le obliga bruscamente á interrumpir su labor y prestar atención.

—Pero ¿por qué gritan de ese modo?—dice entonces.

Esos días algunas veces son amargos. Siente disgusto de los hombres. Hasta su pasión única, la literatura, le parece vacía. Las frases no se dividen en el cerebro como de ordinario; se producen á cada instante tropiezos que le obligan á coordinarlas y á detenerse. Siente tentaciones de confundir á los in-

sultadores. Pero ¿para qué? Sería prolongar inútilmente el escándalo. Más vale no ceder á los nervios. Después de haber abandonado la prensa ha jurado no responder nunca. Además, quince años de insultos lo han endurecido, y concluye por ponerse al trabajo con serenidad, después de haber arrojado los periódicos que le cubren de barro.

En Médan, en un gabinete especial contiguo á la biblioteca, colecciona todo lo que han dicho de él. Elogios, críticas, calumnias, ultrajes, todo se encuentra amontonado en enormes paquetes atados. Todo esto duerme, esperando que alguien se entretenga en el trabajo considerable de una clasificación definitiva.

Él, á quien tantas veces se ha acusado de ser violento, no tendría mas que cortar algunos extractos de aquellos artículos; y estas muestras de la urbanidad de la prensa, fechadas y firmadas con el nombre de los autores, compondrían un gran volumen titulado *Sus injurias*, precedido de un prólogo sereno.

¿Cuál es la actitud de la crítica extranjera con respecto á este escritor francés tan injuriado por sus compatriotas? ¿Lo juzga con más parcialidad y rigor? Al contrario. Grandes estudios llenos de profundidad le han sido dedicados en todas partes: en Italia, en Rusia, en Alemania. En Rusia, especialmente, uno de estos estudios ha tomado las proporciones de un grueso volumen. En Italia conozco más de quince obras que tratan de él. Los diarios

se ocupan constantemente de su persona. Las discusiones sobre *il verismo* han creado una literatura italiana nueva. Además de Edmundo de Amicis, un hombre político notable, M. de Sanctis, que ha sido ministro de Instrucción pública, ha escrito grandes estudios y dado conferencias en Nápoles sobre el autor de los *Rougon-Macquart*. Si en Francia Julio Simón ó Julio Ferri hiciesen otro tanto, se escandalizaría la gente. En Italia nadie ha manifestado la menor admiración. España, más atrasada, sigue á Italia. Inglaterra, por razones de puritanismo, gusta poco de Zola, lo lee apenas y no parece tener de él una idea clara; sin embargo, una adaptación de *L'Assommoir*, bajo el título de *Drink*, ha sido representada 500 veces en Londres y otras tantas en provincias: total, 1.000 representaciones. De América estoy mal enterado; desconozco las apreciaciones de la prensa, pero sé que un editor de Filadelfia ha vendido 100.000 ejemplares de *Naná*, traducida, venta de la cual el autor no ha percibido un solo céntimo de derechos. En La Haya, M. Jan-Ten-Brink, profesor de la Universidad, ha publicado un compacto volumen en 8.º sobre Zola y el naturalismo. La docta Alemania no se ha quedado atrás y ha producido extensos estudios.

Racine dijo en el segundo prefacio de *Bajazet*: «La lejanía de los países separa en algún modo la demasiada proximidad de los tiempos: pues el pueblo no diferencia apenas entre lo que está á mil años de él y lo que está á mil leguas.» Lo que

Racine decía de la opinión del pueblo sobre los personajes de tragedia, puede aplicarse con no menos exactitud á las opiniones de la crítica sobre los autores. Sí; también en la crítica la lejanía de los países separa la proximidad de los tiempos, de suerte que los juicios del extranjero, en conjunto, y teniendo en cuenta el temperamento particular de cada nación, contienen una especie de avance de los juicios de la posteridad.

Acabo de citar á Racine. También el dulce, el tierno Racine, como todos los escritores originales, atrevidos y verdaderamente fuertes, tuvo motivos de queja de la crítica de su tiempo. Es preciso volver á leer los prefacios de sus obras. ¡Cómo se le siente sufrir á cada línea por la animosidad de sus detractores!

Zola recibe todos los días centenares de cartas de desconocidos. Las hay en todas las lenguas. He pasado algunas veces tardes enteras hojeándolas, con una sensación particular de cosmopolitismo, descifrando apenas algunos nombres propios en las rusas, las inglesas, las suecas, las americanas y las españolas, y traduciendo mal las italianas, llenas del éofasis del Mediodía.

Las cartas francesas son las más numerosas. Por lo regular están escritas por jóvenes que en su pequeña ciudad deben soñar con París y la literatura; en sus frases respetuosas se adivina un manuscrito que no osan enviar. También hay cartas de mujeres jóvenes soñadoras y sentimentales, que

no sospechan que sus efusiones pasarán ante los ojos de Mad. Zola. De sacerdotes conocedores del mundo, acostumbrados por la confesión á penetrar en el fondo del corazón humano, que van en secreto á confesarse á su vez con el novelista, al cual tratan como una especie de hermano en sacerdocio. De profesores de universidad que tratan de entablar pedantescas disputas. Las hay de iletrados que divagan, de originales que hacen chistes y de necios que le injurian. Las cartas de los locos y de las locas tampoco son raras. Pero lo que se destaca á pesar de todo del conjunto de esta correspondencia universal, diversa como la multitud, es una simpatía desinteresada y también la indignación, á veces elocuente, de gentes que, habiendo leído sus obras sin prevención, se escandalizan de las injusticias y de la ligereza de la crítica contemporánea.

Nada es eterno, después de todo, ni siquiera las leyendas. Todo lo que se puede hacer para inutilizar á un escritor lo ha hecho cierta crítica con Zola. Felizmente, el público se hace cargo poco á poco de las calumnias y descubre la injusticia. No hay más que confiar en él. El tiempo hará lo demás. En cuanto á mí, he querido simplemente dar en este estudio algunas notas sinceras que puedan servir algún día de documentos á algún crítico científico de talento y de conciencia, si llega á haberlo en nuestra literatura.

PAUL ALEXIS



ZOLA Á LOS CINCUENTA AÑOS



EL CALVARIO DE ZOLA

I



L año nos ha dado con la muerte de Daudet un adiós muy triste.

Le sacaron de su casa entre coronas salpicadas de lágrimas. Eximios cantantes de ópera le cantaron en la iglesia la *Rose des morts*, la *Solitude*, el *Sanctus*, el *Pie-Jesu*, el *Libera*. Luego se puso en marcha el cortejo fúnebre con los Zola, Fouquier, Drumont, Henri Houssaye, De Vogüé, Marcel Prévost, Clemenceau, Lepelletier, Bauer, Rochefort, Lemaître, la Academia Goncourt, Estéfano Mallarmé, Forain, Armand Silvestre, Catulle Mendes, Carolus Durant, Flammarión, Aurelian Scholl, Sarah Bernhardt, Jean Lorrain, Anatole France, Francisco Coppée, Victoriano Sardou, André Theuriet, Grosclaude... y otros y otros; toda la gloria científica, literaria y artística

de Francia; y en seguida el pueblo de amigos y admiradores, y casi todo el París intelectual.

Al pie de la tumba, Zola «rompió» á hablar entre lágrimas y sollozos.

Contábanse por miles los que habíamos esperado al gran muerto en el Père-Lachaise, de pie en las mesetas del cementerio, bajo un cielo espantosamente triste, helados hasta los huesos por un aire implacable; y cuando los carros cargados de espléndidas coronas desembocaron en la grande avenida del pueblo fúnebre, emprendimos á través de las tumbas una carrera loca, animados todos por la esperanza de oír algo del adiós que diese Zola á su amigo y compañero.

Pero Zola tenía un nudo en la garganta. La muerte de Daudet, aunque esperada hace tiempo por todos cuantos le veían agonizar poco á poco, ensombreció de penas el corazón del gran hermano en la familia literaria de los Flaubert, Maupassant, Daudet, Goncourt: Zola. Y como si no fuese bastante doloroso el recuerdo de que él, Zola, se quedaba solo en el mundo, silbáronle é increpáronle, cuando pasó con el muerto por el bulevar Saint-Germain, unos cuantos burros desalmados, inconscientes instrumentos de la campaña antisemita, que sirve de pantalla á tantas cosas, entre otras á la envidia literaria que el cerebro de Zola inspira á los Rochefort y Drumont... «¡Abajo Zola!...», «¡Abajo Dreyfus!...», gritaron aquellos beduínos; y Zola, con la cabeza baja, con mucha

tristeza en el alma y con todos los nervios en desordenado galope, cuando llegó al pie de la sepultura y quiso leer la cuartilla donde llevaba su discurso, no acertaba á ver á través de las lágrimas que le subieron á los ojos, y que fueron cayendo silenciosamente sobre el papel...

«...¡Que duerma, en fin, su buen sueño de inmortal, bajo coronas y palmas, el escritor que trabajó tanto, el hombre que sufrió tanto, dos veces mi hermano por el genio y por el dolor!» Y siguió llorando...

—Por aquí, por aquí—le decía una señora, la suya, que le guiaba como si fuese un niño á través de aquel laberinto de carne humana.

Y cuando aparecieron juntos, cogidos de las manos, á la salida del cementerio, miles de personas le fueron siguiendo hasta el coche, y todas las voces susurraron un mismo nombre: «Zola... Zola... Zola...»

Entonces levanté á mi muchachito, y enseñándole el hombre que pasaba, le dije:

—Mírale bien. Es Zola.

II

Había que ver el gesto en la Audiencia y en la calle: Rochefort, con ademán provocador, pasando por delante de Zola, arrastrándole el ala con la

donosura del gallo de Morón; Zola, olvidado de todo, con los lentes clavados en montones de telegramas que iba recibiendo de Europa y América; el público de diplomáticos, sabios, literatos, periodistas, autoridades, congestionado y convulso, revolviéndose con contorsiones de epiléptico; llenando toda la Audiencia el violento gesto de Labori, amenazador como una tempestad preñada de verdades; y llenando la enlodada calle, el piafar de una multitud clamorosa é inconsciente como todas las multitudes. Aquí Mad. Séverine saluda á Zola; allá un cochero gordo abraza á Rochefort, que pone mala cara; y en todas partes mézclanse vivas y mueras, exclamaciones de afecto y vociferaciones de odio...

Salieron juntos. El joven abogado iba como amparando con su cuerpo de acero la dolorosa vejez del pensador. Pesados alientos le rozan la cara; airados puños le dirigen amenazas á través de las portezuelas del coche. Al llegar á la calle de Bourgoigne, sepáranse el defensor y el defendido. Y uno de los periódicos más hostiles á Zola, *L'Echo de Paris*, vió lo que sigue:

«Zola quedó solo. A través del cristal del coche volví á ver su semblante macilento y contraído, sus ojos llenos de un desvarío melancólico.»

Fué su única mirada á la sesión de ayer. Ni colérica, ni indignada, ni altiva, ni satisfecha; mirada de pensador triste, de artista taciturno, de poeta desilusionado, *su* mirada en fin...

Lo había dicho, como movido por un presentimiento:

«Para que mi triunfo sea completo, necesito que un insultador vaya detrás de mi carro.»

Y desde la primera audiencia del proceso va Rochefort detrás del coche de Zola.

¿Por qué va?... ¿Qué poderosa razón le mueve á salir, siendo él, según ha dicho tantas veces, esquivo á la exhibición de su persona?... ¿Por qué no imita la abstención del astuto Drumont?... Si el antiguo deportado á Nueva Caledonia, adonde fueron á animarle tantas voces de aliento, está convicto y confeso de haber hecho desbordar, ayudando á Drumont, las corrientes de esa opinión pública que se revuelve airada contra Zola, llegando ayer á pedir su muerte, ¿por qué le sigue como la sombra al cuerpo ó como el verdugo al reo?... ¿Por qué entra después de él en la Audiencia y por qué sale pisándole los zancajos?... ¿Qué espectáculo tan lastimoso es ese que nos da en las postrimerías de su vida pública el hasta ahora defensor de los oprimidos?...

En todos los artículos de Rochefort contra Zola, en los de ahora como en los de antes, un observador que sepa disecar el gesto hallará siempre el germen de una odiosa enemistad literaria. No cuida de ocultarlo el mismo Rochefort, á veces arrebatado por la impetuosidad de su cólera. «¡Me revienta!—escribió cuando la muerte del autor de *Safo*—. De algún tiempo á esta parte esquivaba yo el trato de Daudet por no tropezarme en su casa con Zola. La proso-

popeya de ese escritor, que se cree el primero del mundo, me ataca los nervios.»

En el propio asunto Dreyfus, no puede prescindir de atacar al literato mucho más que al hombre. A su juicio, el literato es un quídam que ha plagiado unas Guías, y el hombre es un chiflado, según lo atestiguan unos cuantos médicos amigos de Rochefort. Y después de criticar de todos modos la famosa acusación de Zola, publicada por *L'Aurore*, del duelista Clemenceau—á quien nadie insulta por su fraternidad con Zola—, ha terminado por decir que aquel documento no fué pensado ni escrito por el autor de *Los Rougon...*

Y en el tormentoso paisaje de estas tardes de «bochorno» (aunque no estamos en verano), la cabeza de Rochefort se destaca netamente detrás de la de Zola; y cuando ésta se abate bajo el chubasco de injurias y calumnias, la otra se yergue para recibir vítores por carambola. Juntas van, aunque distanciadas por la materia encefálica, que es tan distinta en ambas; y si la cabeza de Zola cayese al cesto de la guillotina, la cabeza de Rochefort sería la primera que se asomaría á verla.

En esta horrible conjunción de dos cabezas que se odian, la de Rochefort tuvo ayer tarde una decepción amarga. En lo más terrible de la jornada, cuando la cabeza de Rochefort asomóse radiante de alegría detrás de la pálida, pero no abatida, cabeza de Zola, un lacayo entró con una soberbia cesta de hermosas flores que enviaba una marque-

sa. Y la multitud, que le dejó franco el paso, obligóle en seguida á volverse con las flores.

Porque no eran para la cabeza del redactor de



EL ESTUDIO DE ZOLA

L'Intransigeant... Eran para la cabeza del pensador de *Los Rougon*...

La multitud es en todas partes algo así como un gran animal que pasa berreando sin darse cuenta de por qué berrea. Si la consigna es «¡muera!», la

multitud berreará: «¡muera!» Si la consigna es «¡viva!», la multitud berreará: «¡viva!» Es un rebaño de carneros que dan rugidos de león con las gargantas enronquecidas por el ajenjo, por el aguardiente, por el *brandy* ó por la ginebra. El verdadero pueblo no vocea cuando se lo manda un ídolo, sino cuando se lo dicta la propia conciencia. El verdadero pueblo no va en manada á bailar al son que le tocan. Las turbas que rodean el Palacio de Justicia, desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, no son verdadero pueblo. Cornely lo ha consignado: «Toda Francia no está ocupada en gritar «¡Muera Zola! ¡Viva Rochefort!»

El verdadero pueblo sigue asistiendo á sus talleres, estudiando con calma y sin prejuicios la horrible tragedia que se desarrolla en el Palacio de Justicia. Las turbas de ahora son las turbas de antes, las turbas de siempre, las turbas que mancharon las grandezas de la Revolución; las que cantaron canallescos refranes alusivos á la entrada en Berlín; las que dieron á Boulanger inconscientes vivas, que pronto se trocaron en no menos inconscientes mueras; las que quisieron linchar al cochero que se llamaba Carrara, como el asesino italiano; las turbas que dieron vivas á la «ilegalidad» cuando Labori, fundándose en la tácita confesión del general Mercier sobre la existencia de la famosa pieza secreta, advirtió que Dreyfus no fué juzgado con arreglo á la ley; las turbas de toda la vida; las turbas de todos los países, con sus horribles gazznates,

donde anida la inconsciencia. «A duro por cabeza» contó Rochefort las de un grupo que vociferó contra él; á duro por cabeza pueden contarse casi todas las del ganado levantisco que al igual de una jauría sigue el coche de Zola.

¡Y eso es lo que se llama opinión, «opinión pública!»...

Ayer, después de la sesión, una mujer apostrofaba á todo el mundo, diciendo:

—¡Miserables! ¡Vendidos!

—Los miserables, los vendidos, ¿quiénes son?—le preguntaron.

¡Y no supo qué decir!

En la alcaldía de San Sulpicio fueron detenidas tres mozas que recorrían el bulevar Saint-Germain á los gritos de «¡Muera Zola! ¡Al agua Zola!»

—No le queremos mal—dijeron al ser detenidas—. Hemos estado en un café-concierto con unos estudiantes, y ahora seguimos la juerga voceando contra Zola. Pero igual nos da vitorearle que insultarle.

—¡La pieza secreta!—gritaban dos tipos en el bulevar Sebastopol—. ¿Quién no quiere ver la pieza secreta? ¿Quién no tiene su pieza secreta?

Atropellábanse las turbas por acercarse á los dos compradores, y mientras uno de ellos enseñaba un adefesio, el otro compadre, aprovechando el recogimiento de la multitud, iba limpiándola de relojes y portamonedas.

¡La multitud, la hermosa multitud que quiere

imponer sus berridos y rebuznos!... Si saliera del Palacio de Justicia un cónsul como el que salió del Directorio, la bravucona multitud volvería mansamente al redil, delante de la vara de fresno con que el nuevo cónsul fuese marcando su imperativo «¡Arre! ¡arre!»

III

Un periódico importante, por representar las ideas monárquicas, *Le Soleil*, mal enojado con los pensadores extranjeros que felicitan á Zola y con los corresponsales de la prensa europea que le aplauden en la vista del proceso, ha dicho fieramente:

«¿Qué les importan nuestras cosas? ¿Con qué derecho se meten en nuestros asuntos? ¿No podemos hacer lo que nos da la gana en nuestra casa?»

Le Soleil olvida que podría preguntarse á estos periódicos, principiando por el mismo *Le Soleil*, con qué derecho se entrometen en los asuntos de Europa. España, por ejemplo, que generalmente trata á Francia con afecto y admiración, podría preguntar á *Le Soleil* y á los demás periódicos parisienses con qué derecho vienen ocupándose de la cuestión de Cuba desde que empezó la guerra, del asunto de

Montjuich, etc., etc., en artículos que, por regla general, no dicen bien de España. Si por amor á la humanidad, según escribieron *La Libre Parole*, *L'Intransigeant*, *L'Echo de Paris*, *Gil Blas*, etcétera., estos y otros periódicos creyéronse obligados á defender á Gana (el víctima de Montjuich), por el mismo amor á la humanidad, aparte de otras consideraciones respetables, los periódicos españoles créense obligados á protestar contra los gritos de «¡Muera Zola! ¡Al agua Zola!»

Por otra parte, si París es la *ville-lumière*, el «cerebro de la humanidad», el «escenario del mundo» y otras maravillas que la fama reza, parece natural que la prensa europea tenga en París representantes que la informen imparcialmente de lo que piensa el cerebro de la humanidad, de las figuras que se mueven en el escenario del mundo y de los chorros de luz que despide la *ville-lumière*.

El chauvinismo francés, como el jingoísmo yanqui, es una calamidad pública que arrastra á *Le Soleil* á aislar á París por medio de otra muralla de la China, como arrastró á *Le Jour*, cuando lo redactaba Charles Laurent, á pedir el anatema para todos los extranjeros, á cuyo concurso, principalmente, débese que París sea el escenario del mundo y que Francia sea una nación rica.

No sé á punto fijo lo que hayan sentido mis compañeros; pero de mí puedo decir que con verdadero dolor de alma he leído cosas como esta de *L'Intransigeant*:

«M. Zola, amparado por algunos policías, diríjese hacia la salida del bulevar del Palacio. La multitud, que ha conseguido romper el cordón de guardias, le sigue injuriándole. Zola, macilento, desfallecido, casi es arrastrado por el abogado Labori para que pueda franquear la verja. De todas partes surgen terribles gritos de: «*Compuez Zola!*» La policía carga para dispersar á los manifestantes. La multitud quiere acercarse á Zola, enseñándole los puños. Un hombre avanza, le pone el puño en la nariz, y le grita: «¡Crapuloso! ¡Miserable! ¡A muerte!» Y la multitud repite: «¡A muerte! ¡Al agua!»

Y yo he leído estas cosas y he visto parecidas escenas con profunda pesadumbre, no por Zola, ciertamente, sino por Francia, por la redentora misión de Francia en Europa, por el derrumbamiento de la confianza que todos teníamos en que París era el último baluarte de la libertad, el asilo del pensamiento humano, el arca santa donde podían guarecerse todos los proscritos del planeta, el París ensalzado por Zola sobre todas las cosas de este mundo, en el último folletín con que remató su obra en *Le Journal*, el mismo día precisamente en que París le gritaba: «¡Crapuloso! ¡Miserable! ¡Al agua!» ¿Dónde ir ya á reposar de las angustias del pensamiento perseguido? ¿Dónde á respirar el «gran aire» del Barrio Latino? La humanidad está de luto. Porque París ha muerto. Los soldados de Moltke que invadieron la plaza de la Concordia no profanaron á París tanto como lo ha profanado esa multitud

que asalta el Palacio de Justicia pidiendo la muerte de un gran hombre que no piensa ni siente como el vulgo. Y yo me explico la tristeza de los extranjeros que aman á Francia, la tristeza de muchos franceses á quienes avergüenza la monstruosidad de este espectáculo sin ejemplo en la Historia. ¡Ah, sí; ha muerto todo cuanto amábamos, y la verdadera imagen de París es la de una madre hollada por la soldadesca!...

Zola es, en este caso, la encarnación del espíritu francés de otros tiempos; del espíritu de los Voltaire, Beaumarchais, Renán, sobre todo de Renán, cuyo pensamiento pugnaba con las tradiciones de la patria.

Con muy buen juicio, Barrés ha analizado el «caso» de Zola.

«Si Francia es el medio donde Zola ha conquistado su inmensa fama literaria, no es menos cierto que Zola ha vivido en constante lucha con el público. No se ha adaptado á nuestro medio. *No piensa como nosotros.* Nos contraría constantemente. Ha podido sentirse como un paria en nuestro país. Pocos hombres han sido tan vilipendiados por la prensa y por los salones. La Academia le ha preterido por literatos inferiores á él. *La Débâcle*, en cuya novela narra (desde un punto de vista más humano que francés) la catástrofe del 70, hirió profundamente al elemento militar. Más de una vez ha tenido que sufrir la hostilidad del militarismo, expresada de modo inadmisibile para un escritor...»

Todo esto es cierto, rigurosamente exacto. El cerebro de Zola no es francés—como tampoco ruso—, sino cosmopolita, y su misma figura no es francesa. La primera vez que le vi, en un banquete de *La Plume*, me pareció una cabeza española ó italiana, con un color tan antifrancés por lo malo, y con unos ojos tan antifranceses por lo grandes, negros y profundos.

Pero no creo que esto sea motivo bastante para que le corten la cabeza á un hombre. Renán no pensaba en francés. Elíseo Reclús tampoco piensa en francés.

Pero éste y otros pensadores entienden que pueden pensar lo que quieran en el país de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad; y lo que ocurre á Zola ha venido á probar que, moralmente al menos, París es un Montjuich. Ya no hay derecho á llamarnos bárbaros inquisidores. ¡Todos somos unos!

Y así las cosas, por los suelos la cacareada libertad del pensamiento y la no menos cacareada inviolabilidad de la conciencia racional, resulta que el anarquista Etievant lleva razón en resistirse á nombrar abogado defensor (siendo un mito el derecho de defensa), y en dedicarse á leer cualquier cosa, la *Raison Passionnal* de Corognel, diciendo al que quiere oírle:

—Me importa un comino lo que hagan conmigo. Lo único que quiero es que me corten la cabeza.

IV

No puedo ni debo discutir el fallo que impuso á Zola un año de prisión y 3.000 francos de multa. París, la inmensa mayoría de París, lo ha aplaudido. Hay excepciones. Pero la impresión general es favorable á la sentencia.

¿En qué condiciones falló el Jurado? Van á decirlo por mí un periódico conservador y un periódico revolucionario.

De *Le Matin*:

«Labori quiere hablar... Pero las pasiones se han desencadenado á tal punto, que los oficiales que habían invadido el local de la Audiencia gritan que *no quieren que hable más*. Zola les dice: «¡Carníbales!...» Labori, amparado por la ley, intenta hablar. Los oficiales agitan sus kepis, gritando: «¡Abajo Zola!...» Suspéndese la audiencia... Léese el fallo... Una explosión de bravos y un formidable (*sic*) acogen la sentencia... Miles de personas prorrumpan en gritos de: «¡Mueran los judíos!... ¡Abajo Zola!...» Es algo espantoso y lúgubre. Los amigos le estrechan en silencio la mano. A su saludo, la señora de Zola llora...»

De *La Petite République*:

«El Jurado no podía evitar el fallo condenatorio. Para escapar á las garras que le atenaceaban, habría necesitado un alma sobrehumana. Sus miembros habrían recibido amenazas de ruina y saqueo si absolvían á Zola, seductoras promesas si le condenaban. En gruesos caracteres de letra varios periódicos publicaban diariamente sus nombres, direcciones y oficios... Sus familias han sido visitadas por sacerdotes, hermanas, grandes damas y misteriosos señores, que les anunciaban la deserción completa de la clientela si el fallo era absolutorio. Los generales les han dicho: «Si absolvéis á Zola, mandaremos vuestros hijos al matadero.» El presidente Delegorgue les dijo: «No se trata aquí del interés de la justicia, sino de la salud del Estado.» M. de Boisdeffre les gritó: «Escoged entre los jefes del ejército y el acusado.»

Sí; el fallo gusta extraordinariamente. La sentencia del Jurado es la sentencia de París. A los antisemitas no les cabe el gozo en el pecho, y el antisemitismo entraña muchas cosas. Amílcar Cipriani lo ha definido diciendo que es una forma militante de la burguesía clerical y cesariana, ligada con los detritus de la nobleza en una acción común contra la República. El mundo militar está satisfecho. En vano Gérault Richard ha dicho cruelmente: «En fin, el Estado Mayor tiene un boletín de victoria, lo que no le había ocurrido de cincuenta años á esta parte.» El mundo militar entiende que el

fallo del Jurado destruye *La Débâcle* y su famoso *J'accuse!*... El mundo clerical está igualmente satisfecho. «Los curas—dice la prensa—aplaudieron estrepitosamente la condena. Un sacerdote joven invectivó violentamente á un periodista que le indicó que se callase.» Para ellos el fallo del Jurado destruye las páginas de *Roma* y *Lourdes*. Los enemigos literarios de Zola, como Rochefort, baten palmas de júbilo. Drumont, sin embargo, no está completamente satisfecho, y solicita del general Davout que borre á Zola de la lista de los miembros de la Legión de Honor.

Después del fallo no se calmaron por completo las pasiones. «*De temps à outre, des clameurs pénétraient lugubrement dans la salle—dice Le Matin—où l'on percevait ces mots: A bas Zola! MORT A ZOLA!*» La única persona que está verdaderamente triste es Labori. Porque él había dicho al Jurado:

—No condenéis á Emilio Zola, no le condenéis, señores del Jurado; vosotros sabéis bien que Zola es *el honor de Francia*.

(*On siffle. On hué. Des cannes heurtent le parquet en cadence.*)

¿Y Zola? Mientras el Jurado delibera, el maestro lee maquinalmente en un libro cualquiera que encuentra en una mesa. Un amigo le da un panecillo, y Zola lo roe con el gesto de Luis XVI cuando le dieron melocotones en la Asamblea nacional que iba á condenarle á muerte. La señora Mirbeau va á estrecharle la mano. La señora de Zola se niega á

salir de la estancia, y sigue llorando. La señora de Labori, una inglesa muy fina, pero dura como un acero, no sólo se niega á salir, sino que dice en voz alta:

—Si hay que dar golpes, ¡que vengan!...

París está tranquilo, sonriente. Muerto el perro —¡perdóneseme el símil!—, se acabó la rabia. Condenado Zola, se acabó, al menos por ahora, la excitación de los espíritus. Cierto que queda la duda en muchísimas conciencias... Cierto que vibra en el espacio el «¡Caníbales!» del reo... Pero en fin; el muerto al hoyo, los vivos á divertirse. El comercio se quejaba de Zola. Parece que Zola tiene la culpa de que las importaciones en el mes de Enero hayan aumentado 13.199.000 francos y las exportaciones hayan disminuído 1.840.000 francos. Parece que Zola tiene también la culpa de que la matanza de animales haya disminuído un 5 por 100, causando á los fondistas un perjuicio de 20 á 25 por 100. Los viajeros ricos escaseaban. Culpa de Zola. El Carnaval hizo fiasco. Parece que Zola es el culpable de la desanimación.

Como se ve, todo esto es muy grave. ¡El comercio ante todo! Ya lo dijo ayer Lepelletier: «Sálvense los intereses del país y perezcan los principios y las ideas.» O de otro modo: sálvense los *principios* y perezcan las ideas.

«¡Mal haya Zola, turbador de las habituales alegrías de París!», es la exclamación general. Todo el mundo quiere vivir tranquilo y con regalo. Para

vivir así es preciso continuar en el carril de la vida, y Zola nos había descarrilado. Símbolo de la crisis nerviosa que atravesábamos es el señor Lervé, asiduo concurrente á las sesiones del proceso, el cual caballero salió de su casa en camisa, y subiéndose al tejado empezó á gritar:

—*A bas Zola!*

Como era él el que estaba en peligro de venirse abajo, corrieron á evitar que no se cayese del nido.

Empresa difícil.

«Porque—dice *Le Figaro*—*on le trouva à quatre pattes...*»

V

Como se acerca Carnaval y París persigue el propósito de restaurar los esplendores de una fiesta que en todas partes ha caído en desuso, los estudiantes se reúnen todas las noches á deliberar sobre las novedades de las próximas Carnestolendas.

¿Qué puede dársele á un público descontentadizo y gastado? La cabeza de Zola. Y no les falta razón. Si Dantón creyó que su cabeza valía la pena de ser mostrada al público de las ejecuciones revolucionarias, la cabeza de Zola merece la pena de

ser mostrada al mundo por admiración á Francia y orgullo de la humanidad.

Pero los señores estudiantes no lo entienden del mismo modo, á pesar de las diarias explicaciones y satisfacciones que Zola les da, y á juicio de ellos, la cabeza del genio no es un prestigioso trofeo, sino un cabezón como los de los gigantones de Zaragoza.

*Mil' Zola est comme ses patrons:
Plus il devient vieux, plus il devient bête!...*

cantan, con regocijo público, representantes de la juventud escolar, tantas veces defendida y animada por la pluma de Zola. Y Zola, en París, en el París del arte, en el «cerebro del mundo», en la ciudad donde tanta sangre se ha derramado por la libertad del pensamiento, se ha convertido en mamaracho carnavalesco á quien se pasea irrisoriamente por las calles de la *ville-lumière*. Ayer le llevaron al Panteón, al sepulcro donde yacen los Voltaire y Rousseau, y ante el monigote de cartón y trapo quemaron la carta que dirigió Zola al presidente de la República, siempre cantando:

*Mil' Zola est comme ses patrons:
Plus il devient vieux, plus il devient bête!...*

—Dejadme decir lo que pienso y siento—exclama Zola—. Ni soy enemigo del ejército, que es todo el pueblo francés, ni le he maltratado. Acuso, sí, á ciertas entidades que á mi ver no cumplieron sus

deberes al juzgar á un hombre que creo inocente, y á quien necesito defender para vivir tranquilo, porque de no hacerlo así, mis noches estarían turbadas por el espectro del hombre que expía, encajonado en una roca, un crimen que no cometió. ¡Juventud generosa, juventud noble, oye, dignate oír mi defensa! No rehuyo responsabilidades, y como no las rehuyo, me he sometido á la ley, resuelto á ir á la cárcel, á perder mi nombre, mi popularidad, cuanto amo en el mundo.

La juventud noble y generosa contesta:

*Mil' Zola est comme ses patrons:
Plus il devient vieux, plus il devient bête!...*

Y la juventud de provincias hace coro á la juventud de París; la juventud de Nantes, de Toulouse, de Nancy, de esa villa de Nancy tan llorada por Zola al abandonarse á cuatro hulanos invasores... Ya no es genio, ni literato, ni nada. ¡Ya no es francés! Es italiano, porque lo era su padre; italiano traidor, vendido igual á Dreyfus, merecedor de otra solitaria roca en el Atlántico, á merced de rabioso oleaje que le escupe al rostro el despreciativo salivazo de todo un pueblo. No le han pegado ya, porque no se exhibe; no han invadido su casa, porque la policía guarda la puerta. Pero lo insultan, lo escarnecen y le pegan en efigie, siendo la efigie un mono carnavalesco.

Por fortuna suya, no puede ser tildado de judío, porque su fisonomía es cristiana. En la manifesta-

ción que hubo ayer en Nantes fueron apabullados dos transeuntes que parecieron israelitas. Y un periódico, elogiador de estas manifestaciones, advierte:

«No consiguieron escapar, aunque deseaban ocultarse. Los delató la forma de las narices, largas y curvas.»

Por fortuna mía, tengo una nariz que no me la merezco, una nariz como una patata. Si no fuera por eso, tendría que sacarla enfundada, y no chocaría á nadie, porque se ha anticipado Carnaval, un Carnaval muy triste, en el que hace de «buey gordo» el primer hombre de la Francia contemporánea.

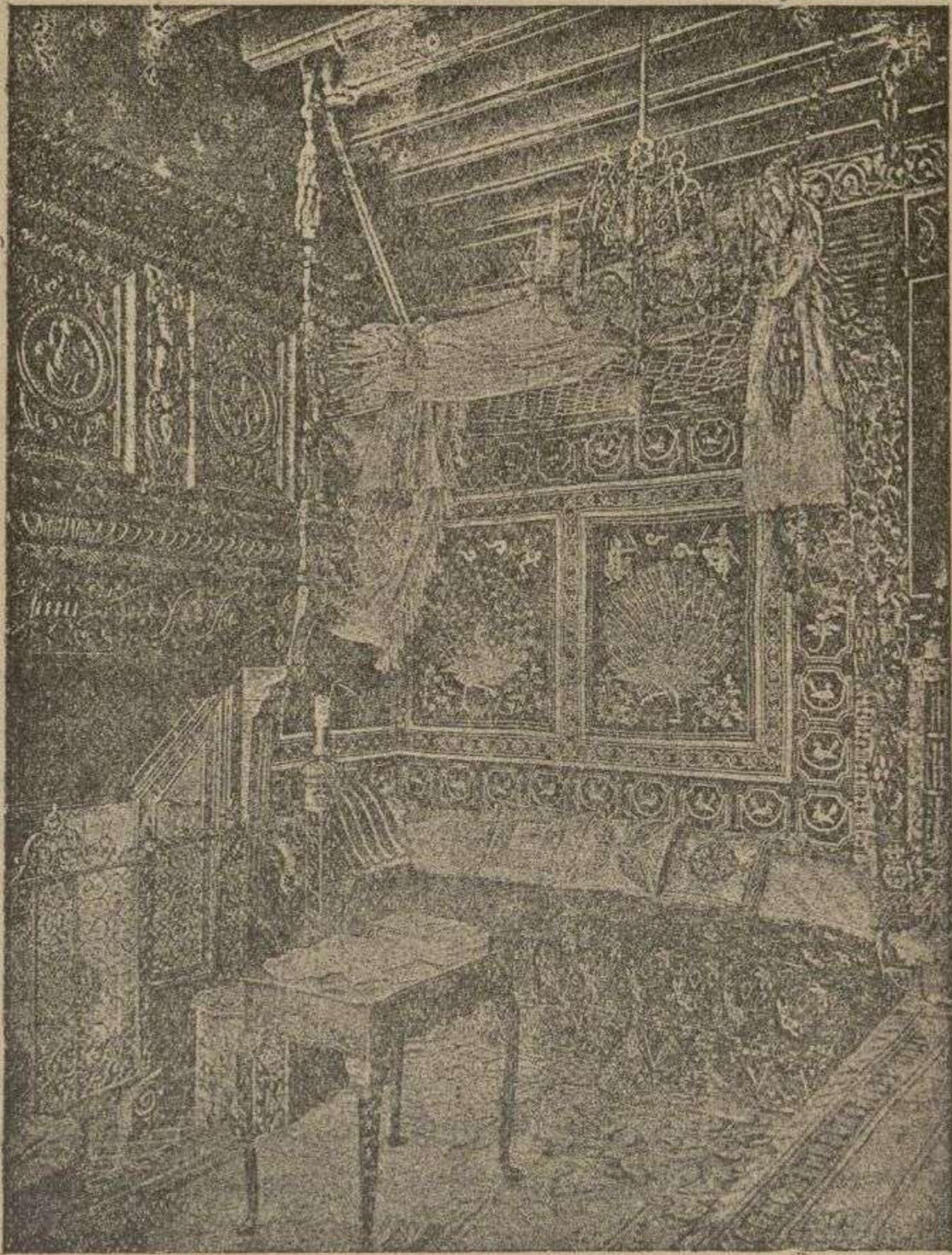
VI

Aludiendo á la acusación publicada por *L'Intransigeant* de que Zola estaba tranquilamente en Burdeos «con su mujer y su perro» cuando ocurrió la catástrofe del 70, el general De Pellieux dijo:

—¿Puede acusarse de haber juzgado contra su conciencia á los oficiales del consejo de guerra, que vertieron su sangre en los campos de batalla, *mientras otros estaban no sé dónde?*...

Y Zola, airado, interrumpió:

—Hay varios modos de servir á Francia. El señor



UN RINCÓN DEL ESTUDIO DE ZOLA

general De Pellieux «pudo» ganar batallas; ¡yo he conquistado victorias! Mis obras han llevado la fama de la lengua francesa á todos los rincones del mundo. Legó á la posteridad el nombre del general De Pellieux y el de Emilio Zola: ¡la posteridad elegirá!...

En el fondo de este proceso, donde se han ventilado tantos puntillos de honra, late la encarnizada rivalidad del sable y la pluma. Para el general De Pellieux, como para casi todos los generales del mundo, la pluma es un chisme inútil, cuando no perjudicial.

Para Emilio Zola, como para casi todos los literatos del mundo, el sable es un instrumento de carnicería. Los De Pellieux han manifestado siempre en voz alta el desprecio que merece la pluma á los hombres de guerra como Moltke y Bismarck, cuyos anatemas á la prensa pasarán á la Historia. Los literatos han sentido siempre en presencia del sable un asco invencible. Pero sólo Zola se ha atrevido á sostener el derecho de la pluma frente á las arrogancias del sable.

Y nótese bien que el autor de *La Débâcle* no ha combatido al ejército como institución necesaria á la defensa de la patria. Su *Carta á la juventud* es un canto al ejército popular, á todo el pueblo, que tiene el deber de ser soldado y que irá á la muerte cuando el enemigo se asome á la frontera. La protesta de Zola va enderezada á los militares de profesión, á los soldados por oficio y beneficio, á los in-

dustriales de la milicia, pagados por el pueblo para dirigirlo contra el enemigo en la guerra, no para tiranizarlo en tiempo de paz con el sable que puso en sus manos el mismo pueblo y con la infalibilidad de la conciencia de los Consejos de la milicia.

Lo que parece inadmisibile á Zola es que un Consejo formado por él, Tolstoi, Bjørnson, Ibsen, Pí y Margall, etc., pueda equivocarse—y de hecho se equivoque—, y que un Consejo formado por unos comandantes y coroneles no pueda equivocarse nunca. Lo que resulta irritante es que tales comandantes y coroneles hablen despreciativamente á escritores, periodistas, abogados, etc., en un país donde todos esos abogados, periodistas, escritores, etc., han sido soldados, tan soldados como los comandantes y coroneles, y están dispuestos á volver á coger el fusil cuando llegue la hora de que los comandantes y coroneles los lleven á la muerte. Y lo que resulta verdaderamente monstruoso es que á fines del siglo llamado de las luces, en la ciudad calificada de «cerebro del mundo» y en la más grande de las repúblicas de Europa, el público otorgue todas las prerrogativas al sable, que guía á la matanza, y escarnezca á la pluma, que guía á la reivindicación del derecho y la justicia...

VII

¿De Zola? ¿Vamos á hablar de Zola? ¡No, amigos míos! Imaginen ustedes que á Zola le quiero yo, y le admiro y venero de tal modo, que al leer la sentencia condenatoria me sentí súbitamente enfermo (palabra de honor) y experimenté una impresión parecida á la que sentí la tarde, triste para mí, en que me dijeron: «Tu padre ha muerto...» No, yo no puedo hablar de Zola. Pero me atrevería á hacer por él lo que pocas veces haría por mí mismo, que no valgo la pena: *ipelear!*... No me importa Dreyfus, ni Esterhazy, ni la cosa juzgada, ni el copón; me importa *Él*. Y eso es lo que no se comprende en Francia; que nuestra simpatía y nuestro respeto por Zola son cosas absolutamente independientes del pavoroso drama cuyo escenario es la isla del Diablo.

¡No, no hablemos de Zola! Hablemos del pueblo francés, cuya mayoría se compone de socialistas y anarquistas.

Ya lo he dicho en otra ocasión: los socialistas están completamente desacreditados en París. Por una parte, como partido, no han concretado una fórmula para llegar al poder. Por otra parte, como

personalidades, el modo de vivir de los Jaurés, Rochefort, Guesde, etc., no se ajusta á la religión del socialismo. En el proceso de Zola, unos, como Rochefort, han influido inmensamente en el descarriamiento de la opinión pública, haciendo contra Zola una campaña que no harían contra un tirano; y otros socialistas se han cruzado de brazos, no atreviéndose á chistar ó no conviniéndoles hacerlo en favor de los verdaderos principios que sirven de sostén á la República. Gérault Richard, el de las bofetadas á la Cámara, ha defendido á Zola; pero la masa socialista siguió la dirección que le impuso Rochefort.

¡Cuán distinto proceder el de los anarquistas! Estos hombres, que viven dedicados á una labor intelectual verdaderamente pasmosa—véase el catálogo de obras que publicaron el año pasado—, han luchado como fieras en defensa, no de Zola precisamente, sino del respeto á las leyes de la República—¡ellos, los anarquistas!—, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. La protesta del famoso mitin del Tívoli fué cosa de ellos. No se contentaron con vocear discursos: *pelearon*. Arrancaron las banderas que servían de pabellón al odio á Zola, y clavaron las de la libertad en trincheras defendidas por pelotones de socialistas mezclados con jesuitas de levita y militares reaccionarios. En la Audiencia, las únicas voces de protesta contra los atropellos del derecho fueron voces anarquistas. La pluma de Juan Grave animó á Zola en su acti-

tud. La palabra de Sebastián Faure protestó virilmente de las ilegalidades del proceso. Y dióse el extraño espectáculo de que fuesen anarquistas las únicas voces que sonaron á lo largo de los bulevares demandando *libertad é igualdad*.

Hay que consignarlo mirando al porvenir. Los anarquistas han sido esta vez los únicos guardianes de eso que se llama santuario de las leyes. Y un austero republicano español, que por cierto mira de reojo el movimiento anarquista, me decía ayer:

—Me duele confesarlo: en esta República los únicos republicanos son... los anarquistas.

VIII

Algunos periódicos censuran el «entierro» del proceso incoado contra Zola. *Le Gaulois* hace más. En *Le Gaulois*, un señor Desmoulins denuncia que se ha hecho una edición alemana de *La Débâcle*. El «ciudadano *Yo acuso*», como Desmoulins llama al autor de *La Débâcle*, merece, pues, morir empalado.

¿Por qué se echa tierra al proceso Zola, como al proceso Urbain Gohier? «Porque ha llegado la era de la pacificación», advierte *Le Journal*.

En efecto; ¿quién se acuerda ya de las cuarteladas contra Zola, de los motines contra Zola, de las

pedradas que rompieron los vidrios de su casa, de los airados puños que le amenazaron el rostro, de las vomitonas de injurias y calumnias que una prensa infame echó sobre la personalidad del gran ciudadano francés, sobre su familia, sobre su hogar, sobre todo cuanto él ama y respeta?... Los senderos de Médan, por donde pasea él en velocípedo, se han limpiado de los cascotes que manos horribles pusieron allí para hacerle tropezar...

...Se han borrado los infamantes letreros que otras manos horribles pusieron en el muro de su propia casa... Se ha reconstruido, recogiendo los pedazos dispersos por otras manos horribles, la barca *Naná*... Y de todo aquel horror que se llamó «canibalesco», no queda nada, nada. A la entrada de mi galería, que á falta de tapices está empapelada con caricaturas célebres, se destaca *Le roi des porcs*, publicado por *Le Musée des Horreurs*. Un cerdo con la cabeza de Zola, sentado, con la colección de *Los Rougon*, tiene una bacinilla en la mano izquierda y en la derecha una brocha, con la que va manchando de excrementos el mapa de Europa... La caricatura, que antes indignó, hace reír. Los que ahora la ven, observan entre risas: «¿Es posible que París, la metrópoli del ingenio, haya podido incurrir en tales vulgaridades y estupideces?»

Y mientras la obra de la vulgaridad, de la estupidez y de la infamia va borrándose de la memoria, la obra de Zola en este año trágico, el *J'accuse* y *Fécundité*, destácanse luminosamente, y al desta-

carse en un nimbo de gloria vuelve á ser atacada por la rivalidad y la envidia literarias, quedando probado que lo que verdaderamente se atacó entonces no fué al defensor de Dreyfus, sino al literato de los *Rougon*, el escritor cuya fuerza estorba y

cuya gloria despierta los más punzadores antagonismos.



LA DIVERSION DE ZOLA EN
MÉDAN

(*L'Eclair*, 1891)

El pueblo fué entonces un factor á la merced de enemigos personales de Zola. Igual en todas partes, el alma del pueblo no se dió cuenta de lo que hacía. Hombres que, como ha contado *Le Figaro*, escriben á sus hijos, soldados en Argelia, que tomen precauciones al salir de paseo, porque han oído que hay guerra en el Transvaal y

pudiera herirles una bala perdida, vociferaban contra Zola porque alguien les dijo: «¡Ese es tu enemigo! ¡Mátale!»

¿Qué sabía el pueblo? No conocía á Zola. Todavía no le conoce, ni siquiera personalmente, á pesar de los retratos, de las caricaturas y de *Le Musée des Horreurs*.

El otro día, estando yo en espera de la salida de *Le Temps*, vi que Zola cruzaba el patio del Havre,

en la estación de San Lázaro. Muy bien vestido, sin afectación de dandismo, con largo y recio levitón de invierno, me pareció muy mal de salud, con andar atáxico, con color de cirio, marchando vivamente, pero con viveza forzada, con un no sé qué de tic nervioso, que fué más visible cuando Zola cruzó, con inquietud, el bullicioso espacio que media entre el patio del Havre y la calle del mismo nombre.

Con la cabeza baja, surcada á lo ancho de la frente por tenaz arruga, que parece esculpida por el Dolor, fué pasando inadvertido por entre la multitud de voceadores de periódicos, de los mismos que antaño vocearon contra él y los suyos toda suerte de improperios, de parroquianos del Café Terminus, de un mundo de viajeros y viajeras, del pandemonium de la estación de San Lázaro; y así, completamente inadvertido, llegó á la calle del Havre, se detuvo frente á la vitrina de



ZOLA TOCANDO EL ARMONIUM

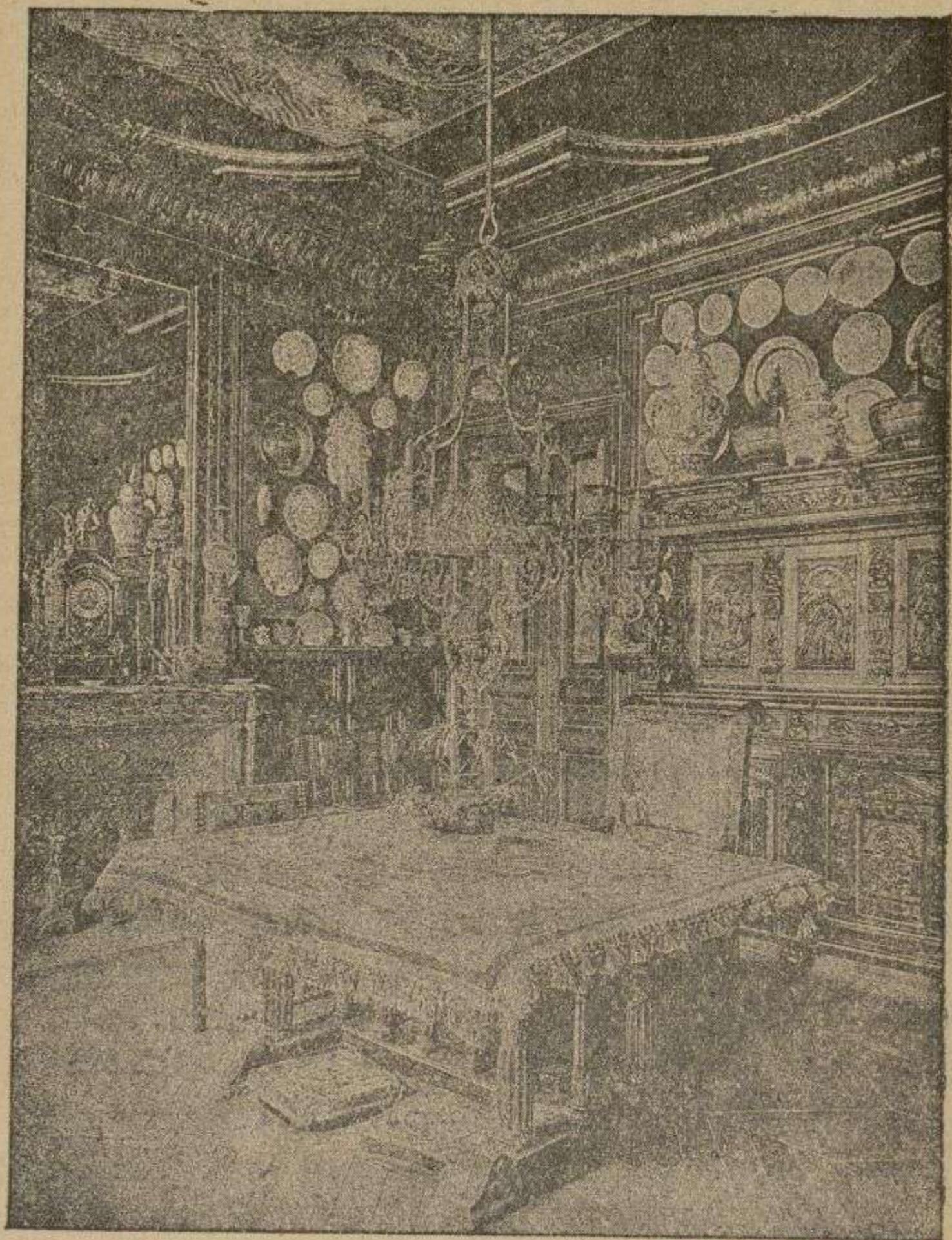
(Dibujo de Desmoulins en *Paris Illustré*)

una confitería, miró profundamente, por largo tiempo, unos potecillos de miel, los miró tanto, con tan sostenida atención, que recelé que estuviera pensando en otra cosa, y poco después entró en la casa número 3 de la calle del Havre.

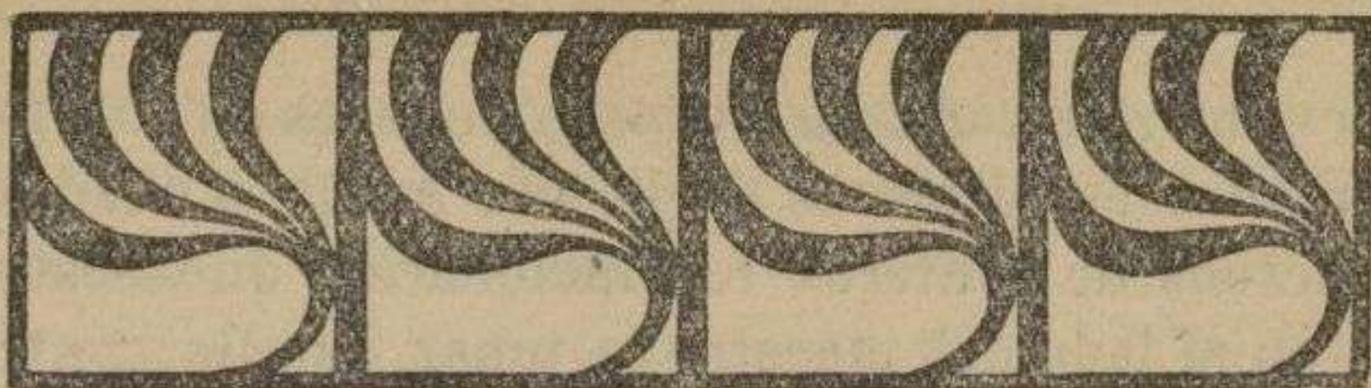
Excepto yo, nadie le había visto. El grande hombre, el autor de los memorables *Rougon*, el soberano del gesto, que con el de *J'accuse* conmovió al mundo y levantó tantos puños y tantas tempestades, era un desconocido más en el revuelto montón de las multitudes, una arista en el flujo y reflujo de la marea humana, que hace poco quiso matarle...

L U I S B O N A F O U X





EL COMEDOR DE ZOLA



UNA VISITA Á ZOLA



UE DE BRUXELLES, 21 BIS.—Una gran casa, con el doble portal siempre cerrado. Al través de los espejos sin azogue de las ventanas del piso superior brilla el bronce de las lámparas, y entre los tapices antiguos se destacan como manchas de nieve brazos de mármol, cabezas de estatuas: los amigos mudos y eternamente bellos que acompañan al artista en su soledad.

El timbre estremece un augusto silencio de casa señorial, y al abrirse la puerta recibe el visitante una bocanada de esa atmósfera de los museos, hábito del amontonamiento de cosas antiguas que parece la respiración de la Historia.

Las jardineras del portal son sarcófagos romanos con teorías de amorcillos y plañideras, en cuya cavidad marmórea, de un suave color de ámbar, crecen las plantas sombrías; las paredes desapare-

cen cubiertas por telas vistosas, relieves de altares, frontones escultóricos de la Vía Appia y cuadros modernos de pintores revolucionarios que sostuvieron al lado del maestro la tenaz batalla contra las tradiciones artísticas. En un gran lienzo, frente á la escalera, la Verdad surge del pozo con su espléndida desnudez y se retuerce entre los brazos de un esbirro enmascarado que pretende hacerla suya. Es el símbolo de la vida del gran artista.

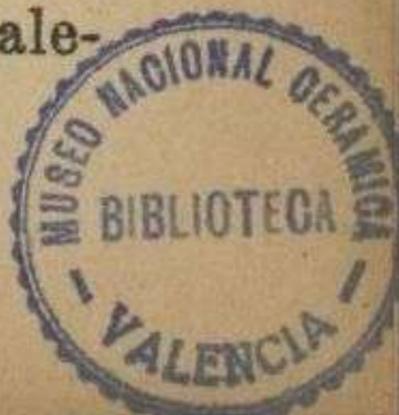
Subo guiado por un servidor hasta el famoso estudio del maestro, pieza de mueblaje medioeval con gigantesca vidriera gótica, tantas veces reproducida por la fotografía y el grabado. Antes de haberla visto, los admiradores de Zola estamos ya familiarizados con ella, como si fuese la habitación donde vinimos á la vida. Detrás de los cortinajes de impenetrable espesor se adivina el dormitorio, con su famoso lecho como un monumento rodeado de verja, y las demás piezas, de un lujo artístico y antiguo, amontonado por el novelista á punta de pluma, con el frío y rabioso deseo de vengarse de los años de miseria sufridos en el Barrio Latino.

Un paquete de negras lanas pasó arrastrando por debajo de los tapices, y saltó en el estudio un gozquecillo de ojos de diamante, delatando con su ladrido alegre y su gordura satisfecha el bienestar de las bestias que acompañan á un matrimonio sin hijos. Cuando más ocupados estábamos en defender nuestros pantalones de sus saltonas patas, una

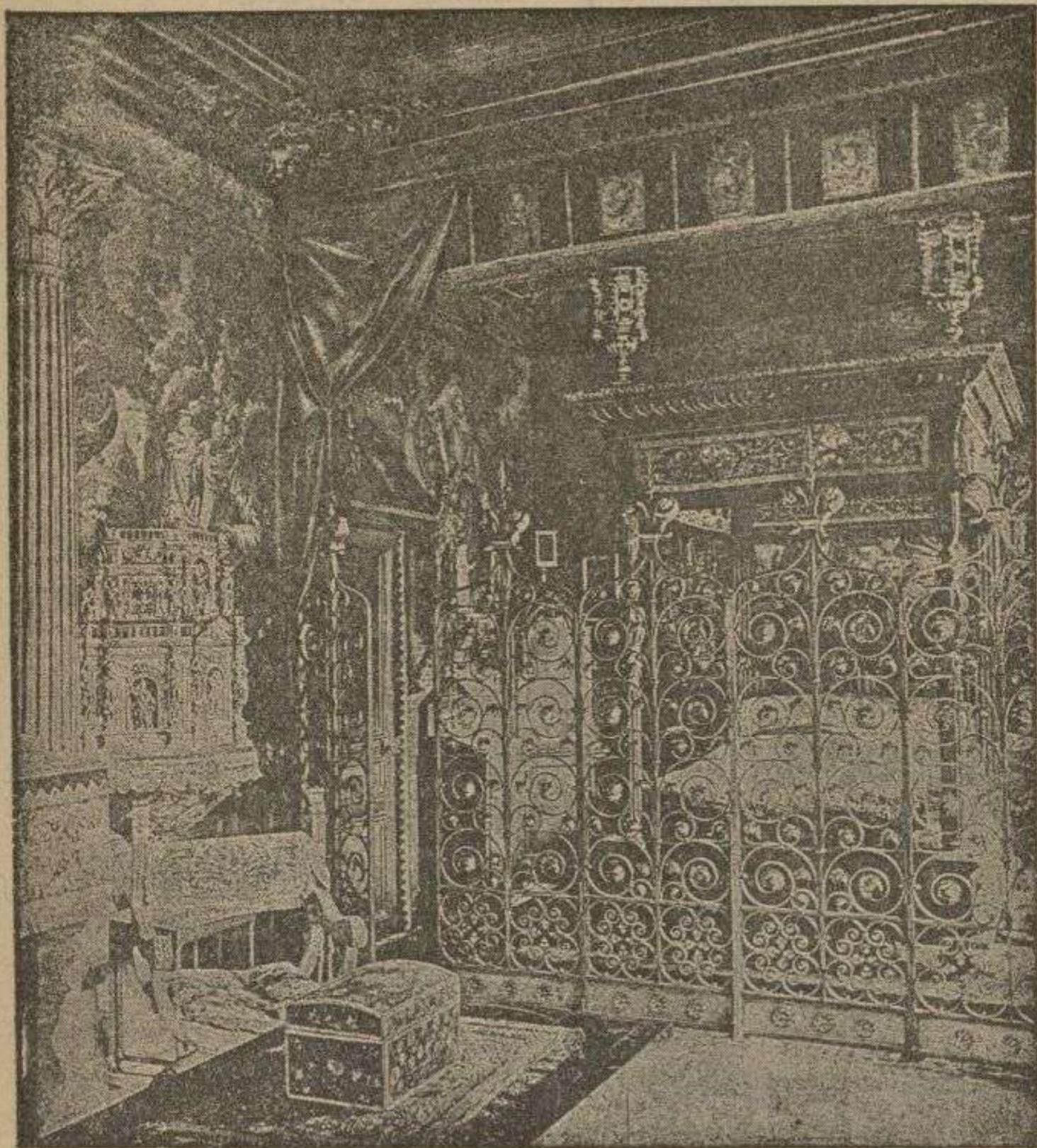
mano cuadrada, fuerte, de piel rugosa, levantó el cortinaje; avanzó después una manga de lana azul, y en el oscuro cuadro de la puerta brillaron unos lentes. Estábamos en presencia del maestro.

Cada hombre siente su idolatría. Yo he visto soberanos y aspirantes á reyes, por los que se exterminaron miles de hombres en los campos de batalla, y su presencia sólo ha despertado en mí un compasivo desprecio para los que se entusiasman con los prestigios de nacimiento. Un día, por casualidad, sorprendí en los jardines del Vaticano á León XIII en plena vida vulgar, examinando el trabajo de sus hortelanos, que le construían un parterre á la inglesa, y sólo conservo el recuerdo de un viejecillo ágil y enjuto, sin que me impresionase su poder, que pesa sobre muchos millones de conciencias, y la consideración de que es el verdadero señor de nuestro país, pudiendo disponer á su antojo de la suerte de España. Y sin embargo, la adoración idolátrica, el anonadamiento admirativo surgió en mí en presencia de un escritor que llena con su nombre el mundo, pero vive aislado en pleno París como un leproso, y es para la mayoría de los franceses el *sans patrie*, indigno de que se reconozca su talento: el «cerdo triste».

Había oído hablar de un Zola poco comunicativo, encastillado en su frialdad altanera, contemplando el mundo desde lo alto de su torre de marfil, y veía junto á mí á un señor casi joven y fuerte, á pesar de sus sesenta y dos años, con la mirada ale-



gre, hablando con una vivacidad que muchas veces da á su voz una agudeza de chillido, haciendo rodar maquinalmente las gruesas sortijas de su me-

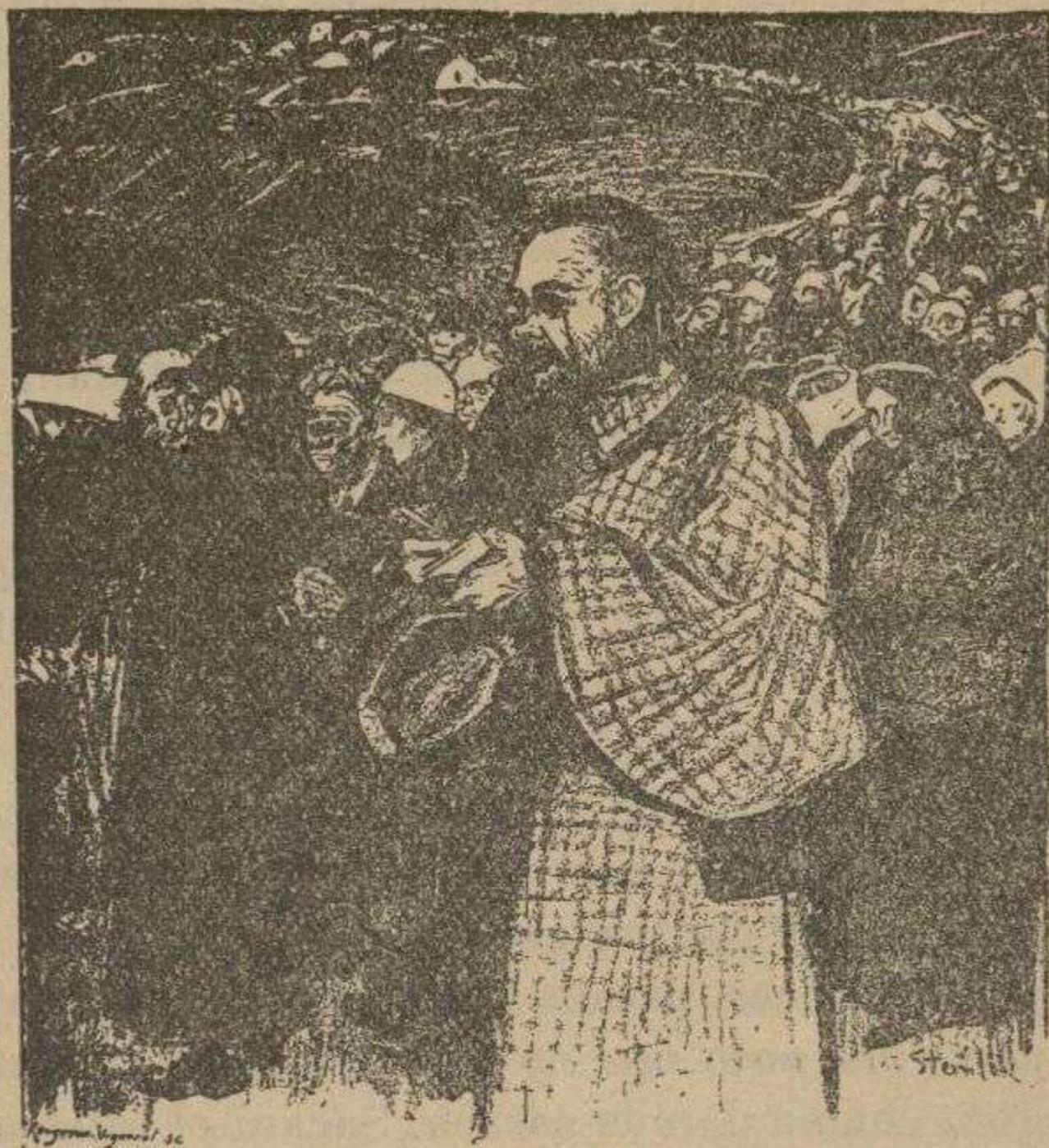


EL DORMITORIO DE ZOLA EN MÉDAN

ñique, y acariciándose la melena gris, fuerte y puntiaguda, en torno de la frente enorme, descomunal, sobrehumana, que parece abrumar con su

peso las facciones, dándoles un lejano perfil de caricatura.

Los grandes hombres se humanizan descendiendo á la calle para tomar parte en las luchas del



ZOLA CONFUNDIDO ENTRE LOS PENITENTES DE LOURDES
TOMANDO NOTAS PARA SU NOVELA

(Dibujo de Steinlen en el *Gil Blas Illustré*)

momento. El Víctor Hugo anterior á 1848, solemne como un oráculo, majestuoso como un semidiós, rodeado de una pequeña iglesia de elegidos, en nada se parece al viejo republicano de blanca barba que,

después de pasar por las barricadas del 2 de Diciembre y las amarguras del destierro, fué el abuelo bondadoso de los niños y los pobres de París. El Zola enfurruñado y cerdoso de otros tiempos no existe; y tras las ruidosas sesiones de su proceso, la agresión del camino de Versalles y las rudas batallas para poner «la verdad en marcha», queda un hombre triste ante la humana estupidez, que recibe con sonrisa bondadosa á los que llegan hasta él rompiendo el cerco del chauvinismo irritado.

Nos hablaba de su famosa casa de Médan, diciendo que había preferido venir á París para recibir nuestra visita.

—El ferrocarril pasa lejos del pueblo; hay que seguir un camino vecinal muy malo... y con estas lluvias...

Yo oía su voz como al través de una nube. El estudio se poblaba rápidamente de seres: todo un pueblo, todo un mundo animado por fantástica vida, penetraba por las góticas vidrieras, se filtraba por los tapices, pasaba por entre los cortinajes sin moverlos; ante mis ojos desfilaban el ministro Rougon, con su dorada casaca; Sacard el intrigante, con su sonrisa de explotador sin entrañas; el atormentado pintor de *L'Œuvre* y la lavandera de *L'Assommoir*; la irritada muchedumbre de *Germinal* y el resignado rebaño rojo y azul de *La Débâcle*; todos los innumerables personajes de la epopeya zolesca; y yo contemplaba con religiosa admiración la mano cuadrada, de floja piel, que había sacado

de la nada tantos seres; mano omnipotente, que en aquel momento, con la nerviosidad de la inacción, afirmaba los lentes sobre la gruesa nariz ó se perdía entre los mechones de la cabellera entrecana.

—Amo al pueblo español como á todos los países latinos, y me interesa mucho su suerte. ¡Lástima que por desconocer el idioma no pueda seguir más de cerca sus progresos! Sé bien que hay una España moderna que trabaja, y estudia, y sigue el movimiento europeo. El día que abandone las letras para descansar, como los tenderos que se retiran de su establecimiento, iré á España. Yo viajo poco: el hábito del trabajo regular y continuo me hace sentir miedo á los viajes. Mi mujer va á Italia todos los años; yo sólo he estado allá una vez para documentarme cuando escribí *Roma*, y otra vez en Inglaterra, huyendo de la agitación nacionalista. No me atrae la España pintoresca y monumental: después de lo que escribieron Merimée, Dumas y Gautier, poco queda que decir; pero deseo ver Barcelona, Valencia, Bilbao, la España revolucionaria y moderna, que tan cariñosamente me animó durante mi lucha por la Justicia... Vuestro país tiene un hermoso porvenir. Libre de guerras por la pérdida de las colonias, puede dedicarse tranquilamente á su educación. Sufre, como Francia y todos los países latinos, dos males históricos: el clericalismo y el militarismo; pero esto se cura con el tiempo y la instrucción.

Reconcentró su pensamiento un instante, y añadió con viveza:

—Los pueblos latinos aún pueden ser, como en otros tiempos, los directores de la humanidad. Se han apartado de su camino, y de ahí la decadencia. El Norte impera por la fuerza. Queremos imitarle esforzándonos por conseguir su importancia militar, y nos sacrificamos inútilmente, sin otra esperanza que la de ser vencidos. No; los meridionales debemos ser grandes por el pensamiento. ¿Ellos tienen la fuerza? Pues nosotros la idea: oponiendo la escuela para todos al cuartel para todos, veríamos quién vencía... No soy contrario á la existencia del ejército, como han supuesto mis enemigos. Para que Francia cumpla su misión de guiar á la humanidad con el pensamiento, precisa ante todo que exista, que tenga un ejército que la guarde; pero de esto al militarismo imperante, á soñar en conquistas, va mucho. Yo quiero un ejército para la conservación del país, no para la acción exterior. Gastamos la mayor parte de nuestra fortuna en preparativos de guerra, y la nación decae y se interrumpe la serie de pensadores que hizo universal la gloria de Francia. Si fuésemos grandes por el pensamiento, nuestra propaganda penetraría en el Norte, desmenuzando las bases de esas monarquías enormes, de esos Imperios góticos, eterna amenaza de la libertad humana, y el triunfo sería nuestro al derribarlas sin que ellas se diesen cuenta.

Habló de su ensueño, de una confederación de

los pueblos latinos, constituídos en repúblicas y libres para siempre de las cadenas históricas, é insensiblemente fué cayendo en el recuerdo de la cuestión Dreyfus. Aquí la voz perdió su agudo tono de clarín, sus ojos se tornaron opacos y se contrajeron los surcos de su frente.



RETRATO DE ZOLA AL COMENZAR
LA CUESTIÓN DREYFUS

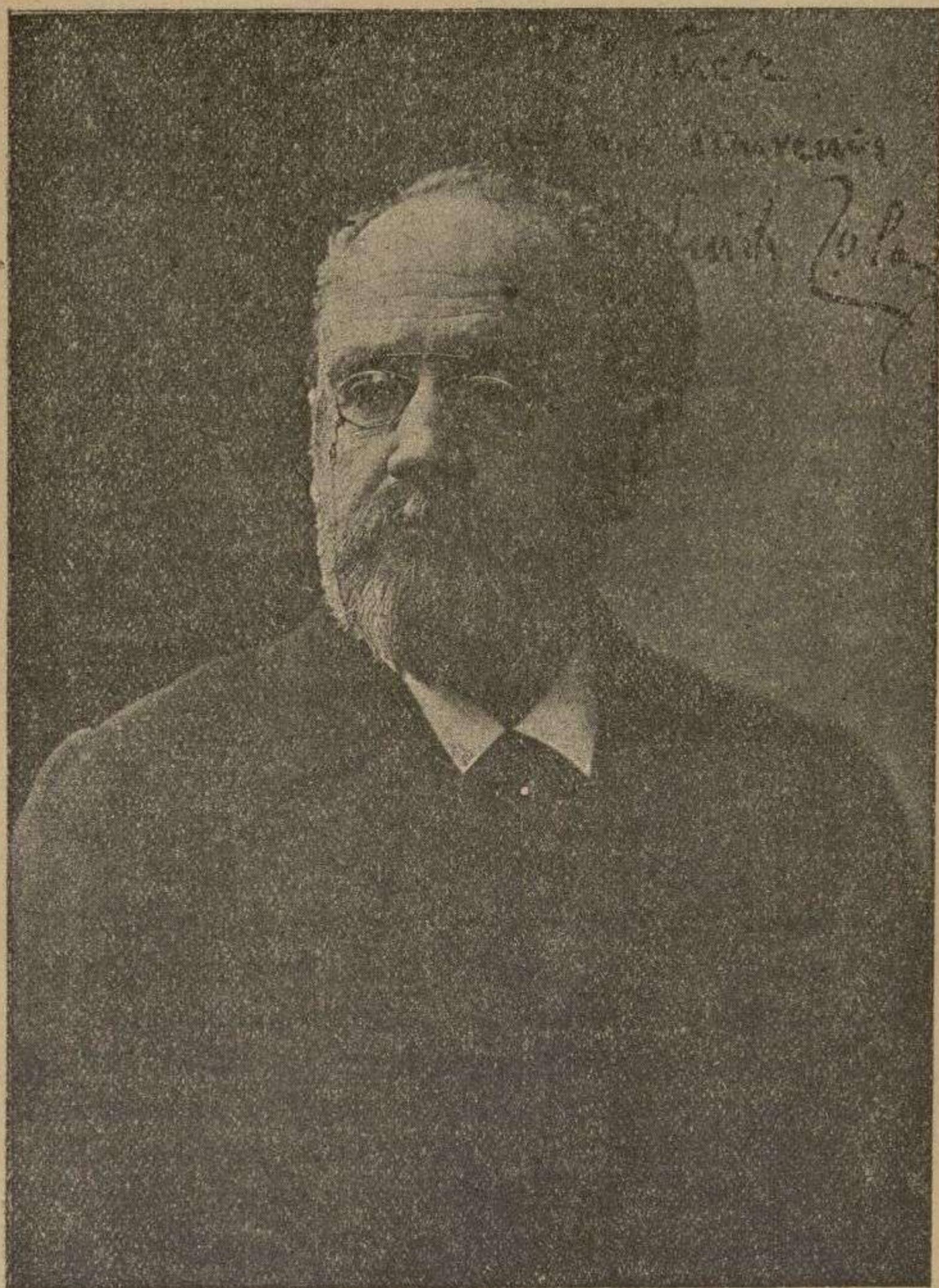
—Nos engañamos—dijo con tristeza—. Creímos que el pueblo era más ilustrado é independiente. Al ver el país lanzado en la injusticia por los reaccionarios, nos decíamos con ciego optimismo: «El pobre pueblo no conoce la Verdad; el día que se la mostremos vendrá á ella...» Y al enseñarle la Verdad, ya saben ustedes lo que hizo.

Hablaba con un tono dulce y resignado, que hacía más imponente su tristeza; y al evocar el recuerdo de aquella lucha sin entrañas, creía yo que iba á estallar de nuevo en la vecina calle el vocerío del populacho pidiendo la muerte del más grande de los franceses, y que entre el rodar de los carruajes sonaba otra vez el grito de los vendedores callejeros pregonando papeles con toda clase de infamias contra Zola y su familia.

Para alejar tristes recuerdos, hablamos de sus futuras obras.

—Después de *Fecundidad y Trabajo* comencé *Justicia*, de la cual llevo escrita una tercera parte. Pero el andamiaje de *Justicia* es el proceso Dreyfus, y este asunto se halla muy vivo en el recuerdo de todos para que no suscite de nuevo la cuestión del militarismo, creando un ambiente de pasión en torno de la novela. He preferido dejar *Justicia* para el final de la serie, y ahora escribo *Verdad*, una novela sobre la enseñanza, atacando la intrusión de los religiosos en las escuelas. El proceso del hermano Flaminio sirve de fondo á la obra, y en ella pretendo demostrar lo absurdo que es someter la enseñanza á hombres perturbados por una castidad forzada. ¡La instrucción! ¡El único recurso de la humanidad para salvarse de los conflictos que hoy la agobian!...

Hablamos después de los novelistas extranjeros; hizo grandes elogios del traductor Hérelle, por haber dado á conocer en Francia primeramente á los



ÚLTIMO RETRATO DE ZOLA

autores italianos y ahora á los españoles; recordó con entusiasmo su corto viaje á San Sebastián hace algunos años, y al despedirnos, después de recibir de sus manos un retrato con cariñosa dedicatoria, nos acompañó hasta la puerta de la calle.

—Diga usted á todos los que en España trabajan revolucionariamente, tanto de pensamiento como de acción, que estoy con ellos. Soy viejo, mi obra va á terminar; pero mi pluma y mi esfuerzo están al servicio de mis hermanos de raza.

En la escalera nos detuvimos ante un relieve enorme de madera pintada: un pedazo de altar, con un obispo á caballo, espada en mano, atacando á la morisma.

—Es de origen español—dijo el novelista sonriendo—. España no ha cambiado mucho. Los obispos aún esgrimen la espada, y ustedes ocupan ahora el puesto de los moros.

Al despedirnos en el portal, su voz tomó una entonación enérgica.

—Valor y constancia para la lucha. «La Verdad está en marcha, y nadie la detendrá.» Usted, que es joven, verá realizarse muchos ensueños.

Al sentir su mano entre las mías, experimenté el irresistible impulso de la adoración, y me incliné trémulo, besándola rápidamente. Su delicadeza le hizo permanecer impasible para no aumentar mi turbación; pero al levantar la vista encontré su mirada, una mirada que aún la veo, que la veré siempre.

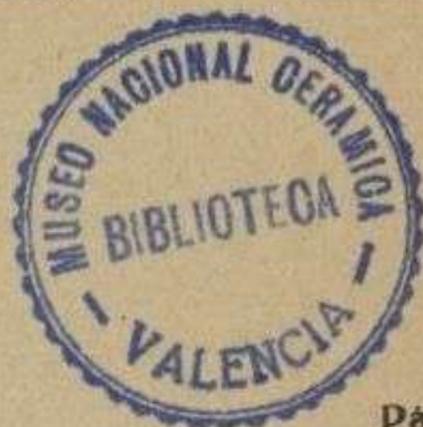
Salí á la calle con paso inseguro, zumbándome los oídos, atolondrado á causa de la emoción, y por última vez miré el cerrado hotel, ante cuyos ventanales lanzaban hace dos años rugidos de muerte los grupos inconscientes azuzados por ciertos escritores que encuentran en la invención del nacionalismo una fama que les negaron las letras.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

27 Abril 1902.



INDICE



Págs.

EMILIO ZOLA

I.—Los orígenes.	5
II.—Infancia en Aix.	19
III.—Fin de los estudios en París.	38
IV.—Los primeros pasos en la vida.	47
V.—La lucha literaria.	66
VI.—Los <i>Rougon-Macquart</i>	82
VII.—El autor dramático.	92
VIII.—El crítico.	106
IX.—Método de trabajo.	112
X.—El éxito.	122
XI.—El hombre.	146
XII.—La crítica y el público.	156
EL CALVARIO DE ZOLA.	163
UNA VISITA Á ZOLA.	197



1870

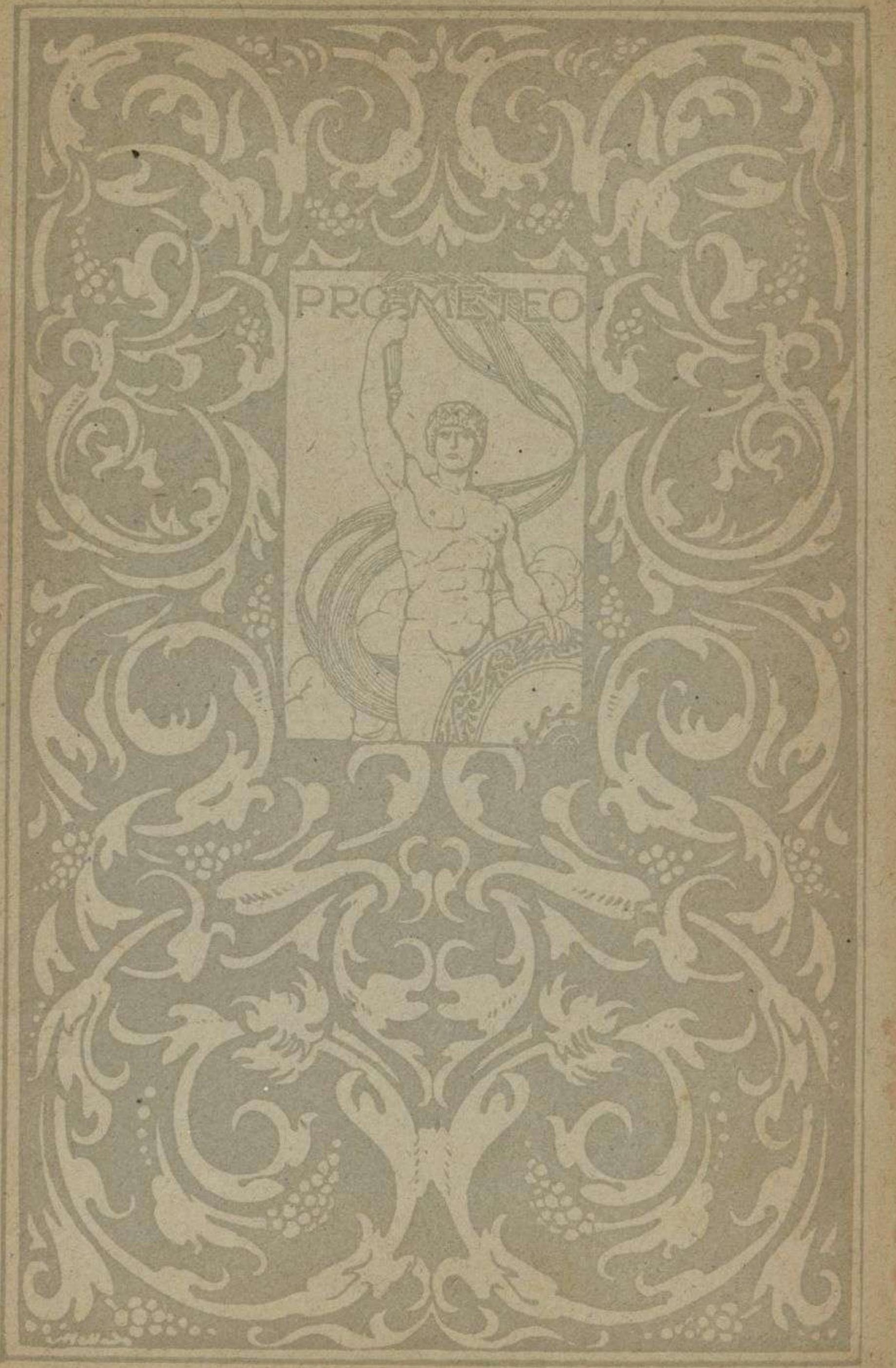


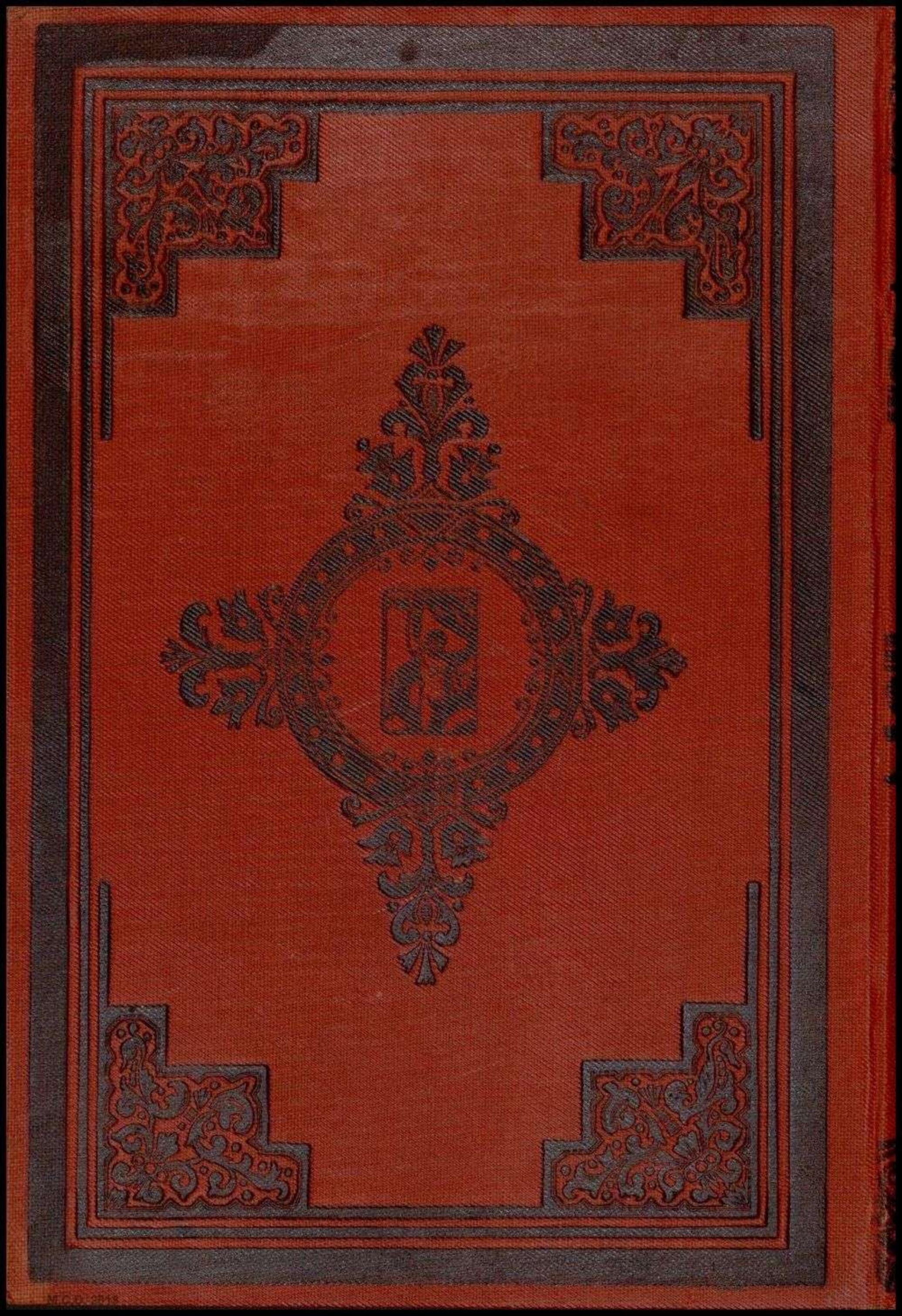
EXHIBIT

PROMETEO



PROMETEIO







EMERSON

ZONA



joven de la isla de Corfú. De aquel matrimonio, cruzamiento de un italiano y una griega, nació en 1796 un hijo, que recibió el nombre de Francisco.

Francisco Zola tenía ocho años cuando Napoleón I fué proclamado emperador. En aquel tiempo ser italiano era casi ser francés, y por consecuencia, estar destinado á la carrera militar. Sirvió tres años en la artillería italiana. A los diez y siete años, es decir, en 1813, combatía en calidad de oficial en el cuerpo de ejército mandado por el príncipe Eugenio. Después de la caída de Napoleón, al pasar Venecia al dominio austriaco, abandonó la carrera militar y se hizo ingeniero civil. Muy inteligente y muy activo, publicó en italiano varias obras de ciencia, entre otras cierto *Trattato di nivellazione*, que le valió primero el título de miembro de la Academia Real de Padua y más tarde una medalla de oro del rey de Holanda. Poco faltó, pues, en aquella época para que, habiéndose hecho una posición, se fijase definitivamente en su país. Pero la dominación austriaca, vejatoria y tiránica, reinaba allí desde 1815, entristeciendo aquella hermosa vida italiana que tanto gustaba á Sthendal y empobreciendo y haciendo inhabitables la Lombardia y el Véneto. A consecuencia de no sé qué altercados con aquella dominación, el ex oficial del príncipe Eugenio tomó un gran partido: expatriarse. Entonces comienza un período de años aventureros, durante los cuales, sin fijarse en ninguna parte, el joven ingeniero realizó una especie de

«vuelta á Europa». Pr opera como ingeniero los primeros caminos mania pasa á Holanda de 1830 aparece en Arg militar, y sirve como jera. En fin, licenciad Argelia y desembar Marsella.

Encontróse satisfac aquella ciudad el venec que no había podido ac tarse en medio de las br de Holanda y bajo la r perpetua de Londres. La nebière con sus cafés abigarrada multitud de las naciones, las alan de Mehilan sombread plátanos, y la calle de Ferreol con la eleganci risión de sus grandes das, le sedujeron. Todo llo era brillante, ruido alegre, con esa alegría en que se pasa la vida a venzal con sus sílabas lengua materna. Creyó patria, pero en una pat como la otra bajo el yug

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

